ALBERT MEMMI

RETRATO DEL COLONIZADO

PROLOGO DE JEAN-PAUL SARTRE





RETRATO DEL COLONIZADO
precedido por
RETRATO DEL COLONIZADOR

ALBERT MEMMI

RETRATO DEL COLONIZADO

precedido por

RETRATO DEL COLONIZADOR

CUADERNOS para el DIALOGO

MADRID, 1971

Traducción de
Carlos Rodríguez Sanz

Original de la portada
Manuel Ruiz Angeles

Propiedad de esta edición:
EDICUSA
Jarama, 19 - Madrid-2 - 1971

Depósito legal: M. 32.230. - 1971

Impreso en Gráficas Benzal,
Virtudes, 7, Madrid

PROLOGO A LA EDICION ESPAÑOLA

A lo largo de 1957, el año tercero de la revolución argelina, Albert Memmi publicó en las revistas *Esprit* y *Les Temps Modernes* una serie de artículos que constituyen el núcleo central de sus dos difundidos retratos: el del colonizador y el del colonizado. La vida de ambos ensayos fue agitada y polémica en los tiempos en que Francia estaba corroída por el cáncer argelino. En 1966, en momentos de mayor apaciguamiento, fueron reeditados en un solo volumen por J.-J. Pauvert, acompañados en esta ocasión por el artículo que, sobre el libro de Memmi, publicase J.-P. Sartre bajo el título «Une victoire», el 6 de marzo de 1958, en el semanario *L'Express*, que tan poco tenía que ver con el que actualmente se continúa editando con la misma denominación.

Es obligado situar cada obra en su contexto histórico; parece la única fórmula válida, no sólo para su comprensión, sino también para su enjuiciamiento, más aún en este tipo concreto de escritos. Francia se hallaba en la frontera de la cuarta con la quinta República; límite enfermizo, porque Francia estaba controlada por los asesinos: era el tiempo de los verdugos. La revolución argelina se

encargaba de poner al desnudo todas las condiciones de la vida política y del sistema parlamentario francés. En este marco de tensiones y de conflictos, y sobre todo de frustraciones, apareció el libro de Memmi. Frustración de la derecha francesa, la metropolitana y la colonial, que tras la pérdida de Túnez, Indochina y Marruecos, veía que la conquista de 1830 también sería barrida por el viento de la descolonización; frustración de la izquierda francesa, que, en el siglo XIX y también en el XX, había caído en la trampa de la «misión civilizadora»; y, ahora, salvo muy pocas excepciones individuales, había exhibido una absoluta miopía histórica ante la lucha de los pueblos por su liberación.

En este conjunto histórico temporal, que provocó conmociones de las que todavía no curó el pueblo francés, surgieron varias obras de combate, de instrumentos intelectuales para la lucha subversiva, tanto en la colonia como en la Metrópoli; en general, estas obras tienen una doble connotación. La primera, tan antigua como la historia misma de los primeros descubrimientos geográficos hispano-portugueses, que inauguraron la Edad Moderna del hombre europeo; nos referimos a la abundante literatura anticolonialista, que cuenta en el Viejo Continente con tan noble tradición; aunque, evidentemente, tal tradición no encubra siempre unas intenciones inequívocamente altruistas; en esta literatura anticolonial, en la denuncia de la explotación económica y de los excesos de los gobiernos metropolitanos, consiguieron para siempre sus títu-

los de nobleza hombres como Bartolomé de las Casas, Adam Smith y el discutido abate Raynal.

El segundo dato no tiene tradición alguna; es un intruso molesto dentro de un equilibrado sistema de pensamiento; se trata de una literatura de ruptura total, de permanente denuncia, de absoluto rechazo cultural; no se distingue entre buena y mala colonización, ni tampoco se diferencia entre explotación económica y beneficio cultural; la civilización europea es siempre nefasta, porque la trae el colonizador. En resumen: una literatura que derrumba toda la vieja mitología y que se pone, con todos los medios a su alcance, al servicio de un fin único: la independencia, total e inmediata, para todas las colonias.

Estos son los dos rasgos generales que configuran a buena parte de la literatura anticolonialista contemporánea y, en cierto modo, a la obra de Memmi. Sus dos retratos, quizá suaves en la expresión gramatical, marcan en Francia, junto con otras obras, algunos de los puntos álgidos de tal literatura, confrontada con el hecho de la lucha de liberación del pueblo argelino. Aunque, como más de un lector advertido comprobará, la denuncia de Memmi no alcance la rotundidad de otros pensadores. Pero aquí debemos hacer, no obstante, una constatación: Memmi no es un hombre político, a pesar de la clásica definición; más exactamente, no ve en la acción política su objetivo primordial. Memmi es un literato, sin que en nuestra clasificación haya sentido alguno peyorativo, con importantes rasgos éticos. Se dio a conocer, profesional-

mente, con una novela, *La statue de sel*, y más tarde, con otra, *Agar*; ha sido antologista de las literaturas norteafricanas, tanto de expresión francesa como de expresión árabe. Y, por último, el conjunto de su obra también nos ofrece un dato esencial: la importancia de sus estudios sobre los distintos tipos de opresión: el negro, la mujer, el proletario, el criado, el judío, etc. (véanse *Portrait d'un Juif* y *L'homme dominé).*

Pero avancemos un poco más en la caracterización de Albert Memmi. Como intelectual, utiliza el francés como instrumento de su quehacer profesional; como ciudadano, nació en el Protectorado francés de Túnez; como hombre, dentro de un país árabe dominado por una potencia colonial, pertenecía a la comunidad judía. Todo este conglomerado de datos, componentes de un conjunto caótico, dan como resultado la imagen coherente de un intelectual desgarrado; no padece las tensiones, ni tampoco las frustraciones, del intelectual francés de izquierda, apesadumbrado por una mala conciencia nacional colectiva: la de también haberse beneficiado de la explotación colonial; es decir, Memmi está liberado de tan pesada tara. Pero, por otra parte, tampoco se arroja al compromiso político totalizador del intelectual arquetípico perteneciente al Tercer Mundo.

El desgarro de Memmi procede de su origen colonial, de su formación metropolitana y de su entidad judía. Al subrayar este último rasgo de su personalidad no incurrimos en apriorismo racial; señalamos simplemente un dato: la existencia de

las comunidades judías, con una justificada conciencia secular de discriminación, acorralamiento y persecución. Memmi, además, es judío en un país árabe; aunque, a este respecto, tampoco cabe olvidar que Túnez fue un ejemplo de convivencia armónica entre la comunidad árabe, mayoritaria, y la comunidad judía, minoritaria. Entonces, cabría preguntarse, sin necesidad alguna de responder a la interrogante, ¿cuál era el «sentir patriótico» de Memmi cuando escribió sus dos retratos?

En la primavera de 1956, *Les Temps Modernes* reproducía al texto de una intervención de J.-P. Sartre en una reunión pública a favor de la paz en Argel; su título: «El colonialismo es un sistema.» A lo que añade Memmi: un sistema basado en «la explotación político-económica»; sistema que, continúa, «destruye al colonizado y corrompe al colonizador». Esta idea es el núcleo temático de los dos retratos esborzados por Memmi.

La corrupción del colonizador. Distingue Memmi, un tanto artificiosamente, entre el colonial, el colonizador y el colonialista. En el fondo, se trata de un solo hombre: el que vive de la explotación económica y de la opresión social ejercidas sobre el indígena. A partir de este planteamiento, la imagen mítica del buen colonizador se pulveriza; en una primera etapa, buen colonizador sólo es aquel que abandona la colonia y regresa a la Metrópoli originaria estragado por la conducta de sus compatriotas; y en la fase última, el buen colonizador se llama, como en el caso argelino, Maurice Audin, que hace suya la causa ajena y muere asesinado

por los paracaidistas franceses, por sus propios compatriotas; aunque el supuesto de Audin sea lo suficientemente excepcional como para no convertirse en ley general. Porque, éste es otro aspecto importante del problema, la perspectiva histórica reflejada por Memmi, y en cuyo lugar debemos situarnos para serle fiel a su pensamiento, es la del colonizador de «buena voluntad»; en otros términos concretos: el hombre y los partidos de la izquierda francesa; la confusión entre izquierdismo y nacionalismo colonialista constituye, en afirmación de Memmi, «uno de los capítulos más curiosos de la historia de la izquierda europea»; y es forzoso convenir que, con esta calificación, nuestro autor recurre a un lenguaje político excesivamente pulido. Los nombres de Indochina y de Argel son los hitos alucinantes que señalan infamantemente el proceso degradatorio de tal izquierda.

Pero tampoco es éste, fundamentalmente, el colonizador en cuestión. El que fotográficamente retrata Memmi se caracteriza, primero, por ser un desarraigo; abandona la Metrópoli y marcha a la colonia porque aquí se gana más y se gasta menos; tiene, pues, un objetivo prioritario: el interés económico; aunque, frecuentemente, este interés se recubra con un ropaje hipócrita: la realización de una sagrada misión, llevar a los pueblos menos desarrollados los beneficios de la civilización europea. Todo este aparato caracteriológico se asienta sobre un dató inamovible: el colonizador vive porque existe el colonizado.

En síntesis: el colonizador marcha a la colonia

porque es el medio con el que cuenta para lograr un estatuto económico superior al metropolitano y porque, además, al vivir en un sistema basado en la opresión, puede alcanzar rápidamente un ascenso social que tampoco habría obtenido en la Metrópoli. En el extremo inferior de la escala social colonial, fuera ya de ella, se encuentra el indígena; en la superior, el colonizador, ya sea comerciante (con más pingües ganancias y beneficios menos controlados), ya sea funcionario (trabajando no en una mediocre prefectura, sino en un auténtico virreinato), ya sea militar (liberado de la observación de los políticos y dotado permanentemente de facultades excepcionales).

Sobre estas tres representaciones nada simbólicas del colonizador —el comerciante, el funcionario y el militar— se fundamenta toda la estructura explotadora. Su acción les beneficia a ellos mismos y a la Metrópoli, de forma directa a la clase dominadora y de forma indirecta a los demás grupos sociales. El colonizador es el instrumento ejecutivo del sistema colonial, que en absoluto es una «idea abstracta», sino un hecho muy concreto con un objetivo igualmente evidente. Ahora bien: el colonizador, al alejarse de su patria, tampoco echa raíces en el nuevo país; es, como antes hemos indicado, un hombre desarraigado; sólo tiene el norte del interés económico y, a veces, del poder político. En ocasiones, la presencia temporal en la colonia es un trampolín para una mejor y más rápida carrera en la Metrópoli; pero, en el mayor número de los casos, el colonizador permanece definitivamente en

la colonia; casi nunca llega a establecerse, si es comerciante, en su perdida patria; y, de ser militar o funcionario, de no mediar fulgurantes ascensos en campaña o la influencia de los favores personales, cuando llega la edad del retiro casi no se atreven a regresar al lugar de donde salieron en su juventud. Contraen matrimonio entre ellos y nunca con los indígenas; los hijos de los europeos se casan con las hijas de otros europeos; se forman círculos familiares que mantienen permanentemente encendida la nostalgia por una patria que, al otro lado del mar, cada vez está más dorada por el recuerdo.

Todo este planteamiento hermético entra en crisis cuando los indígenas inician la lucha por su emancipación, cuando deciden unilateralmente que es llegada la hora de aplicar en la práctica el principio teórico de autodeterminación de los pueblos. La posibilidad de perder el *status* económico y la posición social acelera el proceso de corrupción del colonizador. Sabidos son los efectos que sobre la política interior francesa tuvo el conflicto argelino: la caída fulminante de la ya ruinosa cuarta República y la institución del poder personal, con una mínima mediatización parlamentaria, en la figura histórica del general De Gaulle, invocado para poner un dique a la pérdida inminente del departamento ultramarino; aunque cuatro años después de su ascenso a la Presidencia de la República, conseguido bajo la amenaza del Ejército colonial, firmase en Evian (1962) los acuerdos reconocedores de la existencia independiente del Estado argelino y aniquilase el mito de la Argelia francesa.

Pero esta intervención, desde la colonia, en los asuntos internos de la Metrópoli, sólo es una cara del proceso degradatorio: la violación de las instituciones republicanas y el desprecio por la opinión pública. Hay supuestos todavía más corruptores y que dejan profunda huella en la psicología colectiva de un pueblo: nos referimos a los métodos utilizados en la lucha armada, y no sólo aludimos al menosprecio por la población indígena, masacrada cruelmente, sino también a la tortura, como procedimiento inquisitorial, empleada tanto con los responsables políticos como con los simples simpatizantes de la rebelión, indígenas o europeos. Un periodista francés, Henri Alleg, director de *Alger Républicain*, describió en un libro también famoso, *La Question*, publicado y secuestrado en Francia en 1958, los detalles de su mes de detención, a partir del 12 de junio de 1957, y las sevicias que durante su encarcelamiento sufrió. El oficio de torturador, profesional o de ocasión, es el peldaño postrero en la escala de la corrupción, sea cual sea la ideología o el fin en cuyo nombre se ejerza. Pues lo que parece ignorar el torturador es que de la utilización de estos métodos la víctima siempre sale enaltecida, y el verdugo siempre corrompido y degradado, a más de invalidar la ideología o el fin que se exhiben como justificatorios.

Muy recientemente, en este mismo año 1971, el general Massu ha publicado un alegato *(La vraie bataille d'Alger)* a favor de la tortura que sus hombres utilizaron; método limpio, se afirma, si es bien ejecutado, ya que no deja rastros «insuperables»;

el mismo Massu experimentó sobre su propio cuerpo tales métodos para comprobar los límites de la resistencia física humana. Este dato sólo tendría el valor de una trágica anécdota si no descubriese también la imposibilidad de salir del pozo sin fondo que es la corrupción. Una vez más, casi diez años después de finalizada la contienda, se abre la polémica sobre un pasado colonial todavía reciente y acerca de una herida aún no cerrada.

A todo ello habría que sumar la base ideológica que sirve de apoyo en su última etapa, en la defensiva, a la actitud del colonizador: el sustentamiento de un mórbido patriotismo, que, en su fase postrera de exacerbación nacionalista, desemboca en formas fascistas de expresión política.

La destrucción del colonizado. La colonización nunca beneficia al indígena. No nos referimos ahora a la colonización hispánica del continente americano, tan lúcidamente analizada y defendida, puesta en comparación con la anglosajona en el mismo continente, por Octavio Paz en su libro *Los signos en rotación* (cf. «Conquista y Colonia», Madrid, 1971, pp. 48-71), sino a la colonización históricamente posterior y, muy especialmente, a la llevada a cabo sobre Africa. Primero fue la trata de negros y la esclavitud, que diezmó al continente en beneficio, y ahora sin exclusiones, de todas las potencias colonialistas europeas. Después vino la penetración: una veces, violenta, y otras, pacífica; pero siempre con los mismos efectos destructores sobre las estructuras políticas, sociales y culturales africanas; más o menos perfectas (sería una cuestión

por dilucidar), pero africanas, propias, acordes con las peculiaridades históricas de cada pueblo concreto.

Y, a partir de la penetración, la ejecución del programa colonial: la opresión social, la explotación económica y la aniquilación cultural. La imposición de usos extraños y la utilización forzada y exclusiva de un idioma extranjero: la lengua del colonizador; extremo este último que, a niveles intelectuales, provocó desgarros personales que frecuentemente nunca pudieron superarse. La situación conflictiva provocada por el bilingüismo —una lengua, la materna, para el amor, la familia y la amistad, y otra lengua, la del dominador, para los usos administrativos y, lo que es más grave aún, para hacer entender al mundo entero el grito de su protesta— puede hacer comprensible uno de los objetivos inmediatos de casi todos los movimientos independentistas: «La liberación y la restauración de su (propia) lengua.»

Pero si nos situamos en otra perspectiva, la del colonizador, y contemplamos la imagen que del indígena se hace, nos resultará aún más explícita la radicalidad de la lucha de los pueblos del Tercer Mundo. Según Memmi, el colonizador piensa que el colonizado es, en primer lugar, «perezoso»; la indolencia del «salvaje», tradicional en los escritos de los colonialistas europeos —es igualmente perversa intelectualmente, aunque de signo contrario, que el mito del «buen salvaje» del Siglo de las Luces—, no fue inconveniente para que, al mismo tiempo, se pensase que económicamente era fructífero; es

decir, la existencia del indígena se valora en términos de rentabilidad y de productividad; el ejemplo de la esclavitud negra, base de la economía agraria de monocultivo en el continente americano, es suficientemente conocida y nos ahorra detenernos en su descripción.

Además, continuando con el clisé o con el cromo colonialista, el indígena es «poco inteligente»; su escaso desarrollo cerebral se prejuzga racialmente, le impide ascender unos mínimos peldaños en el proceso educativo al que tan fácilmente accede el europeo, o, al menos, el perteneciente a determinada clase social; no son, por tanto, necesarias en las colonias escuelas primarias, ni secundarias, ni mucho menos universidades. La escasa educación otorgada se dispensará, por añadidura, en la lengua extranjera. Planteamiento y conducta que explican el caótico estado en que se hallan los nuevos Estados al llegar a la independencia, con una agobiante deficiencia intelectual y técnica heredada del sistema colonial. Recuérdese que, en teoría, tal sistema se amparaba en un propósito (más bien pretexto) benéfico: elevar el grado de desarrollo social, político y cultural de los pueblos atrasados y ayudarles así, con la protección, a lograr rápidamente el nivel requerido y fijado por los países europeos que capacita para una vida autónoma.

Y, en tercer lugar, siguiendo todavía a Memmi, el colonizado es «muy frugal». ¿Qué quiere decirse con esta expresión? Que sus necesidades vitales son pocas y que su capacidad de consumo está en relación proporcional con los excedentes de las me-

trópolis. Y si su capacidad de consumo fisiológico es tan mínima, ¿cuál será entonces su nivel de consumo sociopolítico? En suma, otro rasgo más que subraya nuevamente el planteamiento economicista en que se fundamenta la explotación colonial.

Este cuadro sintomático nos presenta a los indígenas «como seres de otro planeta, fuera de la historia» (Memmi). El conflicto surge cuando el colonizado pretende no sólo entrar en la historia, sino ser el artífice de su propia historia. En esta tesitura, al colonizado se le abrieron dos vías. La primera, «imitar al colonizador»; en otras palabras: la asimilación; las experiencias africanas de Francia y de Portugal demuestran sobradamente la imposibilidad de una política asimilacionista; tal política, de ser sincera, tendría que comenzar por el mestizaje de las dos poblaciones, la colonizadora y la colonizada, y por la igualdad absoluta en el plano de los derechos políticos; pero esto sería ya la independencia. Para este paso definitivo, Memmi nos descubre, por otra parte, la existencia de un obstáculo infranqueable: «El racismo resume y simboliza la relación fundamental que une al colonialista con el colonizado.» Frente a esta situación límite quedan invalidadas todas las políticas asimilacionistas contemporáneas.

Pero al colonizado le queda abierta y expedita una segunda vía, erizada de dificultades, para romper el círculo infernal del colonialismo: la rebelión. Según Memmi, la rebelión es, esencialmente, «una negativa de todo lo colonial», o sea «la afirmación de su originalidad» por parte del coloni-

zado. Quizá este último análisis nos evidencie las contradicciones internas que anidan en el pensamiento de Memmi y a las que ya hemos aludido; su posición particular propia de judío tunecino, entre el colonizador francés y el colonizado tunecino, multiplica indudablemente su desgarro y su quiebra intelectual, y, a fin de cuentas, le impide, en última instancia, asumir la posición del intelectual europeo anticolonialista frente a su propio país explotador. Memmi se nos presenta, entonces, como un hombre añorante de la patria que nunca tuvo y que, junto al análisis social inteligente, siempre encuentra un argumento sentimental, sin valor objetivo posiblemente, pero de una innegable rotundidad y peso a la hora de tomar las decisiones personales más trascendentes. Por ello, su descripción nunca alcanza la frialdad y el comprometido distanciamiento de un J.-P. Sartre cuando afirma en el texto anteriormente citado: «Para la mayoría de los europeos de Argelia hay dos verdades complementarias e inseparables: los colonos son hombres de derecho divino; los indígenas, subhombres. Es la traducción mítica de un hecho exacto, ya que la riqueza de unos reposa sobre la miseria de los otros. Así, la explotación coloca al explotador en la dependencia del explotado...; ser hombre, para el europeo de Argelia, es sobre todo ser superior al musulmán.»

Pero este mismo mecanismo también le impide a Memmi pasar al otro lado de la barrera, hacer suya en la *praxis* la causa del colonizado. Algo semejante a lo señalado por la tajante trayectoria

de un Franz Fanon, que reunía en su persona, como el mismo Memmi, todos los estigmas de la opresión: negro martiniqués, francófono, su experiencia clínica en los centros hospitalarios argelinos le condujo a abrazar, de la manera ya conocida, la causa del Frente de Liberación argelino. Y escribir, en una de las obras cimeras del anticolonialismo, *Les damnés de la terre*, sin rodeos, la temática obligadamente radical de la lucha de los pueblos colonizados por su liberación: «Lo que exigen (las masas colonizadas) no es el *status* del colono, sino el lugar del colono. Los colonizados, en su inmensa mayoría, quieren la finca del colono. No se trata de entrar en competencia con él. Quieren su lugar.»

Estos reparos ineludibles no suponen una merma al valor intrínseco del estudio de Albert Memmi. Una importante aproximación, especialmente psicológica, a una de las muchas formas de opresión sufridas por el hombre a lo largo de una dilatada historia de discriminaciones. Y, en el último de los supuestos, tampoco hay que ignorar el propósito perseguido por Memmi y paladinamente manifestado, años después, con la redacción y la publicación de su libro: «No lo había concebido como un arma de combate.»

ROBERTO MESA

Madrid, noviembre de 1971.

PROLOGO DE JEAN-PAUL SARTRE A «RETRATO DEL COLONIZADO»

Sólo el sudista puede hablar de la esclavitud: conoce al negro; la gente del Norte, puritanos abstractos, sólo conocen al hombre, que es un ente. Este hermoso razonamiento es todavía útil: en Houston, en la prensa de Nueva Orleáns y, como siempre se es nordista de alguien, en Argelia «francesa»; los diarios de allá nos repiten que sólo el colono está calificado para hablar de la colonia; nosotros, metropolitanos, carecemos de su experiencia; tendremos que ver la ardiente tierra africana a través de sus ojos o sólo veremos el fuego.

A las personas a quienes pueda intimidar ese chantaje yo les recomiendo que lean el *Retrato del colonizado*, precedido por el *Retrato del colonizador;* esta vez es experiencia contra experiencia. El autor ha contado su amarga juventud en *La estatua de sal*. ¿Qué es exactamente? ¿Colonizador o colonizado? El dice: ni lo uno ni lo otro: uno diría: una y otra cosa; en el fondo, viene a ser lo mismo. Pertenece a uno de esos grupos indígenas, pero no musulmanes, «más o menos favorecidos en relación a las masas colonizadas y... rechazados... por el grupo colonizador», que, sin embargo, no «desalienta completamente» sus esfuerzos para integrar-

se en la sociedad europea. Unidos al proletariado por una solidaridad de hecho, separados de él por privilegios mínimos, sus miembros viven en un perpetuo malestar. Memmi ha experimentado esa doble solidaridad y ese doble rechazo: el movimiento que opone los colonos a los colonizadores, los «colonos que se rechazan» a los «colonos que se aceptan». Y lo ha comprendido tan bien porque lo ha sentido, en primer lugar, como su propia contradicción. Muy bien explica en su libro que esas escisiones del alma, puras interiorizaciones de conflictos sociales, no predisponen a la acción. Pero aquel que las padece, si toma conciencia de sí mismo, si conoce sus complicaciones, sus tentaciones y su exilio, puede ilustrar a los otros hablándoles de sí mismo: «Fuerza despreciable en la confrontación», ese sospechoso no representa a nadie; pero, como a la vez es todo el mundo, será el mejor de los testigos.

Pero el libro de Memmi no relata; aunque esté nutrido por recuerdos, todos llegan asimilados: es la formalización de una experiencia; entre la usurpación racista de los colonos y la futura nación que construirán los colonizadores, donde «sospecha que no habrá lugar para él», intenta vivir su particularidad ampliándola hacia lo universal. No hacia el hombre, que todavía no existe, pero sí hacia una razón rigurosa y que se impone a todos. Esta obra sobria y clara se alinea entre las «geometrías apasionadas»: su tranquila objetividad no es sino sufrimiento y cólera superados.

Por eso, sin duda, se puede reprochar una apariencia de idealismo: de hecho, todo queda dicho.

Pero pondremos algunas otras pegas sobre el orden adoptado. Hubiera sido tal vez mejor mostrar al colonialista y su víctima igualmente estrangulados por el aparato colonial: esa pesada máquina construida al final del Segundo Imperio, bajo la tercera República, que después de haber servido satisfactoriamente a los colonizadores se ha vuelto contra ellos y amenaza con aniquilarlos. De hecho, el racismo esta inserto en el sistema: la colonia vende baratas las mercancías de alimentación y los productos en bruto, y compra muy caro a la Metrópoli los productos manufacturados. Este extraño comercio sólo es provechoso si el indígena trabaja por nada o casi por nada. Este subproletariado agrícola no puede ni siquiera contar con la alianza de los europeos menos favorecidos; todos viven a costa suya, incluyendo esos «pequeños colonos» que los grandes propietarios explotan, pero que, comparados a los argelinos, todavía son unos privilegiados: la renta media del francés en Argelia es diez veces superior a la del musulmán. La tensión viene de ahí. Para que los salarios y el coste de la vida sigan lo más bajos posible es necesaria una competencia muy fuerte entre los trabajadores indígenas y, por tanto, que aumente la tasa de nacimientos; pero como los recursos del país están frenados por la usurpación colonial y por los salarios mismos, el nivel de vida musulmán desciende sin cesar y la población vive en un estado de perpetua subalimentación. La conquista se hizo por la violencia; la superexplotación y la opresión exigen el mantenimiento de la violencia y, por tanto,

la presencia del Ejército. No habría contradicción si el terror reinara en toda la tierra; pero el colono goza, allá en la Metrópoli, de derechos democráticos que el sistema colonial niega a los colonizados; es, efectivamente, el sistema el que favorece el crecimiento de la población para rebajar el costo de la mano de obra, y es también el que prohíbe la asimilación de los indígenas: si tuvieran derecho al voto, su superioridad numérica desintegraría todo en un momento. El colonialismo niega los derechos del hombre a hombres a los que ha sometido por la violencia y a los que mantiene por la fuerza en la miseria y en la ignorancia y, por tanto, como diría Marx, en estado de «subhumanidad». Se puede descubrir el racismo en los hechos mismos, en las instituciones, en la naturaleza de los cambios y de la producción; los estatutos político y social se refuerzan mutuamente, ya que el indígena es un infrahombre y la declaración de los Derechos del Hombre no le concierne; por el contrario, como no tiene derechos, se le abandona sin protección a las fuerzas inhumanas de la Naturaleza, a las «leyes de bronce» de la economía. El racismo está ya ahí, traído por la *praxis* colonialista, engendrado a cada minuto por el aparato colonial, sostenido por esas relaciones de producción que definen dos clases de individuos: para uno, privilegio y humanidad son una misma cosa; se hace hombre por el libre ejercicio de sus derechos; para el otro, la ausencia de derechos sanciona su miseria, su hambre crónica, su ignorancia; en suma, su infrahumanidad. Siempre he pensado que las ideas se dibujan en las cosas y

que ya están en el hombre cuando éste las despierta y las expresa para explicar su situación. El «conservadurismo» del colono, su «racismo», sus relaciones ambiguas con la Metrópoli, todo ello existe en él de antemano, antes de que los resucite en el «complejo de Nerón».

Memmi me respondería que en realidad no dice otra cosa: lo sé (1); por lo demás, tal vez es él quien tiene razón. Exponiendo sus ideas en el mismo orden de su descubrimiento, es decir, a partir de las intenciones humanas y de las relaciones vividas, garantiza la autenticidad de su experiencia: primero ha sufrido en sus relaciones con los otros, en sus relaciones consigo mismo ha encontrado la estructura objetiva profundizando en la contradicción que le desgarraba; y nos las entrega tal cual, en bruto, todavía impregnadas de su subjetividad.

Pero dejemos de poner pegas. La obra establece algunas verdades capitales. En primer lugar, que no hay colonos buenos y malos: sólo hay colonialistas. Entre ellos, algunos rechazan la realidad objetiva: arrastrados por el aparato colonial realizan de hecho, todos los días, lo que condenan en sueños, y cada uno de sus actos contribuye a mantener la opresión. No cambiarán nada, no servirán a nadie y encontrarán su posición moral en el malestar; eso es todo.

(1) ¿Acaso no escribe: «La situación colonial fabrica colonialistas de la misma manera que fabrica colonizadores»? Toda la diferencia entre nosotros reside, tal vez, en que él ve una situación donde yo veo un sistema.

Los demás —el mayor número— empiezan o terminan por aceptarse.

Memmi ha descrito notablemente la serie de pasos que les conduce a la «autoabsolución». El conservadurismo engendra la selección de los mediocres. ¿Cómo esa minoría de usurpadores, conscientes de su mediocridad, podría fundamentar sus privilegios? Por un solo medio: rebajar al colonizado para ensalzarse, negar la calidad de hombres a los indígenas, definirles como simples privaciones. Esto no será muy difícil, ya que el sistema les priva de todo; la práctica colonialista ha grabado la idea colonial en las cosas mismas; es el movimiento de las cosas el que designa a la vez al colono y al colonizado. Así, la opresión se justifica por sí misma: los opresores producen y mantienen por la fuerza los males, que vuelven a los ojos del oprimido, cada vez más parecido a lo que debería ser para merecer su suerte. El colono no puede absolverse sino persiguiendo sistemáticamente la «deshumanización» del colonizado, es decir, identificándose un poco más cada día al aparato colonial. El terror y la explotación deshumanizan, y el explotador se funda en esa deshumanización para explotar aún más. La máquina gira en círculo; imposible distinguir la idea de la *praxis* y ésta de la necesidad objetiva. Esos momentos del colonialismo tan pronto se condicionan recíprocamente como se confunden. La opresión es antes que nada el odio del opresor contra el oprimido. Con un solo límite a ese impulso de exterminación: el mismo colonialismo. Aquí encuentra el colono su propia contradicción: «Con el colonizado

desaparecería la colonización, incluido el colonizador.» Cuanto más subproletariado, más superexplotación; si se retornara a las formas ordinarias de la explotación capitalista, los salarios y los precios se igualarían con los de la Metrópoli: sería la ruina. El sistema quiere a la vez la muerte y la multiplicación de sus víctimas; toda transformación le sería fatal: ya se asimile o se masacre a los indígenas, el costo de la mano de obra subiría en ambos casos. La pesada máquina mantiene entre la vida y la muerte —siempre más cerca de la muerte que de la vida— a los que se ven obligados a moverla; una ideología petrificada se dedica a considerar a los hombres como bestias que hablan. Inútilmente: porque para darles órdenes, aunque sean las más duras y las más insultantes, hay que empezar por reconocerlos; y como no se les puede estar vigilando todo el tiempo, hay que acabar por confiar en ellos: nadie puede tratar a un hombre «como a un perro» si antes no le tiene por un hombre. La deshumanización imposible del oprimido se vuelve y convierte en alienación del opresor: es él quien resucita con sus menores gestos la humanidad que quiere destruir. Y, cuando la está negando en los demás, la vuelve a encontrar en todas partes, como a una fuerza enemiga. Para escapar a ella es preciso que se mineralice, que adopte la consistencia opaca y la impermeabilidad de la roca; en suma, que se «deshumanice» a su vez.

Una reciprocidad despiadada clava al colonizador al colonizado. Memmi lo ha señalado intensamente; con él descubrimos que el sistema colonial es una

forma en movimiento, nacida hacia la mitad del siglo pasado y que provocará su propia destrucción; hace ya mucho tiempo que cuesta a las metrópolis más de lo que les proporciona; Francia está abrumada por el peso de Argelia, y ahora sabemos que abandonaremos la guerra, sin victoria ni derrota, cuando seamos demasiado pobres para pagarla. Pero es ante todo la rigidez mecánica del aparato la que está en vías de averiarse: las viejas estructuras sociales han quedado pulverizadas, los indígenas están «atomizados», pero la sociedad colonial no puede integrarlos sin destruirse; por tanto, tendrán que recuperar su unidad contra ella. Estos excluidos reivindicarán su exclusión bajo el nombre de personalidad nacional: es el colonialismo el que crea el patriotismo de los colonizados. Mantenidos por un sistema opresivo al nivel de la bestia, no se les concede ningún derecho, ni siquiera el de vivir, y su condición empeora cada día; cuando un pueblo no tiene otro recurso que elegir su forma de muerte, cuando sólo recibe de sus opresores un único regalo, la desesperación, ¿qué le queda por perder? La infelicidad se convertirá en valor; ese eterno rechazo que la colonización le opone lo convertirá en el rechazo absoluto de la colonización. El secreto del proletariado, dijo Marx en una ocasión, es que lleva en sí mismo la destrucción de la sociedad burguesa. Hay que agradecer a Memmi el habernos recordado que el colonizado también tiene su secreto y que estamos asistiendo a la atroz agonía del colonialismo.

JEAN-PAUL SARTRE

PROLOGO DEL AUTOR A LA EDICION DE 1966

Dedico esta nueva edición a mis amigos canadienses franceses porque quieren ser canadienses y franceses.

Mentiría si afirmara que conocía desde el principio toda la significación de este libro. Había escrito una primera novela, *La estatua de sal*, que relataba las incidencias de una vida, la de un personaje-piloto, para intentar orientar la mía propia. Pero, por el contrario, lo que me resultó evidente fue la imposibilidad de una vida humana realizada en el Africa del Norte de la época. Ello me indujo a buscar una salida en el matrimonio mixto. El resultado fue *Agar*, que se saldó con otro fracaso. Entonces centré mis mayores esperanzas en la pareja, que todavía me parecía una de las más sólidas felicidades del hombre; probablemente la única verdadera alternativa a la soledad. Pero acababa también de descubrir que la pareja no es una célula aislada, un oasis de frescura y olvido en medio del mundo. Al revés, todo el mundo está en la pareja. Pero, para mis desventurados héroes, el mundo era el de la colonización, y si deseaba comprender el

fracaso de su aventura, la de una pareja mixta en las colonias, tenía que comprender al colonizador y al colonizado, y también probablemente toda la relación y situación coloniales. Todo ello me arrastraba muy lejos de mí mismo y de mis dificultades existenciales. Pero la explicación siempre se escapaba, y aunque no podía prever adónde iba a parar, y no tenía la pretensión de aclarar una cuestión tan compleja, necesitaba al menos encontrar alivio a mi angustia.

También mentiría si afirmara que este retrato de una de las mayores opresiones de nuestro tiempo, que he terminado por esbozar, tenía por objetivo describir en primer término al oprimido en general. Algún día, sin lugar a dudas, acabaré por trazar ese retrato general del oprimido. Pero, justamente, me gustaría que fuera realmente general. Es decir, un retrato-síntesis por la sobreimpresión de varios inventarios concretos, de distintos retratos particulares de los diferentes oprimidos. Me parece que un retrato del oprimido en general presupone todos los demás. No los prefigura, como podrían creer algunos filósofos, que confunden sus construcciones con creaciones ideales del espíritu, útiles para el dominio de lo real, mientras que no son casi nunca sino estilizaciones inconfesadas de la realidad.

En todo caso, yo no pretendía en aquel momento retratar a todos los oprimidos, ni siquiera a todos los colonizados. Yo era tunecino y, por tanto, colonizado. Y descubría que muy pocos aspectos de mi vida y mi personalidad habían permanecido indi-

ferentes a este hecho. No sólo mi pensamiento, mis pasiones y mi conducta, sino también la conducta de los otros respecto a mí. De joven estudiante, al llegar a la Sorbona, me asaltaron por primera vez inquietantes rumores: «¿Tenía yo derecho, siendo tunecino, a postular el título de filosofía?» Fui a ver al presidente del tribunal: «No es un derecho —me explicó—; es un deseo.» Titubeó, en jurista que busca las palabras exactas: «Digamos que es un deseo colonial.» Todavía no he comprendido lo que aquello quería decir, pero no pude sacarle nada más, y es fácil imaginar con qué tranquilidad de ánimo pude yo trabajar después. En síntesis: he emprendido este inventario de la condición del colonizado, en primer lugar, para entenderme a mí mismo e identificar mi lugar entre los otros hombres. Fueron los lectores, que no fueron ni mucho menos todos tunecinos, quienes me convencieron más tarde de que este retrato también era el suyo. Fueron los viajes, las conversaciones, las discusiones y las lecturas las que me confirmaron poco a poco de que lo que yo había descrito era la condición de una multitud de hombres en todo el mundo.

Al mismo tiempo descubrí que, en último término, todos los colonizados se parecen. Poco después llegué a la conclusión de que todos los oprimidos se parecen en alguna medida.

Todavía no había llegado a ese punto, y tanto por prudencia como porque mis preocupaciones eran de otra índole, prefería ignorar una conclusión que en la actualidad me parece incontestable.

Pero tantas y tan diferentes gentes se reconocían en este retrato, que yo ya no podía tener la pretensión de que fuera sólo el mío, o únicamente el del colonizado tunecino, o incluso norteafricano. Me contaban que en todas partes las Policías coloniales requisaban el libro en las células de los militantes colonizados. Estoy seguro de que yo no les aportaba nada que no supiesen ya o que no hubiesen vivido. Pero al reconocer sus propias emociones, sus rebeldías y sus reivindicaciones imagino que las consideraban más legítimas. Y, sobre todo, por más exacta que fuera la descripción de nuestra común experiencia, esa descripción les impresionaba menos que la coherencia que yo les presentaba. Cuando la guerra de Argelia estaba a punto de estallar, declarándose más tarde, me predije a mí mismo, y me atreví después a anunciar, la dinámica probable de los acontecimientos. La relación colonial que había tratado de definir encadenaba al colonizador y al colonizado en una especie de dependencia implacable, configuraba sus rasgos respectivos y dictaba sus conductas. De la misma manera que existía una lógica evidente en el comportamiento de las dos partes de la colonización, otro mecanismo derivado del precedente iba a proceder inexorablemente a la descomposición de esta dependencia. Los acontecimientos argelinos confirmaron ampliamente este esquema, que yo he verificado después, muy a menudo, en el estallido de otras situaciones coloniales.

En cualquier caso, la multitud de hechos que yo había vivido desde la infancia, a menudo aparente-

mente incoherentes o contradictorios, se organizaban así en constelaciones dinámicas. ¿Cómo podía simultáneamente el colonizador cuidar a sus obreros y ametrallar periódicamente a una muchedumbre colonizada? ¿Cómo podía el colonizado negarse tan cruelmente y al mismo tiempo reivindicarse de una manera tan excesiva? ¿Cómo podía simultáneamente detestar al colonizador y admirarlo apasionadamente (con aquella admiración que a pesar de todo yo sentía en mí)? Esto era sobre todo lo que yo necesitaba: poner orden en mis sentimientos y en mis pensamientos y tal vez reajustar mi conducta. Por temperamento y educación yo necesitaba hacerlo con rigor y llevar las consecuencias lo más lejos posible. Si me hubiera detenido en el camino, si no hubiera considerado todos los hechos, si no hubiera intentado buscar la coherencia de todos estos materiales, hasta conjuntarlos en retratos, y hasta que estos retratos se correspondan unos con otros, difícilmente habría conseguido convencerme a mí mismo, y habría continuado en mi insatisfacción. Al mismo tiempo, yo comenzaba a intuir hasta qué punto podía ser alentadora para hombres en lucha la simple descripción, rigurosa y ordenada, de sus miserias, de su humillación y de su condición objetiva de oprimido. Y cuán explosiva podía ser la revelación, tanto para el colonizador como para el colonizado, de una clara conciencia de la naturaleza explosiva de la situación. Como si el desvelamiento del carácter fatal de sus itinerarios respectivos hiciera la lucha más y más necesaria, y la acción retardataria de los otros, más desespe-

rada. En suma, el libro se me había escapado de las manos.

¿Debo confesar que me asusté un poco? Después de por los explícitamente colonizados, como los argelinos, los marroquíes o los negros de Africa, empezó a ser reconocido, reivindicado y utilizado por otros hombres dominados de otra manera, como algunos americanos del Sur, los japoneses o los negros americanos. Los últimos, hasta el momento, son los canadienses franceses, que me han hecho el honor de creer reconocer en él numerosos esquemas de su propia alienación. Sólo me quedaba mirarlo vivir con asombro, como un padre ve con inquietud mezclada con orgullo cómo su hijo adquiere una fama en la que el escándalo se confunde con los aplausos. En efecto, todo no ha sido positivo, porque este ruido ha impedido ver varios pasajes que me eran muy preciosos. Así, la exposición sobre lo que yo llamo *complejo de Nerón*, la descripción del *hecho colonial* como una *condición objetiva* que se impone a las dos partes de la colonización, el esfuerzo realizado en la búsqueda de una definición del racismo en relación con la dominación de un grupo por otro, y aun el análisis de los fracasos de la izquierda europea, y particularmente de los partidos comunistas, por haber subestimado el aspecto nacional de las liberaciones coloniales; y, sobre todo, más allá de un esbozo que yo he deseado lo más escueto posible, la importancia, la riqueza irreemplazable de la experiencia vivida.

A pesar de todo, quiero seguir pensando que el

mérito de esta empresa reside, por lo menos a mis ojos, en su modestia, en su primitiva particularidad. De manera que nada en este texto ha sido inventado o supuesto, ni siquiera audazmente extrapolado. Se trata siempre de una experiencia conformada y estilizada, pero subyacente bajo cada frase. Y si he accedido a ese carácter general que ha acabado por tomar es justamente porque sé que podría respaldar cada línea y cada palabra por hechos numerosos y perfectamente concretos.

Se me ha reprochado no haber construido enteramente mis retratos sobre una estructura económica. Sin embargo, he repetido suficientemente que la noción de *privilegio* está en el mismo corazón de la relación colonial. Privilegio económico, sin lugar a dudas, y aprovecho la ocasión para reafirmarlo enérgicamente: el aspecto económico de la colonización es fundamental para mí. ¿No se inicia el libro con una denuncia de la presunta misión moral o cultural de la colonización y por la demostración de que la noción de beneficio le es esencial? (1). ¿No he subrayado frecuentemente que numerosas *carencias* del colonizado son el resultado casi directo de las *ventajas* que obtiene el colonizador? ¿No somos testigos, todavía hoy, de cómo algunas descolonizaciones se efectúan penosamente porque los excolonizadores no han renunciado realmente a sus privilegios y tratan cínicamente de conservarlos? Pero *el privilegio colonial no es únicamente económico*. Cuando se observa el modo de

(1) «La colonización es, en primer término, una explotación económico-política.»

vida del colonizador y el colonizado se descubre de inmediato que la humillación cotidiana del colonizado y su aplastamiento objetivo no son únicamente económico. El triunfo permanente del colonizador no es únicamente económico. El pequeño colonizador, el colonizador pobre, se creía de todos modos, y en cierta medida lo era, superior al colonizado. Objetivamente y no sólo en su imaginación. Y esto también forma parte del privilegio colonial. No está en duda el descubrimiento marxista de la importancia de la economía en toda relación opresiva. Pero esta relación contiene otros rasgos, que yo he creído descubrir en la relación colonial.

Pero cabe decir: en *último análisis,* todos esos fenómenos, ¿no se remiten a un aspecto económico más o menos oculto? O también: el aspecto económico, ¿no es el primer factor, el motor, de la colonización? Tal vez; ni siquiera es seguro. En en el fondo, ni siquiera sabemos lo que es en definitiva el hombre, lo que para él es esencial: si el dinero, el sexo o el orgullo; si el psicoanálisis tiene razón contra el marxismo o si ello depende de los individuos y las sociedades. Y en todo caso, antes de llegar a este último análisis, he querido mostrar toda la complejidad de lo real, vivido por el colonizado y el colonizador. Tanto el psicoanálisis como el marxismo no tienen por qué, bajo pretexto de haber descubierto el mecanismo, o uno de los mecanismos fundamentales de la conciencia humana, adueñarse de toda la vivencia humana, todos los sentimientos, todos los sufrimientos, todos los meandros de la conducta, para no encontrar en

ellos sino la búsqueda del provecho o el complejo de Edipo.

Pondré además un ejemplo que va a perjudicarme. (Pero es así como yo concibo mi papel de escritor: incluso contra mi propio personaje.) Este retrato del colonizado, que es en gran medida el mío, va precedido por un retrato del colonizador. ¿Cómo he podido permitirme, si estoy tan preocupado por la experiencia vivida, trazar también el retrato del adversario? Esta es una confesión que yo no había hecho todavía: en realidad, yo conocía casi igual de bien, y en su interioridad, al colonizador. Me explico: he dicho que era de nacionalidad tunecina; como los restantes tunecinos, era tratado como un ciudadano de segunda clase, desposeído de los derechos políticos, con el acceso a la mayor parte de las administraciones prohibido, bilingüe con una cultura demasiado tiempo incierta, etc.; en suma, hay que remitirse al retrato del colonizado. Pero yo no era musulmán. Lo que en un país donde coexisten tantos grupos humanos, pero todos muy celosos de su propia fisonomía, tenía una considerable significación. Para simplificar digamos que el judío participa tanto del colonizador como del colonizado. Si era indiscutiblemente un indígena, como se decía entonces, muy cerca del musulmán por la insoportable miseria de su pobreza, por la lengua materna (mi propia madre no supo nunca francés), por la sensibilidad y las costumbres, la afición a la misma música y a los mismos perfumes, por una cocina casi idéntica, sin embargo, trataba desesperadamente de identificarse

al francés. En un gran impulso que le llevaba a Occidente, que le parecía el parangón de toda verdadera civilización y cultura, volvía alegremente la espalda a Oriente, elegía irrevocablemente la lengua francesa, se vestía a la italiana y adoptaba encantado hasta los *tics* de los europeos. (Con lo que, por otra parte, intentaba satisfacer una de las ambiciones de todo colonizado antes de llegar a la rebeldía.) Mejor dicho, o peor, como se quiera, en esta pirámide de tiranuelos que he intentado definir, y que constituye el esqueleto de toda sociedad colonial, el judío se encontraba sólo un grado por encima de su conciudadano musulmán. Su privilegio era irrisorio, pero suficiente para darle un poco de orgullo y hacerle sentirse diferente de la masa de colonizados musulmanes que forma la base última de la pirámide. También bastaba para hacerle sentirse amenazado el día en que el edificio comenzara a moverse; ha quedado comprobado en las barricadas de Argel, donde numerosos judíos combatieron hombro con hombro con los «pies negros». Lo que, dicho sea de paso, no facilitó nada mis relaciones con los correligionarios cuando decidí luchar por los colonizados. En suma: si se me ha hecho evidente la necesidad de denunciar la colonización, aunque no haya sido tan dura para los míos, justamente por ello he conocido los distintos impulsos contradictorios que han luchado en sus espíritus. ¿No palpitaba mi propio corazón al ver la pequeña bandera azul-blanca-roja de la Compañía General Trasatlántica que enlazaba Marsella con el puerto de Túnez?

Todo esto para concluir en que este retrato del colonizador era también, en parte, el mío; pongamos que un retrato proyectado, en el sentido de los geómetras. Para trazar el del colonizador benévolo me he inspirado en un grupo de profesores de filosofía de Túnez, amigos y colegas míos, de una generosidad incuestionable; pero también en su impotencia, ¡ay!, en su imposibilidad de hacerse escuchar por nadie en la colonia. Sin embargo, era con ellos con quien yo me sentía más a gusto. Mientras me esforzaba en desmontar los mitos impuestos por la colonización, ¿cómo iba a aprobar complacientemente los contramitos surgidos en el seno del colonizado? Tenía que limitarme a sonreír con ellos ante la afirmación, mal razonada, de que la música andaluza era la más hermosa del mundo; o, por el contrario, que el europeo tenía un fondo duro y malo: lo probaba su forma de maltratar a sus niños. Pero el único resultado era la actitud de sospecha por parte del colonizado, pese a la inmensa buena voluntad desplegada hacia él, mientras contaba ya con la repulsa de la comunidad francesa. Todo este mecanismo yo lo conocía de sobra; sus dificultades, su necesaria ambigüedad y el aislamiento subsecuente, y lo más grave: su ineficacia ante la acción, todo ello me lo sabía de memoria. (Un día recibí una colección de agrios reproches por haber considerado inútil y peligroso difundir un rumor que había llegado a la Medina según el cual el representante de Francia se había vuelto loco furioso.)

¿Más aún? En el fondo, yo comprendía hasta

al «pies negro» más rudimentario de sentimientos y pensamientos, aun cuando no lo aprobara. Un hombre es lo que hace de él su condición objetiva, ya lo he repetido bastante. Si me hubiera beneficiado más de la colonización —me preguntaba yo—, ¿habría llegado a condenarla tan vigorosamente? Quiero pensar que sí; pero el hecho de haber sufrido un poco menos que los demás me ha vuelto más comprensivo. En suma, el «pies negro» más obstinado ha sido mi hermano de nacimiento. La vida nos ha tratado de distinta manera: el fue reconocido como hijo legítimo de la Metrópoli, heredero del privilegio, que debía defender a cualquier precio, aun al más escandaloso; yo era una especie de mestizo de la colonización, que comprendía a todo el mundo porque no era completamente de nadie.

* * *

Unas palabras todavía para cerrar este nuevo Prólogo, ya demasiado largo. Este libro ha sido acogido con tanta inquietud e irritación como entusiasmo. De un lado se ha visto en él una insolente provocación; del otro, una bandera. Todo el mundo estaba de acuerdo en caracterizarlo como un arma, un instrumento de combate contra la colonización, y ciertamente ha llegado a serlo. Pero nada más ridículo que alardear de un valor prestado y de hazañas que no se han realizado: ya he descrito mi relativa ingenuidad al redactar este texto; simplemente deseaba, en primer término, compren-

der la relación colonial por la que me sentía tan directamente concernido. Lo que no significa que no haya mantenido siempre una filosofía que subyace en mi investigación y da color a mi vida: estoy incondicionalmente en contra de todas las opresiones. Veo en la opresión el mayor azote de la condición humana, que desvía y vicia las mejores energías del hombre. Oprimido y también opresor, pues, como veremos a continuación, si la colonización destruye al colonizado, pudre al colonizador. Pero no era tal mi intención en este libro. La eficacia de este texto deriva genéticamente, en cierto modo, del valor único de la verdad. Seguramente era suficiente describir con precisión el hecho colonial, la manera en que necesariamente tenía que actuar el colonizador, la lenta e inexorable destrucción del colonizado, para poner en evidencia la absoluta iniquidad de la colonización, y al mismo tiempo descubrir su fundamental inestabilidad y predecir su fin.

El único mérito que puedo atribuirme es el de haber intentado, por encima de mi propio malestar, denunciar un aspecto de la realidad humana, insoportable y, en consecuencia, inaceptable, destinado a provocar incesantemente desórdenes ruinosos para todo el mundo. En lugar de que este libro sea todavía leído como un objeto de escándalo me gustaría que, por el contrario, se le examine con tranquilidad, para que las conclusiones que para mí fueron evidentes continúen siendo alcanzadas espontáneamente por tantos hombres en situaciones parecidas. Estos dos retratos que he intentado esbozar

son simplemente fieles a sus modelos, y éstos no tienen necesidad de reconocerse en el espejo que yo les ofrezco para descubrir por sí mismos la conducta más eficaz en su vida de miseria. Es sabida la tenaz confusión (que constituye uno de los síntomas de nuestra persistente barbarie, de nuestra mentalidad desesperadamente mágica) entre el artista y su tema. En lugar de irritarse por las palabras de los escritores y acusarles de intentar crear un desorden, que ellos no hacen sino describir o anunciar, sería preferible prestarles más atención y tomar más en serio sus advertencias premonitorias. En último término, ¿no tengo derecho a pensar ahora, al cabo de tantas guerras coloniales, desastrosas e inútiles, en el momento en que Francia se convierte en adalid de la descolonización en el mundo, que este libro podría haber sido tan útil al colonizador como al colonizado?

ALBERT MEMMI

París, febrero de 1966.

RETRATO DEL COLONIZADOR

I

¿EXISTE EL COLONIAL?

SENTIDO DEL VIAJE COLONIAL

Todavía hay quien disfruta representando al colonizador como un hombre alto, tostado por el sol, con botas de media caña, apoyado en una pala —porque no tiene reparos en echar una mano en el trabajo—, abarcando con su mirada el horizonte de sus tierras; entre dos acciones contra la Naturaleza, se dispensa a los hombres, cuida a los enfermos y difunde la cultura. En suma, un noble aventurero, un pionero.

No sé si esta imagen inocente correspondió en algún momento a una realidad o si ésta se limitó a los grabados de los billetes de Banco coloniales. Los motivos económicos de la empresa colonial son destacados hoy día por todos los historiadores de la colonización; nadie cree ya en la *misión* cultural y moral, ni siquiera inicial, del colonizador. En todo caso, en nuestros días, la marcha a las colonias no es la elección de un combate dudoso, incitante justamente por su peligrosidad, ni es la tentación de la aventura, sino la de la facilidad.

Basta con preguntar al europeo de las colonias: ¿qué razones le han llevado a expatriarse?, y, sobre

todo: ¿qué razones le hacen persistir en su exilio? Puede ocurrir que hable también de aventura, de colorido y de desarraigo. Pero ¿por qué no los ha buscado en Arabia o sencillamente en Europa Central, donde no se habla su propia lengua, ni hay un importante grupo de compatriotas suyos, ni una Administración que le sirva o un Ejército que le proteja? La aventura habría sido más imprevista; pero ese desarraigo, más verdadero y de mejor calidad, hubiera sido de un beneficio incierto: el desarraigo colonial, si es que hay desarraigo, debe ser en primer término un buen negocio. Nuestro viajero nos propone espontáneamente, mucho mejor que los técnicos del lenguaje, la mejor definición posible de la colonia: se gana más y se gasta menos. Se viene a la colonia porque los cargos son seguros, los sueldos altos, las carreras más rápidas y los negocios más fructuosos. Al joven diplomado se le ofrece un puesto, al funcionario un escalón suplementario, al comerciante desgravaciones sustanciales, al industrial materia prima y mano de obra a precios sorprendentes.

Pero aún más: concedamos que puede existir ese ingenuo que desembarca por azar, como si llegara a Toulouse o a Colmar.

¿Necesitaría mucho tiempo para descubrir las ventajas de su nueva situación? Aun descubierto *a posteriori*, el sentido económico del viaje colonial no es menos inmediato y primordial. El europeo de las colonias puede, por supuesto, querer esta nueva región y aficionarse al colorido de sus costumbres. Hostigado por el clima, incómodo entre

muchedumbres extrañamente vestidas, añorando su país natal, la cuestión fundamental en lo sucesivo será la siguiente: ¿compensan las ventajas de la colonia las incomodidades y el malestar del cambio?

Pronto hablará claro, y será normal oírle soñar en voz alta: unos años más y se comprará una casa en la Metrópoli... Es una especie de purgatorio, un purgatorio remunerado. En lo sucesivo, aún harto, estragado de exotismo, enfermo en ocasiones, se agarra: la trampa será efectiva hasta la jubilación o incluso hasta la muerte. ¿Cómo regresar a la Metrópoli cuando tendría que reducir su nivel de vida a la mitad? ¿Cómo volver a la lentitud viscosa del ascenso en la Metrópoli?...

En estos años pasados, cuando la historia se ha acelerado y la vida se ha hecho difícil y aun peligrosa para los colonizadores, ha sido este cálculo tan simple el que les ha retenido. Incluso los que se denominan en la colonia «aves de paso» no han manifestado una prisa excesiva en partir. Algunos, manejando la posibilidad de volver, han empezado a temer, inesperadamente, un nuevo desarraigo: el de encontrarse en su país de origen. En parte hay que darles crédito: han salido de su país hace ya demasiado tiempo para que les queden amigos vivos, sus hijos han nacido en las colonias y sus muertos está enterrados allá. Pero exageran su desvinculación: si bien es cierto que han organizado su vida en la comunidad colonial, han importado e impuesto en ella las costumbres de la Metrópoli, donde pasan periódicamente sus vacaciones, en la que se inspiran administrativa, política y culturalmente; de

la que no apartan los ojos. Su desarraigo tiene, ciertamente, una base económica: la del nuevo rico en peligro de empobrecerse.

Aguantarán la mayor cantidad de tiempo posible, pues cuanto más tiempo pase más duraderas serán las ventajas, que bien merecen alguna molestia y que siempre se pierden demasiado pronto. Pero si llega un momento en que se ve afectado lo económico, si las «situaciones», como se acostumbra decir, corren peligros reales, el colonizador se siente en ese momento amenazado y piensa, esta vez en serio, en regresar a la Metrópoli.

En el plano colectivo, la cuestión es todavía más clara. Las empresas coloniales nunca han tenido otro sentido explícito. Cuando las negociaciones franco-tunecinas, algunos ingenuos se quedaron sorprendidos de la relativa buena voluntad del gobierno francés, especialmente en el terreno cultural, y más tarde, de la aquiescencia casi inmediata de los caciques de la colonia. Los cerebros de la burguesía y de la colonia habían comprendido que lo esencial de la colonización no era ni el orgullo de la bandera, ni la expansión cultural, ni siquiera la dirección administrativa y la preservación de un cuerpo de funcionarios. Accedieron a hacer concesiones en todos estos terrenos si el fondo, es decir, las ventajas económicas, se conservaban. Y si Mendès-France pudo efectuar su famoso viaje relámpago, fue con su bendición y bajo la protección de uno de ellos. Este fue exactamente su programa y el contenido inicial de las conversaciones.

Habiendo descubierto el beneficio, por azar o porque lo ha perseguido, el colonizador, sin embargo, no tiene conciencia todavía del papel histórico que será el suyo. Le falta un paso en el conocimiento de su nueva situación: tiene que comprender también el origen y el significado de ese beneficio. A decir verdad, no tarda mucho en hacerlo. ¿Cómo podría pasar mucho tiempo sin advertir la miseria del colonizado y la relación entre esa miseria y su bienestar? Constata que ese beneficio tan fácil lo es porque se lo arrebata a otros. En suma, realiza dos verificaciones en una: descubre la existencia del colonizado y al mismo tiempo su propio *privilegio*.

Sabía, naturalmente, que la colonia no está poblada sólo por colonos o colonizadores. Tenía incluso algunas ideas sobre los colonizados gracias a los libros de lectura de su infancia; había visto en el cine algún documental sobre determinadas costumbres, elegidas preferiblemente por su rareza. Pero esos hombres pertenecían al reino de la imaginación, de los libros y del espectáculo. No le concernían, o, en todo caso, solamente un poco, indirectamente, a través de imágenes comunes a toda su acción, de epopeyas militares y difusas consideraciones estratégicas. Se interesó un poco por ellos después de tomar la decisión de emigrar a la colonia, pero no más que por el clima, tal vez incómodo, o por el agua, posiblemente con demasiada cal.

Y repentinamente estos hombres, dejando de ser un puro elemento de decoración geográfica e histórica, se metían de lleno en su vida.

Ni siquiera puede decidir eludirlos: debe vivir en constante relación con ellos, pues es esa misma relación la que le permite el tipo de vida que ha decidido buscar en la colonia. Esa relación es la fructuosa, la que crea el privilegio. Se encuentra en el plato de una balanza en cuyo otro brazo está el colonizado. Si su nivel de vida es alto, es porque el del colonizado es bajo; si puede beneficiarse de mano de obra barata y de un servicio doméstico numeroso y poco exigente, es porque el colonizado es explotable a voluntad y no está protegido por las leyes de la colonia; si consigue tan fácilmente los puestos administrativos, es porque le han sido reservados y porque el colonizado está excluido de ellos. Cuanto mejor respira, más se ahoga el colonizado.

No podrá ignorar todo esto. No tiene que dejarse convencer por los discursos oficiales, porque los redacta él mismo, su primo o su amigo; es él quien imagina las leyes que fijan sus derechos exorbitantes y los deberes de los colonizados; las apenas discretas consignas de la discriminación, las dosificaciones en las oposiciones y en la contratación de personal tiene que conocerlas necesariamente, porque se ocupa de hacerlas cumplir. Aunque se hiciera el sordo y ciego al funcionamiento de toda la máquina, es suficiente con que recoja los resultados: él es el beneficiario de todo el negocio.

En resumen, es imposible que no advierta en absoluto la *ilegitimidad* constante de su situación. Es además, de alguna manera, una doble ilegitimidad. Extranjero, llegado a un país por los avatares de la historia, no sólo ha logrado conseguirse un puesto, sino que ha ocupado el del habitante, concediéndose privilegios asombrosos a costa de los verdaderos merecedores. Y ello no en virtud de leyes locales, que de alguna manera legitiman la desigualdad por la tradición, sino derribando las reglas admitidas y sustituyéndolas por las suyas. Resulta así doblemente injusto: es un privilegiado, y un privilegiado no legítimo, es decir, un *usurpador*. Y, finalmente, no sólo a los ojos del colonizado, sino a los suyos propios. Si llega a argumentar que también hay privilegiados entre los colonizados, señores feudales y burgueses, cuya opulencia iguala o sobrepasa a la suya, lo hace sin convicción. No ser el único culpable puede tranquilizar, pero no absolver. Fácilmente reconocerá que los privilegios de los privilegiados autóctonos son menos escandalosos que los suyos. Sabe también que los colonizados más favorecidos no dejan nunca de ser colonizados, es decir, que algunos derechos les serán eternamente denegados, que algunas ventajas les son concedidas muy estrictamente. En suma, a sus ojos, como a los de su víctima, se sabe usurpador y tiene que habituarse a esas miradas y a esa situación.

Antes de ver cómo esos tres descubrimientos —beneficio, privilegio, usurpación—, esos tres avances en la conciencia del colonizador, van a modelar su fisonomía y por qué mecanismos van a transformar al aspirante colonial en colonizador o en colonialista, hay que responder a una objeción muy corriente: se dice a menudo que, en la colonia, no hay nada más que colonos. ¿Se puede hablar de privilegios refiriéndose a ferroviarios, funcionarios modestos e incluso pequeños cultivadores, que tienen que hacer tantos cálculos para vivir como sus homólogos metropolitanos...?

Para concertar una terminología cómoda distingamos el colonial, el colonizador y el colonialista. El *colonial* sería el europeo que vive en la colonia, pero sin gozar de privilegio, en unas condiciones de vida no superiores a las del colonizado de categoría económica y social equivalente. El colonial sería el europeo amable, que por temperamento o por ética no tendría frente al colonizado la actitud de colonizador. ¡Pues bien, digámoslo pronto: pese al carácter aparentemente exagerado de la afirmación, *definido de esta manera, el colonial no existe, porque todos los europeos de las colonias gozan de privilegio!*

Por supuesto que todos los europeos de las colonias no son potentados, ni disfrutan de miles de hectáreas, ni dirigen la Administración. Incluso muchos son víctimas de los señores de la coloniza-

ción. Son explotados económicamente y utilizados políticamente en defensa de intereses que a menudo no coinciden con los suyos propios. Pero las relaciones sociales no son casi nunca unívocas. Contrariamente a lo que se quiere creer, a las intenciones piadosas y a las afirmaciones interesadas, el pequeño colonizador es, de hecho, generalmente solidario de los colonos y encarnizado defensor de los privilegios coloniales. ¿Por qué?

¿Solidaridad con sus semejantes? ¿Reacción defensiva, expresión angustiada, de una minoría que vive en el seno de una mayoría hostil? En parte. Pero en los mejores momentos de la colonización, protegidos por la Policía, el Ejército y una Aviación dispuesta a intervenir en cualquier momento, los europeos de las colonias no tenían miedo, no el suficiente en todo caso para explicar una unanimidad de este género. ¿Mixtificación? Más, desde luego. Es verdad que el pequeño colonizador hubiera tenido que librar un combate para sí mismo, llevar a cabo una liberación, si no hubiera sido engañado tan profundamente por los suyos y cegado por la historia. Pero no creo que una mixtificación pueda descansar sobre una ilusión completa o pueda dominar totalmente el comportamiento humano. Si el pequeño colonizador defiende el sistema colonial con tanta ferocidad, es que resulta más o menos beneficiado por él. La mixtificación reside en que para defender esos intereses muy limitados defiende otros infinitamente más importantes, de los que además es víctima. Pero, aun engañado y víctima, tiene también su recompensa.

Y es que el privilegio es cosa relativa: puede serlo más o menos, pero todo colonizador es un privilegiado, porque lo es *comparativamente* y en detrimento del colonizado. Si los privilegios de los poderosos son manifiestos, los discretos privilegios del pequeño colonizador, aun del más modesto, son muy numerosos. Cada gesto de la vida cotidiana le pone en relación con el colonizado, y en cada gesto se aprovecha de una ventaja reconocida. ¿Tiene problemas con las leyes? La Policía, y aun la justicia, serán más clementes con él. ¿Necesita recurrir a los servicios de la Administración? Será menos engorrosa para él; le abreviará las formalidades; le reservará una ventanilla, donde los postulantes son menos numerosos y la espera más corta. ¿Busca empleo? ¿Tiene que pasar un examen? Las plazas, los cargos, le están reservados de antemano; las pruebas serán en su lengua, creando dificultades eliminatorias a los colonizados. ¿Puede ser tan ciego o estar tan cegado que no llegue a darse cuenta de que en condiciones objetivas idénticas, clase económica y méritos iguales, lleva siempre ventaja? ¿Cómo no va a volver de cuando en cuando la cabeza para distinguir a todos los colonizados, algunos de ellos antiguos condiscípulos o amigos, que han quedado tan atrás?

En suma, aunque no pida nada, aunque no necesite nada, bastará la mera presencia para que se atribuya a su persona el prejuicio favorable de todos los que cuentan en la colonia, e incluso de los que no cuentan, porque goza del prejuicio favorable, del respeto del mismo colonizado, que se lo

concede más fácilmente que a los mejores de los suyos; que, por ejemplo, tiene más confianza en su palabra que en la de los suyos. Y es que posee de nacimiento una calidad, independiente de sus méritos personales, de su clase objetiva: es miembro del grupo de los colonizadores (cuyos valores prevalecen y de los que participa). El país sigue el ritmo de sus fiestas tradicionales, incluso religiosas, y no el de las de sus habitantes; el descanso semanal es el de su país de origen, la bandera de su nación ondea sobre los monumentos, las comunicaciones sociales se verifican en su lengua materna; incluso sus trajes, su acento, sus gestos acaban por ser imitados por el colonizado. El colonizador forma parte de un mundo superior, del que tiene que recoger necesariamente los privilegios.

OTROS MIXTIFICADOS POR LA COLONIZACION

Es justamente la situación concreta, económica y psicológica, en el complejo colonial (en relación a los colonizados por una parte y a los colonizadores por otra) la que determina la fisonomía de los otros grupos humanos: los que no son ni colonizadores ni colonizados. Los nacionales de otras potencias (italianos, malteses en Túnez), los aspirantes a la asimilación (la mayoría de los judíos), los asimilados recientes (corsos en Túnez, español es en Argelia). Se pueden incluir los agentes de la autoridad reclutados entre los mismos colonizados.

La pobreza de los italianos o de los malteses es

tan grande, que puede parecer ridículo hablar de privilegio respecto a ellos. Sin embargo, aun siendo frecuentemente miserables, las migajas que se les conceden inadvertidamente contribuyen a diferenciarlos, a separarlos seriamente de los colonizados. Más o menos favorecidos en relación a las masas coloniales, tienden a establecer relaciones de carácter colonizador-colonizado con ellas. Al mismo tiempo, no coincidiendo con el grupo colonizador, al no desempeñar el mismo papel en el complejo colonial, cada uno se distingue a su manera.

Todos estos matices son perfectamente claros en el análisis de sus relaciones con el hecho colonial. Si los italianos de Túnez han envidiado siempre a los franceses sus privilegios jurídicos y administrativos, en cualquier caso están en mejor posición que los colonizados. Están protegidos por las leyes internacionales, por un Consulado constantemente presente y bajo la continua vigilancia de una Metrópoli atenta. A menudo, lejos de ser rechazados por el colonizador, son ellos mismos los que dudan entre la asimilación y la fidelidad a su patria. Un idéntico origen europeo, una religión común, una gran mayoría de costumbres semejantes les acercan sentimentalmente al colonizador. Todo ello procura ventajas seguras, que, por supuesto, no posee el colonizado: mayor facilidad para encontrar trabajo, menor inseguridad contra la enfermedad y la miseria total, escolarización menos precaria, también algunas consideraciones por parte del colonizador, una dignidad más o menos respetada. Es fácil comprender que, en términos absolutos, por

desheredados que sean, mantendrán frante al colonizado numerosas conductas comunes con el colonizador.

Contrarrazonamiento: tomando sólo beneficios prestados de la colonización, por su parentesco con el colonizador, los italianos están mucho más cerca de los colonizados que los franceses. No tienen con ellos esas relaciones afectadas, formales; ese tono que huele siempre al dueño interpelando al esclavo, del que no puede desembarazarse del todo el francés. Contrariamente a los franceses, los italianos hablan casi todos la lengua de los colonizados, hacen con ellos amistades duraderas e incluso, síntoma particularmente revelador, contraen matrimonios mixtos. En suma, no encontrando en ello un gran rendimiento, los italianos no mantienen gran distancia entre ellos y los colonizados. El mismo análisis sería válido, con algunos matices de diferencia, para los malteses.

La situación de los israelitas —eternos candidatos indecisos y rechazados a la asimilación— puede ser encarada en una similar perspectiva. Su ambición constante, y muy justificada, es la de escapar a su condición de colonizado, carga suplementaria en un balance ya muy pesado. Para ello se esforzarán en parecerse al colonizador, con la confesada esperanza de que deje de reconocerlos como diferentes a él. De ahí sus esfuerzos para olvidar el pasado, para cambiar sus costumbres colectivas, su adopción entusiasta de la lengua, la cultura y las costumbres occidentales. Pero si el colonizador no desalienta para siempre, de una forma clara, a

estos aspirantes a su semejanza, nunca les ha permitido tampoco conseguirla. De esta manera viven una dolorosa y constante ambigüedad: rechazados por el colonizador, comparten parcialmente la situación concreta del colonizado y son con él solidarios de hecho; por otra parte, rechazan los valores del colonizado como pertencientes a un mundo caduco, del que esperan escapar con el tiempo.

Los asimilados recientes se sitúan generalmente mucho más allá del colonizador medio. Practican una sobrecarga colonizadora, exhiben un desprecio orgulloso por el colonizado y recuerdan incesantemente su nobleza prestada, que se ve a menudo desmentida por una brutalidad y avidez plebeyas. Muy asombrados todavía por sus privilegios, los saborean y defienden con inquietud y ferocidad. Y cuando la colonización acaba por estar en peligro, le proporcionan sus defensores más dinámicos, sus tropas de choque y a veces sus agentes provocadores.

Los agentes de la autoridad, cuadros, caídes, policías, etc., reclutados entre los colonizados, forman una categoría de colonizados que pretende escapar a su condición política y social. Pero eligiendo para ello ponerse del lado del colonizador, defendiendo exclusivamente sus intereses, acaban por adoptar su ideología, incluso respecto a los suyos y a sí mismos.

Todos, más o menos mixtificados, más o menos beneficiados, están engañados hasta el punto de aceptar un sistema injusto (defendiéndole o resignándose a él) que echa la carga más pesada sobre

el colonizado. Su desprecio puede no ser sino una compensación a su miseria, como el antisemitismo europeo es tan sólo frecuentemente un cómodo derivativo. Así es la historia de la pirámide de los tiranuelos: cada cual, socialmente oprimido por uno más poderoso que él, encuentra siempre uno menos poderoso para resarcirse sobre él y hacerse tirano a su vez. ¡Qué revancha y qué orgullo para un pequeño artesano no colonizado llevar a su lado un obrero árabe con una plancha y un montón de clavos sobre la cabeza! Para todos existe al menos la profunda satisfacción de ser negativamente mejor que el colonizado: no verse nunca totalmente integrado en la abyección a que le somete el hecho colonial.

DEL COLONIAL AL COLONIZADOR

El colonial no existe, porque no depende de un europeo de las colonias seguir siendo colonial, aun cuando tenga la intención de serlo. Lo desee expresamente o no, es incorporado al privilegio por las instituciones, las costumbres y las gentes. En cuanto desembarca o nace, se encuentra inserto en una situación de hecho, común a todos los europeos que viven en la colonia, situación que le convierte en colonizador. Pero no es a este nivel, ciertamente, donde se sitúa el problema ético fundamental del colonizador: el del compromiso de su libertad y, en consecuencia, de su responsabilidad. Estaba en su mano, claro, no intentar la aventura colonial; pero una vez iniciada la empresa ya no le es posi-

ble rechazar las condiciones. Hay que añadir aún que podía verse sometido a todas esas condiciones, independientemente de cualquier elección previa, sólo con nacer en la colonia, de padres ya colonizadores, o si realmente desconocía, en el momento de la decisión, el sentido real de la colonización.

Es en una segunda instancia donde se va a plantear el verdadero problema del colonizador: una vez que ha descubierto el sentido de la colonización y tomado conciencia de su propia situación, de la del colonizado y de la de sus necesarias relaciones. ¿Las aceptará? ¿Se aceptará o se rechazará a sí mismo como privilegiado, confirmando la miseria del colonizado, inevitable correlativo de sus privilegios? ¿Va a aceptarse como usurpador, confirmando la opresión y la injusticia respecto al verdadero poblador de la colonia, correlativas a su prestigio y a su libertad excesiva? Finalmente: ¿Va a aceptarse como colonizador esa imagen de sí mismo que le acecha, que siente ya configurarse, bajo la naciente costumbre del privilegio y la ilegitimidad, ante la incesante mirada del usurpado? ¿Va a habituarse a esta situación, a esa mirada y a la propia condena de sí mismo, pronto inevitable?

II

EL COLONIZADOR QUE SE RECHAZA

EL COLONIZADOR DE BUENA VOLUNTAD...

Si todo colonial se descubre de inmediato en una postura de colonizador, no todo colonizador tiene por qué convertirse necesariamente en colonialista. Y los mejores se niegan. Pero el hecho colonial no es una idea pura: frente a *situaciones vividas*, el rechazo es o bien sustraerse físicamente a esas situaciones, o bien permanecer sobre el terreno y luchar para transformarlas.

Sucede que el desembarcado, por los azares de un contrato de trabajo o como funcionario bienintencionado —más raramente hombre de negocios o agentes de la autoridad, menos aturdidos o menos ingenuos—, estupefacto por sus primeros contactos con los aspectos cotidianos de la colonización, como la muchedumbre de mendigos, los niños que vagan medio desnudos, el tracoma, etc.; incómodo ante una organización tan evidente de la injusticia; indignado por el cinismo de sus propios compatriotas («¡No preste atención a la miseria! Ya verá, ¡uno se acostumbra en seguida!»), piensa inmediatamente en volver a marcharse. Obligado a esperar al final del contrato, corre peligro de acostumbrarse, efectiva-

mente, a la miseria y a lo demás. Pero suele suceder que aquel que sólo había querido ser un colonial no se acostumbra a ello: se volverá a marchar entonces. Puede ocurrir también que, por diversas razones, no se vaya. Pero habiendo descubierto el escándalo económico, político y moral de la colonización, y no siendo capaz de olvidarlo, no pueda ya llegar a ser lo que son sus compatriotas; decidirá quedarse, prometiéndose rechazar la colonización.

... Y SUS DIFICULTADES

¡Oh! No tiene por qué ser un rechazo violento. Esa indignación no va siempre acompañada de una vocación por la política activa. Es más bien una posición de principio, algunas afirmaciones que no espantarían a un congreso de moderados, por lo menos en la Metrópoli. Alguna protesta, una firma de vez en vez, incluso puede llegar a la adhesión a algún grupo no sistemáticamente hostil al colonizado. Basta con esto para que se dé cuenta rápidamente de que no ha hecho sino cambiar de dificultades y de malestar. No es tan fácil evadirse mentalmente de una situación concreta, rechazar la ideología y seguir viviendo en sus relaciones objetivas. Su vida se encuentra en lo sucesivo bajo el signo de una contradicción que se presenta a cada uno de sus pasos, que le arrebatará toda coherencia y toda calma.

¿Qué otra cosa rechaza sino una parte de sí mismo, aquello en lo que se está convirtiendo len-

tamente desde el momento en que acepta vivir en la colonia? Porque participa y disfruta de estos privilegios que denuncia a media voz. ¿Recibe acaso un trato peor que el de sus compatriotas? ¿No goza de las mismas facilidades para viajar? ¿Cómo puede dejar de calcular distraídamente que pronto podrá pagarse un coche, un frigorífico, tal vez una casa? ¿Cómo se las arreglaría para desembarazarse de ese prestigio que le aureola y del que se pretende escandalizado?

Aun cuando llegue a debilitar la contradicción, a organizarse dentro de ese malestar, sus compatriotas se encargarán de sacudirlo. Primero con una indulgencia irónica; ellos conocieron, conocen, esa inquietud un poco idiota del recién desembarcado; se le pasará al contacto con la vida cotidiana, por una multitud de pequeños y agradables compromisos.

Tiene que pasársele, insisten, porque el romanticismo humanitarista se considera en la colonia como una grave enfermedad, como el peor de los peligros: no es ni más ni menos que el salto al campo del enemigo.

Si se obstina, aprenderá que se está embarcando en un conflicto inconfesable con los suyos, que permanecerá siempre abierto, que no cesará nunca, si no es por su derrota y por su retorno al hogar colonizador. Es sorprendente la violencia de los colonizadores hacia aquel de entre ellos que pone en peligro la colonización. Está claro que sólo pueden considerarle como un traidor. Pone en duda la misma existencia de los suyos, amenaza a la

entera patria metropolitana que pretenden representar y que, en definitiva, representan en la colonia. No es suya la incoherencia. ¿Cuál sería, en rigor, el resultado lógico de la actitud del colonizador que rechaza la colonización? ¿Qué otra que desear su desaparición; es decir, la desaparición de los colonizadores en cuanto tales? ¿Cómo no se van a defender con ferocidad contra una actitud que conduciría a su inmolación, tal vez en el altar de la justicia, pero siendo ellos en cualquier caso los sacrificados? ¡Si al menos reconocieran completamente la injusticia de sus posiciones! Pero ellos precisamente las han aceptado, se han habituado a ellas, gracias a métodos que examinaremos después. Si no puede sobrepasar ese insoportable moralismo que le impide vivir, si tiene unas convicciones, tan fuertes, que empiece por marcharse: dará prueba de la seriedad de sus sentimientos y arreglará sus problemas... dejando de creárselos a sus compatriotas. Si no, no tiene derecho a esperar seguir importunándoles con toda tranquilidad. Pasarán al ataque y le devolverán golpe por golpe; sus compañeros serán antipáticos, sus superiores le amenazarán; hasta su mujer llorará —las mujeres tienen una menor preocupación por la humanidad en abstracto— y le confesará que sólo se encuentra a gusto entre europeos.

Entonces, ¿no hay otras salidas que la sumisión al núcleo de la familia colonial o la partida? Sí, hay una más. Si su rebeldía le ha cerrado las puertas de la colonización, aislándole en medio del desierto colonial, ¿por qué no habría de llamar a

las del colonizado, al que defiende, y que seguramente le abrirá los brazos, lleno de agradecimiento? Ha descubierto que uno de los campos es el de la injusticia, luego el otro debe ser el del derecho. Tiene que dar un paso más, ir hasta el fondo de su rebeldía, ¡la colonia no son sólo los europeos! Rechazando a los colonizadores, condenado por ellos, que adopte a los colonizados y se haga adoptar: que se vuelva tránsfuga.

En verdad, son tan pocos los colonizadores, aun de muy buena voluntad, que piensan seriamente en tomar este camino, que el problema es más bien teórico; pero es capital para la comprensión del hecho colonial. Rechazar la colonización es una cosa, adoptar al colonizado y hacerse adoptar por él es otra, que está muy lejos de ser una consecuencia directa.

Para conseguir esta segunda conversión sería preciso que nuestro hombre fuera un héroe moral; y mucho antes de eso, el vértigo le vence. En rigor, hemos dicho, sería necesario que rompiera económica y administrativamente con el campo de los opresores. Sería la única forma de cerrarles la boca. ¡Qué demostración tan decisiva la de renunciar a la cuarta parte de su sueldo o despreciar los favores de la Administración! Dejemos esto, sin embargo; hoy día se acepta perfectamente que alguien pueda ser, mientras llega la revolución, revolucionario y explotador. Descubre, pues, que si la justicia está de parte de los colonizados, si puede llegar hasta darles su aprobación e incluso su ayuda, su solidaridad no va más lejos: *no es uno de los suyos*

ni tiene ningún deseo de serlo. Aunque pueda vislumbrar difusamente el día de su liberación, la recuperación de sus derechos, no piensa seriamente en compartir su existencia, ni siquiera liberada.

¿Un rasgo de racismo? Tal vez, sin que él se dé perfecta cuenta. ¿Quién podría dejar de tenerlo en un lugar en que todo el mundo lo es, incluidas las propias víctimas? ¿Es lógico asumir, aun mentalmente, y sin verse obligado, una sobre la que se abate un tan pesado destino? ¿Cómo se las arreglaría, además, para atraer hacia él ese desprecio vinculado a la persona del colonizado? ¿Cómo compartir una eventual liberación cuando ya se es libre? Todo ello no es en verdad más que un ejercicio mental.

¡Y después de todo, tampoco es necesariamente racismo! Sencillamente, se ha dado cuenta con el tiempo de que la colonia no es una extensión de la Metrópoli, que no se encuentra en su casa. Eso no es contradictorio con sus posiciones de principio. Es porque ha descubierto al colonizado su particularidad existencial, porque el colonizado ha cesado repentinamente de ser un elemento de un sueño exótico para convertirse en una humanidad viva y doliente, por lo que el colonizador rechaza cualquier participación en su opresión y decide acudir en su ayuda. Pero al mismo tiempo comprende que no ha hecho en realidad sino cambiar de circunscripción: tiene ante él una civilización diferente, costumbres distintas a las suyas, hombres cuyas reacciones le sorprenden a menudo, con los que no tiene afinidades profundas.

Y llegado a este punto tiene que confesarse —aun cuando rechace cualquier acuerdo con los colonialistas— que no puede dejar de juzgar de alguna manera a esa civilización y a esas gentes. ¿Cómo negar que su técnica está gravísimamente atrasada, sus costumbres son extravagantes y su cultura caduca? ¡Ah! Se apresurará a responderse: esos fallos no son imputables a los colonizados, sino a esos lustros de colonización que han cloroformizado su historia. Algunos argumentos de los colonialistas le inquietan a veces; por ejemplo: ¿los colonizados estaban ya atrasados *antes* de la colonización? Si se han dejado colonizar es precisamente porque no tenían talla para luchar, ni militar ni técnicamente. Ciertamente, su pasada debilidad no significa nada respecto a su porvenir; no cabe duda que si se les devolviera la libertad recuperarían el retraso; tiene una confianza completa en el genio de los pueblos, de todos los pueblos. Sin embargo, puede que admita una diferencia fundamental entre el colonizado y él. El hecho colonial es un hecho histórico específico; la situación y estado de colonizado, actuales por supuesto, son, en todo caso, específicos. Puede admitir también que no es ni su hecho histórico, ni su situación, ni su estado actual.

Más certeramente que los grandes cambios intelectuales, las pequeñas miserias de la vida cotidiana le confirmarán este descubrimiento decisivo. Al principio comió *cuscús* por curiosidad; ahora los toma de cuando en cuando por educación, y encuentra que «llena, pesa en el estómago y no ali-

menta, y dicho de manera chistosa, es un matacristianos». O si le gusta el cuscús, no podrá soportar esa «música de feria» agresiva y aturdidora cuando pasa ante un café. «¿Por qué tan fuerte?» Detesta ese olor a grasa rancia de cordero que apesta la casa desde el cuchitril bajo la escalera, donde vive el guardia colonizado. Muchos rasgos del colonizado le chocan y le irritan; hay repulsiones que no puede esconder y que manifiesta en observaciones que recuerdan curiosamente a las del colonialista. Ciertamente, empieza a estar muy lejos de aquel momento en que estaba seguro, *a priori*, de la igualdad de la naturaleza humana en todas las latitudes. Todavía lo cree, pero ya más como una universalidad abstracta o ideal situado en el futuro de la historia...

Llega usted demasiado lejos, se me dirá; su colonizador de buena voluntad ya no lo es tanto: ha evolucionado lentamente... ¿No es ya un colonialista? En absoluto; la acusación sería casi siempre apresurada e injusta. Sencillamente, no se puede *vivir*, y menos toda la vida, en lo que continúa siendo para uno pintoresco, es decir, un grado más o menos intenso del desarraigo. Puede uno interesarse como turista, incluso apasionarse durante un tiempo, pero finalmente acaba necesariamente por cansarse, por defenderse incluso. Es necesario reconstruir alrededor de uno mismo los olores y los ruidos de la infancia, que son los únicos económicos, pues sólo reclaman actitudes mentales y gestos espontáneos. Sería tan absurdo exigir una tal sintonía por parte del colonizador de buena volun-

tad como pedir a los intelectuales de izquierda imitar a los obreros, como estuvo de moda durante una época. Después de empeñarse durante un tiempo en parecer desclasados, en esconder indefinidamente sus camisas, en llevar zapatos con clavos, tienen que acabar por reconocer la estupidez de su intento. Y, sin embargo, en este caso, la lengua y lo elemental de la cocina son comunes; las distracciones, parecidas, y las mujeres siguen el mismo ritmo de la moda. El colonizador no tiene más remedio que renunciar a cualquier semejanza con el colonizado.

«¿Por qué no llevar chilaba en los países árabes y pintarse la cara de negro en los países negros?», me ha contestado en una ocasión un profesor irritado.

Es importante añadir que ese profesor era comunista.

LA POLITICA Y EL COLONIZADOR DE BUENA VOLUNTAD

Dicho esto, quiero dejar bien claro que hay que evitar un excesivo romanticismo de la diferencia. Cabe pensar que las dificultades de adaptación del colonizador de buena voluntad no son demasiado importantes; que lo esencial es la firmeza de la actitud ideológica, de la condena de la colonización. A condición, claro, de que esas dificultades no acaben por entorpecer la rectitud del juicio ético. Ser de derechas o de izquierdas no es sólo una manera de pensar, sino también (y tal vez sobre todo) una

manera de sentir y de vivir. Señalemos simplemente que son muy pocos los colonizadores que no se dejan invadir por esas repulsiones y esas dudas, y que, por otra parte, esos aspectos deben ser tomados en consideración para comprender sus relaciones con el colonizado y el hecho colonial.

Supongamos, pues, que nuestro colonizador de buena voluntad haya conseguido poner entre paréntesis, a un tiempo, el problema de sus propios privilegios y el de sus dificultades afectivas. Sólo nos queda entonces considerar su actitud ideológica y política.

Era comunista, socialista de cualquier tipo o, sencillamente, demócrata; ha seguido siéndolo en la colonia. Ha decidido continuar siéndolo sean cuales sean los avatares de su propia sensibilidad individual o nacional; aún más, ha decidido actuar como comunista, socialista o demócrata, es decir, a luchar por la igualdad económica y la libertad social, lo que debe traducirse en la colonia como luchar por la liberación del colonizado y la igualdad entre colonizadores y colonizados.

·

EL NACIONALISMO Y LA IZQUIERDA

Llegamos aquí a uno de los capítulos más curiosos de la historia de la izquierda contemporánea (si alguien hubiera osado escribirla), que podríamos titular como el nacionalismo y la izquierda. La actitud política del hombre de izquierda respecto al problema colonial constituiría uno de los apartados;

las relaciones humanas vividas por el colonizador de izquierda, la manera en que rechaza y vive la colonización constituiría el segundo.

Existe una incontestable incomunidad de la izquierda europea frente al nacionalismo. Hace ya tanto tiempo que el socialismo se ha proclamado internacionalista, que esta tradición ha podido parecer definitivamente ligada a su doctrina, como parte de sus principios fundamentales. Entre los hombres de izquierda de mi generación, la palabra nacionalista provoca todavía una reacción de desconfianza, cuando no de hostilidad. Cuando la U. R. S. S., «patria internacional» del socialismo, se personalizó como nación —por razones que sería demasiado largo examinar aquí— sus motivaciones a duras penas convencieron a muchos de sus admiradores más incondicionales. Ultimamente, es fácil recordarlo, los gobiernos de los pueblos amenazados por el nazismo recurrieron, después de un momento de duda, a las apelaciones nacionales, un poco olvidadas. En esta ocasión, los partidos obreros, aleccionados por el ejemplo ruso, y ante el peligro inminente, respondieron y colaboraron al llamamiento, después de descubrir que el sentimiento nacional seguía siendo muy fuerte entre las tropas. El partido comunista francés lo ha hecho suyo y se ha reivindicado como «partido nacional», rehabilitando la bandera tricolor y la *Marsellesa.* Y esa táctica —o esa renovación— se ha impuesto nuevamente después de la guerra, contra las inversiones de la joven América en estas viejas naciones. En lugar de luchar en nombre de la ideología

socialista contra un peligro capitalista, los partidos comunistas, y gran parte de la izquierda, han preferido oponer una entidad nacional, identificando muy irritantemente a americanos y capitalistas. De todo ello deriva un cierto embarazo en la actitud socialista respecto al nacionalismo, una incertidumbre en la ideología de los partidos obreros. La reserva en este sentido de los periodistas y ensayistas de izquierda es muy significativa. Se lo plantean lo menos posible; ni lo aprueban ni lo condenan; no saben si quieren integrarlo en su comprensión del futuro histórico ni cómo. En una palabra: la izquierda actual está desorientada frente al nacionalismo.

Sin embargo, por numerosas causas históricas, sociológicas y psicológicas, la lucha de los colonizados por su liberación ha tomado unos acusados rasgos nacionales y nacionalistas. Si la izquierda europea no puede sino aprobar, estimular y apoyar esta lucha, como toda esperanza de libertad, experimenta, sin embargo, una duda muy profunda y una real inquietud ante la forma nacionalista de estas tentativas de liberación. Más aún: la renovación nacionalista de los partidos obreros es sobre todo una *forma* para un idéntico *contenido socialista*. Todo sucede como si la liberación social, que sigue siendo el fin último, tuviese una instancia de forma nacional más o menos duradera; sencillamente, las internacionales habían enterrado las naciones demasiado pronto. Sin embargo, el hombre de izquierda no siempre se da perfecta cuenta del contenido social inmediato de la lucha de los colo-

nizados nacionalistas. En resumen: el hombre de izquierda no reconoce en la lucha del colonizado, a la que apoya de antemano, ni los medios tradicionales ni los fines últimos de esa izquierda de la que forma parte. Y, por descontado, esa inquietud, esa desorientación se ven particularmente agravadas en el colonizador de izquierda, es decir, el hombre de izquierda que vive en la colonia y está en contacto cotidiano con ese nacionalismo.

Pongamos un ejemplo sobre los medios utilizados en esa lucha: el terrorismo. Es sabido que la tradición de la izquierda condena el terrorismo y el asesinato político. Cuando los colonizados llegaron a emplearlos, la incomodidad del colonizador de izquierda fue extrema. Se esforzó en desvincularlos de la acción *voluntaria* del colonizado, en convertirlos en un epifenómeno de su lucha; son, dicen, explosiones espontáneas de masas oprimidas, por demasiado tiempo, o mejor, actividades de elementos inestables, dudosos, difícilmente controlables por la cabeza del movimiento. Fueron muy pocos, aun en Europa, los que se dieron cuenta, admiraron y se atrevieron a decir que era tal la opresión del colonizado, tan grande la desproporción de fuerzas, que había llegado a utilizar *voluntariamente* estos medios, con o sin razón moral. Por más esfuerzos que hacía el colonizador de izquierda, algunos actos le parecieron incomprensibles, escandalosos y políticamente absurdos; por ejemplo, la muerte de niños o de personas ajenas a la lucha, y aun de colonizados que sin oponerse al fondo del empeño censuraban algún detalle. Al principio quedó

tan turbado, que no supo hacer otra cosa que *negar* estos actos; no podían ocupar ningún espacio, en efecto, en su perspectiva del problema. Que fuera la crueldad de la opresión la explicación de la ceguera de la reacción no era apenas un argumento sostenible para él; no podía aplaudir en el colonizado lo que combatía en la colonización, precisamente aquello por lo que combatía la colonización.

Después, tras haber pensado en cada ocasión que la noticia era falsa, acabó por afirmar que tales acciones eran *errores*, es decir, que *no deberían* formar parte de la esencia del movimiento. Los jefes no estaban de acuerdo, afirmaba osadamente. Un periodista que ha apoyado siempre la causa de los colonizados, cansado de esperar condenas que no llegaban, acabó un día por emplazar públicamente a varios jefes para que tomaran posición contra los atentados. Naturalmente, no recibió ninguna respuesta ni cometió la ingenuidad suplementaria de insistir.

Ante este silencio, ¿qué quedaba por hacer? Interpretar. Se puso a explicarse el fenómeno, a explicárselo a los demás, en el ápice de su incomodidad; pero nunca, señalémoslo, a *justificarlo*. Los jefes, dice ahora, no hablan ni pueden hablar, pero lo piensan. Habría aceptado con alivio, con alegría, el menor signo de asentimiento. Y como esos signos no podían llegar, se encontró colocado ante una temible alternativa: asimilando la situación colonial a cualquier otra, o tiene que aplicarle los mismos esquemas, juzgarla y juzgar al colonizado según sus valores tradicionales, o tiene que considerar la

coyuntura colonial como original y renunciar a sus hábitos de pensamiento político, a sus valores, es decir, a aquello precisamente que le ha llevado a tomar partido. En suma, o no reconoce al colonizado o no se reconoce ya a sí mismo. Sin embargo, en la imposibilidad de decidirse a elegir uno de estos dos caminos, se queda en la encrucijada y se eleva en el aire: atribuye a unos y otros intenciones ocultas según sus intereses; reconstruye un colonizado según sus deseos; en suma, se pone a inventar.

No le inquieta menos el futuro de esa liberación, al menos el futuro próximo. Es frecuente que la futura nación, que se adivina, se dibuje ya por encima de la lucha, queriéndose religiosa, por ejemplo, o no manifestando ninguna preocupación por la libertad. Otra vez no queda más remedio que suponerla un pensamiento oculto, más audaz y generoso: en el fondo de su corazón, todos los combatientes lúcidos y responsables son algo más que teócratas; aman y veneran a la libertad. Sólo la coyuntura les obliga a disfrutar sus verdaderos sentimientos; siendo muy viva la fe entre las masas colonizadas, tienen que tenerla en cuenta. ¿No manifiestan preocupaciones democráticas? Obligados a aceptar todas las ayudas, evitan así escandalizar a los ricos, burgueses y feudales.

Sin embargo, los hechos, rebeldes, no vienen a encasillarse en el lugar que les tiene asignado en sus hipótesis; y la inquietud del colonizador de izquierda se mantiene activa, siempre renovada. Los jefes colonizados no pueden censurar los sentimien-

tos religiosos de sus tropas, ¡pero de ahí a utilizarlos! Esas proclamas en nombre de Dios, el concepto de guerra santa, por ejemplo, le desorienta, le espanta. ¿Es realmente una simple táctica? ¿Cómo no comprobar que la mayor parte de las naciones ex colonizadas se apresuran a inscribir la religión en sus constituciones en cuanto alcanzan la libertad? ¿Que sus policías y sus jurisdicciones incipientes no tienen nada que ver con los principios de libertad y democracia como el colonizador de izquierda esperaba?

Entonces, temblando de miedo a equivocarse otra vez, retrocederá un paso y hará una predicción sobre un futuro un poco más lejano. *Más adelante*, ciertamente, surgirán guías en el seno de estos pueblos, que expresarán sus verdaderas necesidades y defenderán sus intereses reales de acuerdo con los imperativos morales (y socialistas) de la historia. Era inevitable que únicamente los burgueses y feudales, que han realizado algunos estudios, formasen los cuadros e infundiesen este aire al movimiento. *Más adelante*, los colonizados se liberarán de la xenofobia y de las tentaciones racistas que el colonizador de izquierda discierne, no sin inquietud. Reacción inevitable a la xenofobia y al racismo del colonizador; habrá que esperar a que desaparezca el colonialismo y las llagas que ha provocado en la carne de los colonizados. *Más adelante* se liberarán del oscurantismo religioso...

Pero, mientras tanto, el colonizador de izquierda no puede sino quedar escindido en lo que se refiere al sentido del combate inmediato. Ser de izquier-

da para él no significa sólo aceptar y ayudar a la liberación nacional de los pueblos, sino también a la democracia política y a la libertad, a la democracia económica y a la justicia, a la universalidad y a la lucha contra la xenofobia racista, al progreso material y espiritual. Y si toda verdadera izquierda debe desear la promoción nacional de los pueblos y ayudar a ella también, para no decir sobre todo, porque dicha promoción significa todo esto. Si el colonizador de izquierda rechaza la colonización y se rechaza como colonizador es justamente en nombre de ese ideal. Pero descubre que no hay relación entre la liberación de los colonizados y la aplicación de un programa de izquierda. Más aún: que está ayudando a la implantación de un orden social *en el que no hay lugar para un hombre de izquierda en cuanto tal,* al menos en un futuro inmediato.

Suele suceder también que por muy distintas razones —para atraerse la simpatía de las potencias reaccionarias, para fortificar la unión nacional o por convicción— los movimientos de liberación prohíban *inmediatamente* la ideología de izquierda y rechacen sistemáticamente su ayuda, colocándola en una situación insoportable y condenándola a la esterilidad. Entonces, también en cuanto militante de izquierda, el colonizador se encuentra prácticamente excluido del movimiento de liberación colonial.

Sus mismos problemas, esas dudas que vistas desde el exterior pueden interpretarse como arrepentimiento, le excluyen más todavía; le hacen sospechoso no sólo a los ojos del colonizado, sino a los de la izquierda metropolitana, lo que resulta aún más doloroso. Se ha separado de los europeos de la colonia, pero lo ha querido; desprecia sus injurias, incluso le enorgullecen. Pero la gente de izquierda es realmente la suya, los jueces que admite, aquellos ante quienes tiene que justificar su vida en la colonia. Pero sus iguales y sus jueces apenas le comprenden; la menor de sus tímidas reservas sólo provoca desconfianza e indignación. ¡Vaya —le dicen— todo un pueblo está esperando, muerto de hambre, de enfermedades y desprecio; un niño de cada cuatro muere en el primer año, y él pidiendo seguridades sobre el fin y los medios! ¡Qué condiciones va a poner a su colaboración! ¡Es cuestión de ética e ideología! La única cuestión por el momento es la de liberar a ese pueblo. En cuanto al porvenir siempre habrá tiempo de ocuparse cuando sea presente. Sin embargo, insiste, ya se puede prever la fisonomía de la posliberación... Se le obliga a callar con un argumento decisivo —en cuanto es una negativa pura y simple de afrontar ese futuro— diciéndole que el destino del colonizado no le afecta, porque lo que el colonizado haga de su libertad sólo a él concierne.

Entonces ya no entiende nada. Si desea ayudar

al colonizado es justamente porque su destino le afecta, porque sus destinos se superponen, se conciernen mutuamente, porque espera seguir viviendo en la colonia. No puede dejar de pensar con amargura que la actitud de la gente de izquierda de la Metrópoli es muy abstracta. Claro, en la época de la resistencia contra los nazis la única tarea que se imponía y unía a todos los combatientes era la liberación. Pero todos luchaban también por un cierto porvenir político. Si se hubiera dicho a los grupos de izquierda que el régimen futuro sería teocrático y autoritario, o a los grupos de derecha que sería comunista; si hubieran comprendido que por razones sociológicas imperiosas serían aplastados después del combate, ¿habrían continuado la lucha unos y otros? Es posible. Pero ¿se hubieran considerado tan escandalosas sus dudas y sus inquietudes? El colonizador de izquierda se pregunta si no ha pecado de orgullo al creer al socialismo exportable y al marxismo universal. Tiene que confesar que en este asunto creía tener derecho a defender su concepción del mundo, bajo la que esperaba poder ordenar su vida.

Pero todavía queda algo: ya que todo el mundo parece de acuerdo, la izquierda metropolitana y el colonizado (confirmando curiosamente al colonialista, cuando éste hable de la heterogeneidad de las mentalidades); ya que todo el mundo le hace reproches, acabará por someterse. Apoyará la liberación *incondicional* de los colonizados con los medios de que puedan servirse y el futuro que se quieran elegir. Un periodista del mejor semanario

de la izquierda francesa acabó por admitir que la condición humana puede significar también el Corán y la Liga Arabe. ¡El Corán, todavía; pero la Liga Arabe! ¿La causa justa de un pueblo debe implicar sus errores y mixtificaciones? El colonizador de izquierda aceptará, para no quedar excluido o ser sospechoso, todos los temas ideológicos de los colonizados en lucha: *olvidará temporalmente que es de izquierda.*

¿Es eso todo? Ni mucho menos. Porque para conseguir ser un tránsfuga, como al fin ha decidido, no es suficiente con aceptar totalmente a aquellos por quienes se desea ser acogido; es preciso ser acogido por ellos.

El primer aspecto no dejaba de crear sus problemas y contradicciones graves, ya que le obligaba a abandonar aquello mismo por lo que realizaba tantos esfuerzos, es decir, sus valores políticos. Una cuasiutopía cuya posibilidad nos hemos concedido. El intelectual o el burgués progresista puede desear que se debilite algún día lo que le separa de sus camaradas de lucha; son rasgos de clase a los que renunciaría encantado. Pero nadie aspira seriamente a cambiar de lengua, de costumbres, de religión, etc., ni siquiera para tranquilizar la conciencia, ni siquiera para conseguir seguridad material.

El segundo aspecto no es menos ingrato. No es suficiente toda su buena voluntad para quedar realmente inserto en el encuentro de la lucha colonial; es necesario que se haga factible su adopción por el colonizado; pero *tiene la sospecha de que no*

habrá lugar para él en la futura nación. Será el último descubrimiento, el más desalentador para el colonizador de izquierda, el que verifica a menudo la víspera de la liberación de los colonizados, cuando era bien previsible desde el principio.

Para comprender este aspecto hay que tener en cuenta ese rasgo esencial de la naturaleza del hecho colonial: la situación colonial es una relación de pueblo a pueblo. Luego si forma parte del pueblo opresor, quiéralo o no, tendrá que compartir su destino, como compartió su fortuna. Si los suyos, los colonizadores, son algún día expulsados de la colonia, el colonizado casi seguramente no hará una excepción con él; si pudiera continuar viviendo en medio de los colonizados como un extranjero tolerado, tendrá que soportar junto con los antiguos colonizadores el rencor de un pueblo maltratado antes por ellos; si se mantiene el poder de la Metrópoli en la colonia, seguirá recogiendo su parte de odio, pese a sus manifestaciones de buena voluntad. A decir verdad, el carácter de una colonización no depende de uno o varios individuos generosos y lúcidos. Las relaciones coloniales no dependen de la buena voluntad o del gesto de un individuo; existían ya antes de su llegada o de su nacimiento; que las acepte o las rechace no las cambia profundamente. Son éstas, por el contrario, las que, como toda verdadera institución, determinan de antemano su lugar y el del colonizado y, en definitiva, sus verdaderas relaciones. Aunque quiera tranquilizarse («yo siempre fui de esta manera o de la otra con los colonizados»), aunque sea total-

mente inocente como individuo, sospecha que comparte una responsabilidad colectiva en cuanto miembro de un grupo nacional opresor. Los colonizados, oprimidos como grupo, adoptan fatalmente una forma de liberación nacional y étnica de la que él tiene que quedar excluido.

¿Cómo podría dejar de pensar, una vez más, que esa lucha no es la suya? ¿Para qué luchar por un orden social cuando se comprende, acepta y decide que no habrá en él lugar para uno mismo?

IMPOSIBILIDAD DEL COLONIZADOR DE IZQUIERDA

Visto un poco más de cerca, el papel del colonizador de izquierda se desmorona. Pienso que hay situaciones históricas imposibles, y ésta es una de ellas. La vida actual en la colonia es inaceptable para la ideología del colonizador de izquierda, y si esa ideología llegase a triunfar pondría en peligro su existencia misma. La consecuencia rigurosa de esa toma de conciencia sería abandonar ese papel.

Naturalmente puede tratar de pactar, y toda su vida será una larga serie de compromisos. Los colonizados entre quienes vive no son los suyos ni llegarán a serlo. Bien sopesado todo, no puede identificarse a ellos, y ellos no pueden aceptarle. «Me encuentro más cómodo entre los europeos colonialistas que con no importa qué colonizado», me ha confesado un colonizador de izquierda por encima

de toda sospecha. Nunca se planteó una asimilación parecida; carece además de la imaginación imprescindible para una revolución de tal calibre. Cuando llega a soñar con un mañana, con un estado social nuevo, donde el colonizado dejaría de ser colonizado, a duras penas se plantea, en revancha, una transformación profunda *de su propia situación y de su propia personalidad*. En ese nuevo estado, más armonioso, seguirá siendo lo que es ahora, preservando su lengua y manteniendo el dominio de sus tradiciones culturales. Por una contradicción afectiva que no llega a advertir en sí mismo, o que se niega a advertir, confía en continuar siendo un europeo de derecho divino en una región que no sería ya una propiedad de Europa; esta vez por el derecho divino del amor y de la confianza renacida. Ya no sería protegido e impuesto por su ejército, sino por la fraternidad de los pueblos. Jurídicamente, sólo algunos cambios administrativos, de los que no llega a intuir las consecuencias y el sabor vivido. Espera difusamente formar parte del futuro de la joven nación; pero careciendo de una clara idea legislativa, se reserva firmemente el derecho de mantener la ciudadanía de su país de origen. En suma, acepta que todo cambie, desea el fin de la colonización, pero se niega a pensar que esa revolución pueda suponer una profunda transformación de su situación y de su ser. Sería demasiado pedir a la imaginación imaginar el propio fin, aun cuando sea para un diferente renacimiento; sobre todo si, como el colonizador, no se estima nada ese renacimiento.

Es posible comprender ahora uno de los más decepcionantes rasgos del colonizador de izquierda: su ineficacia política. Le es propia. Deriva del carácter particular de su inserción en la coyuntura colonial. Su reivindicación, comparada a la del colonizado o incluso a la del colonizador de derecha, es como una brisa. ¿Quién ha visto una reivindicación política seria —que no sea una mistificación o una fantasía— que no se apoye en sólidas equivalencias concretas, ya sean las masas o el poder del dinero o de la fuerza? El colonizador de derecho es coherente cuando exige el mantenimiento del *statu quo* colonial, cuando reclama cínicamente aún más privilegios, aún más derechos; defiende sus intereses y su modo de vida, siendo capaz de poner en juego fuerzas enormes en apoyo de sus exigencias. La esperanza y la voluntad del colonizado no son menos evidentes, aun cuando estén fundadas sobre fuerzas latentes, todavía mal despiertas, pero susceptibles de un asombroso despliegue. El colonizador de izquierda se niega a formar parte del grupo de sus compatriotas; al mismo tiempo, no puede hacer coincidir su destino con el del colonizado. ¿Quién es políticamente? ¿A quién responde sino a sí mismo; es decir, una fuerza insignificante en la confrontación?

Su voluntad política tendrá un fallo profundo: el de su propia contradicción. Si trata de fundar una organización política, no será capaz de interesar más que a sus iguales, colonizadores de izquierda ya u otros tránsfugas, no a colonizadores ni a colonizados, demasiado incómodos en su propia si-

tuación. Nunca logrará atraer a la masa de los colonizadores, cuyos intereses y sentimientos ataca demasiado; ni tampoco a la de los colonizados, pues su agrupación no es una intención ni una conquista, como tiene que ser en los partidos de profunda expresión popular. Que no intente lanzar alguna iniciativa, como, por ejemplo, la de desencadenar una huelga; comprobaría inmediatamente su absoluta impotencia, su exterioridad. Aun sometiéndose a ofrecer una ayuda incondicional, carecería de toda seguridad de tener un real contacto con los acontecimientos; casi siempre se le rechazaría, y en cualquier caso se le consideraría insignificante. Encima, esa impresión de gratuidad no hará sino subrayar su impotencia política.

Ese desfase entre su acción y la del colonizado tendrá consecuencias imprevisibles y casi siempre insuperables. Pese a sus esfuerzos para integrarse en la realidad política de la colonia, estará constantemente desorientado tanto en su lenguaje como en sus manifestaciones. A veces cuestionará o rechazará alguna reivindicación del colonizado, cuyo sentido no alcanza a discernir en un primer momento, lo que parecerá confirmar su tibieza. En otras ocasiones, deseando rivalizar con los nacionalistas menos realistas, se entregará a una demagogia verbal, cuyos mismos excesos aumentarán la desconfianza del colonizado. Atribuirá explicaciones tenebrosas y maquiavélicas a actos del colonizador, derivados del simple juego de la mecánica de la colonización. O, ante el asombro molesto del colonizado, excusará ruidosamente lo que éste con-

dena en sí mismo. En suma, rechazando el mal, el colonizador de buena voluntad no puede llegar nunca a alcanzar el bien, pues *la única elección que tiene a su alcance no es entre el bien y el mal, sino entre el mal y el malestar*.

Por último, no podrá dejar de interrogarse sobre el alcance de sus esfuerzos y de su voz. Sus ataques de furia verbal no suscitan sino el odio de sus compatriotas y la indiferencia del colonizado. Como el colonizador de izquierda no detenta el poder, sus afirmaciones y sus promesas carecen de influencia alguna sobre la vida del colonizado. Tampoco puede dialogar con el colonizado, hacerle preguntas o pedirle seguridades. Forma parte de los opresores, y en cuanto hace un gesto equívoco o se olvida de tomar alguna precaución —aunque piense que puede permitirse la franqueza propia de la buena voluntad—, se hace sospechoso inmediatamente. Acepta, además, que no debe molestar con sus dudas y sus interrogatorios públicos al colonizado que lucha. En resumen, todo le aporta pruebas de su desarraigo, de su soledad y de su ineficacia. Lentamente descubrirá que no le queda otra cosa que hacer que callarse. Ya se veía obligado a cortar sus declaraciones con considerables silencios para no enfrentarse gravemente con las autoridades de la colonia y verse obligado a abandonar la región. ¿Hay que confesar que ese silencio, al que se acostumbra con bastante facilidad, no le será tan doloroso? ¿Que cuando realmente tenía que esfozarse era cuando luchaba en nombre de la justicia en abstracto, defendiendo intereses que no

eran los suyos y que a veces perjudicaban a los suyos?

Si no puede soportar ese silencio y hacer de su vida un perpetuo compromiso, si es de los mejores, terminará también por abandonar la colonia y sus privilegios. Y si su ética política le prohíbe lo que puede considerar a veces como un abandono, atacará a las autoridades, hasta ser «puesto a disposición de la Metrópoli», según la púdica jerga administrativa. Dejando de ser un colonizador, pondrá fin a su contradicción y a su malestar.

III

EL COLONIZADOR QUE SE ACEPTA

... O EL COLONIALISTA

El colonizador que rechaza el hecho colonial no encuentra en la rebeldía el fin de su malestar. Si no se suprime a sí mismo como colonizador, se instala en la ambigüedad. Si descarga esta medida extrema contribuye a confirmar, a instituir la relación colonial: la relación concreta de su existencia a la del colonizado. Es fácil comprender que sea más cómodo aceptar la colonización y recorrer hasta el final el camino que lleva *del colonial al colonialista.*

El colonialista no es sino el colonizador que se acepta como colonizador. Quien, acto seguido, haciendo explícita su situación, trata de legitimar la colonización. Actitud más lógica y efectivamente más coherente que la danza atormentada del colonizador que se rechaza y sigue viviendo en la colonia. Uno intenta en vano ajustar su vida a su ideología; el otro, su ideología a su vida, unificarse y justificar su conducta. En rigor, *el colonialista es la vocación natural del colonizador.*

Es habitual oponer *el inmigrante* al *colonialista de nacimiento.* El inmigrante asume menos rígida-

mente la doctrina colonialista. Es, ciertamente, más fatal la transformación del colonizador-nativo en colonialista. La inercia familiar, los intereses creados, las situaciones adquiridas, en las que vive y de las que el colonialismo es ideología, restrigen su libertad. Sin embargo, no creo que la distinción sea fundamental. La condición objetiva de privilegio-usurpador es idéntica en los dos casos, tanto para el que la hereda por nacimiento como para el que la disfruta desde el desembarco. Después sobreviene, más o menos rápidamente, más o menos agudamente, pero irremediablemente, la toma de conciencia de lo que son, de lo que van a llegar a ser si aceptan esa condición.

Ya no es muy buena señal haber decidido vivir en la colonia, al menos en la mayoría de los casos. Como no es un signo positivo casarse por una dote. Sin mencionar al emigrante que está dispuesto a aceptar todo desde el principio. Del venido expresamente para gozar del beneficio colonial. Ese será un *colonialista por vocación.*

El modelo es vulgar, y su retrato, muy fácil de trazar. Generalmente es un hombre joven, prudente y educado; su espinazo es flexible y sus dientes largos. Siempre con una cara obstinada de no haberse dado cuenta de la miseria y de la injusticia que le revientan los ojos, sólo atento a hacerse un sitio, a conseguir su parte. Casi siempre, por otra parte, ha sido llamado y enviado a la colonia: un protector le llama y otro le recibe, mientras su plaza le está esperando. Si ocurre que no sea llamado, pronto es elegido. En cuanto actúa la solidaridad

colonizadora: ¿cómo dejar en el atolladero a un compatriota?... Cuántos he visto que, llegados el día anterior, tímidos y modestos, disfrutan súbitamente de un título asombroso y ven su oscuridad iluminada por un prestigio que les sorprende a ellos mismos. Después, apoyados en el corsé de su papel social, reenderezan la cabeza, y pronto toman tal confianza en sí mismos, que se vuelven estúpidos. ¿Cómo no se congratularían personajes así de haber venido a la colonia? ¿Cómo podrían dudar de la excelencia del sistema que les ha convertido en lo que son? En lo sucesivo, lo defenderán agresivamente y acabarán por considerarlo justificado. Ya se han transformado en colonialistas.

Aunque la intención no sea tan clara, los resultados no son muy distintos entre los colonialistas por persuasión. Funcionario destinado a la colonia por casualidad, primo a quien otro primo ofrece asilo, puede incluso ser de izquierda a la llegada y transformarse irresistiblemente, por un mecanismo fatal, en colonialista fanático o hipócrita. ¡Como si cruzar el mar fuera ya bastante! ¡Como si se hubiera corrompido por el calor!

Por el contrario, aunque entre los colonizadores de nacimiento la mayor parte se agarra a su suerte histórica y la defiende a cualquier precio, hay algunos que siguen el camino opuesto, rechazan la colonización y a veces acaban por abandonar la colonia. Casi siempre son personas muy jóvenes, los más generosos y más abiertos, que al salir de su adolescencia deciden no pasar su vida adulta en la colonia.

En ambos casos, los mejores se marchan. A veces por ética: no soportan las ventajas de la vida cotidiana. A veces sencillamente por orgullo: piensan que ellos son de un género mejor que el colonizador medio. Se fijan otras ambiciones y otros horizontes que los de la colonia, que son, en contra de lo que se piensa, muy limitados, demasiado previsibles y fáciles de agotar instantáneamente por individuos con temperamento. En los dos casos, la colonia no es capaz de retener a los mejores: ni a los que están de paso y se vuelven una vez transcurrido el tiempo del contrato, indignados, irónicos o desengañados; ni a los nativos, que no soportan el juego falseado, en donde el triunfo es demasiado fácil y no pueden dar la medida de su verdadera talla.

«Los colonizados que pasan las pruebas son normalmente superiores a los europeos de la misma categoría —me confesaba el presidente de un tribunal—. Puede uno estar seguro de que se lo han merecido.»

LA MEDIOCRIDAD

Ese constante drenaje de lo mejor del grupo colonial explica uno de los rasgos más usuales en el colonialista: su mediocridad.

Esta impresión se ve incrementada por una, tal vez ingenua, decepción: el desajuste demasiado flagrante entre el prestigio, las pretensiones y las responsabilidades del colonialista y su real capacidad, los resultados de su acción. Cuando uno se aproxi-

ma a la sociedad colonialista no puede dejar de esperar que en ella se encuentre la flor y nata, o al menos una selección de los mejores técnicos, los más eficaces y seguros, por ejemplo. Esas personas ocupan casi todos, y en cualquier lugar, de hecho y de derecho, los primeros puestos. Lo saben y reivindican los honores y consideraciones. La sociedad colonizadora desea ser una sociedad dirigente y se preocupa de parecerlo. Las recepciones de los delegados de la Metrópoli recuerdan más a las de un jefe de gobierno que a las de un gobernador. El menor desplazamiento motorizado supone un cortejo de motoristas imperiosos, atronadores y pitadores. No se ahorra nada para impresionar al colonizado, al extranjero y posiblemente al mismo colonizador.

Pero vistos un poco más de cerca es fácil descubrir que casi siempre, bajo el fasto o el simple orgullo del pequeño colonizador, sólo hay hombres de talla muy pequeña. Políticos encargados de escribir la historia sin apenas conocimientos históricos, sorprendidos siempre por los acontecimientos, incapaces de prevenirlos o negándose a ello. Especialistas responsables del destino técnico del país que resultan ser incompetentes porque se les ha evitado toda competencia. En cuanto a los administradores, se podría escribir un capítulo sobre la incuria y la indigencia de la gestión colonial. Aunque hay que advertir que una buena gestión colonal no entra apenas en la intencionalidad de la colonización.

Como ya no hay una raza de colonizadores ni

de colonizados, hay que encontrar una explicación distinta a la asombrosa carencia de maestros en la colonia. Hemos señalado la hemorragia de los mejores: doble hemorragia de los nativos y de las personas de paso. Este fenómeno se completa con otro desastroso: los mediocres se quedan toda su vida. Porque no esperaban tanto. Una vez instalados se guardarán muy mucho de dejar su puesto, salvo en el caso de que se les ofrezca uno mejor, lo que sólo puede suceder en la colonia. Por eso, y en contra de lo que se afirma, el personal colonial es relativamente estable, excepto en algunos puestos móviles por definición. La promoción de los mediocres no es un error provisional, sino una catástrofe definitiva de la que la colonia no se recuperará jamás. Las *aves de paso,* aun cuando derrochen una gran cantidad de energía, no pueden llegar a cambiar la fisonomía, o sencillamente la rutina administrativa de las prefecturas coloniales.

Esta selección gradual de los mediocres que se opera necesariamente en la colonia se ve todavía agravada por un campo de reclutamiento restringido. Sólo el colonizador está abocado desde su nacimiento, de padres a hijos, de tíos a sobrinos, de primos a primos, por una jurisdicción exclusiva y racista, a la dirección de los asuntos de la ciudad. La clase dirigente salida únicamente del grupo colonizador, el menos numeroso con gran diferencia, carece de la mínima renovación. Se produce una especie de degeneración, si cabe llamarla así, por consanguinidad administrativa.

Es el mediocre quien impone el tono general a

la colonia. El es el verdadero compañero del colonizado, pues es quien tiene mayor necesidad de compensaciones y de la vida colonial. Entre él y el colonizado se crean las relaciones coloniales más típicas. Su apego a estas relaciones, al hecho colonial, a su *statu quo*, es tanto más fuerte cuanto más presiente que toda su existencia colonial depende de ellas. Ha apostado a fondo, y definitivamente, sobre la colonia.

De manera que si todo colonialista no es un mediocre, todo colonizador debe aceptar en alguna medida la mediocridad de la vida colonial y debe pactar con la mediocridad de la mayoría de los hombres de la colonización.

EL COMPLEJO DE NERON

... Como todo colonizador tiene que pactar con su situación objetiva y las relaciones humanas que se derivan de ella. El colonialista no ha suprimido las dificultades objetivas sólo por haber elegido confirmar el hecho colonial. La situación colonial impone a todo colonizador *datos económicos*, políticos y afectivos, contra los que puede rebelarse, sin llegar nunca a eludirlos, porque forman la esencia misma del hecho colonial. Y el colonialista descubre en seguida su propia ambigüedad.

Aceptándose como colonizador, el colonialista acepta simultáneamente lo que ese papel implica de censura, a los ojos de los demás y a los suyos propios. Esa decisión no le procura, en absoluto,

una bienaventurada y definitiva tranquilidad de espíritu. Por el contrario, el esfuerzo que tendrá que desarrollar para sobrepasar esta ambigüedad nos proporciona una de las mejores claves para comprenderlo. Las relaciones humanas hubieran sido tal vez mejores en la colonia, al menos no tan aplastantes para el colonizado, si el colonizador hubiera estado convencido de su legitimidad. En suma, el problema que se plantea al colonizador que se rechaza es idéntico para el que se acepta. Sólo difieren las soluciones: *la del colonizador que se acepta le convierte infaliblemente en colonialista.*

Efectivamente, de esta asunción de sí mismo y de su situación se desprenden varios rasgos, con los que se puede establecer un conjunto coherente. Queremos denominar esta constelación como *el papel de usurpador* (o también *el complejo de Nerón).*

Hemos dicho que aceptarse como colonizador sería esencialmente aceptarse como privilegiado no legítimo, es decir, como usurpador. El usurpador reclama su puesto, y en caso de necesidad lo defenderá con todos los medios a su alcance. Pero lo admite, está reclamando un puesto usurpado; es decir, en el mismo instante del triunfo acepta que con él triunfa una imagen que condena. Su victoria *de hecho* no le será suficiente: tendrá que fijarla en las leyes y en la moral, tendrá que convencer a los demás, si no a sí mismo. Necesita, para gozar completamente de su triunfo, limpiar su victoria y las condiciones en que fue obtenida. De ahí su encarnizamiento, asombroso en un vencedor, sobre

cosas aparentemente insignificantes: trata de falsificar la historia, hace reescribir los libros de texto, quiere censurar la memoria. Cualquier cosa con tal de transformar su usurpación en legitimidad.

Pero ¿cómo? ¿Cómo la usurpación puede pretender pasar por legitimidad? Parecen plausibles dos procedimientos: demostrar los altísimos méritos del usurpador, tan altos que exigen una recompensa así, o insistir sobre los defectos del usurpado, tan hondos que no pueden por menos que provocar una desgracia de tal magnitud. Y estos dos esfuerzos son inseparables de hecho. Su malestar, su sed de justificación, exigen del usurpador que se ensalce a sí mismo por las nubes al mismo tiempo que hunde al usurpado en las simas de la tierra.

Esta complementariedad no agota la relación compleja de los dos movimientos. Hay que añadir que cuanto más aplastado es el usurpado más triunfa el usurpador en su usurpación y, en consecuencia, más se confirma en su culpabilidad y propia condena: el juego del mecanismo se acentúa cada vez más, impulsado y agravado sin cesar por su propio ritmo. En último extremo, el usurpador tendría que eliminar al usurpado, cuya sola existencia le señala como usurpador, cuya opresión cada vez más aplastante le hace a sí mismo cada vez más opresor. Nerón, tipo ejemplar del usurpador, se ve inducido así a perseguir rabiosamente a Británico. Pero cuanto mayor mal le causa más coincide con el papel atroz que se ha elegido. Y cuanto más se hunde en la injusticia más odiará a Británico y tratará de dañar más a una víctima que le con-

vierte en verdugo. No contento con haberle quitado el trono, intentará robarle el único bien que le queda: el amor de Juno. No son ni puros celos ni perversidad, sino la fatalidad interior de la usurpación, que le arrastra irremisiblemente hacia esa suprema tentación: la supresión física y moral del usurpado.

En el caso del colonialista, este límite encuentra en sí mismo su autorregulación. Si puede desear oscuramente, y a veces propugnar a gritos la eliminación del colonizado del mapa de los vivos, le será imposible llevarla a efecto sin afectarse a sí mismo. Algo debía tener de bueno la desgracia: la existencia del colonialista está ligada demasiado estrechamente a la del colonizado, y nunca podrá evadirse de esta dialéctica. Tiene que negar con todas sus fuerzas la existencia del colonizado al mismo tiempo que esta existencia le es indispensable para seguir viviendo. Desde que escogió defender el sistema colonial tiene que aplicar a su defensa más vigor que hubiera necesitado para rechazarlo. Desde que tomó conciencia de la relación injusta que le une al colonizado tiene que dedicarse a absolverse sin descanso. Nunca se olvidará de exhibir públicamente sus propias virtudes: empleará todo tipo de argumentos, con una rabiosa obstinación, para parecer grande y heroico, sobrado merecedor de su buena fortuna. Al mismo tiempo, tomando los privilegios tanto de su gloria como del envilecimiento del colonizado, se encarnizará en rebajarlo. Utilizará los colores más sombríos para describirlo, hará lo que sea necesario para despres-

tigiarlo y aniquilarlo. Pero nunca podrá salir de ese círculo: tiene que explicar la distancia que la colonización abre entre él y el colonizado, pero para justificarse tiene que ampliar aún más esa distancia, contraponiendo irremediablemente las dos imágenes: la suya, tan gloriosa, y la del colonizado, tan despreciable.

LOS DOS RETRATOS

Esta autojustificación conduce a una verdadera reconstrucción ideal de los dos protagonistas del drama colonial. Nada más fácil que reunir los presuntos rasgos de esos dos retratos presentados por el colonialista. Bastaría una breve permanencia en la colonia, algunas conversaciones o sencillamente una rápida ojeada a la prensa o a las novelas llamadas coloniales.

En sí mismas, esas dos imágenes, como vamos a ver, ocasionan numerosas consecuencias. La del colonizado, visto por el colonialista, impuesta por su voluntad, difundida en la colonia y a menudo en todo el mundo gracias a sus periódicos y a su literatura, acaba por repercutir de algún modo sobre la conducta y, en consecuencia, la fisonomía real del colonizado (1). De igual manera, la forma en que se quiera ver el colonialista a sí mismo, incide considerablemente en los rasgos de su fisonomía definitiva.

---

(1) Véase más adelante *Retrato del colonizado*.

Porque no se trata de una simple adhesión intelectual, sino de la elección de un completo estilo de vida. Ese hombre, posiblemente excelente amigo y padre cariñoso, que hubiera podido ser un demócrata en su país de origen, por su situación social, su medio familiar, sus amistades naturales, etc., se convertirá seguramente en un conservador, un reaccionario e incluso un fascista colonial. No puede dejar de aprobar la discriminación y la codificación de la injusticia, alegrarse de las torturas de la Policía y si es preciso convencerse de la necesidad de la matanza. Todo le conduce a ello: sus nuevos intereses, sus relaciones profesionales, los vínculos familiares y amistosos creados en la colonia. El mecanismo es casi fatal: *la situación colonial fabrica colonialistas de la misma manera que fabrica colonizados.*

EL DESPRECIO DE SI MISMO

Pero hay que pagar un precio cuando se necesita la Policía y el Ejército para ganarse la vida, cuando hay que recurrir a la fuerza y a la injusticia para seguir viviendo. Hay un daño cuando se acepta vivir permanentemente bajo la propia censura. El panegírico de sí mismo y de los suyos, la repetida afirmación, aun convencida, de la bondad de sus costumbres, de sus instituciones, de su superioridad cultural y técnica, no borran la condena que todo colonizador lleva en el fondo de sí mismo. ¿Cómo podría eludirla? ¿Aunque tratara de hacer callar a

su propia voz interior, todo cada día se la recordaría. La simple presencia del colonizado, las insinuaciones corteses o las acusaciones brutales de los extranjeros, la misma aprobación de los suyos en la colonia y hasta en la Metrópoli, donde en cada estadía se ve rodeado por un recelo un poco envidioso, un poco condescendiente. Naturalmente, es bien tratado, como todo el que dispone o participa de algún poder económico o político. Pero se le insinúa que él es un hombre hábil, que ha sabido sacar partido de una situación especial cuyas ventajas serían en último término de una dudosa moralidad. Falta poco para que se le guiñe el ojo con complicidad.

Contra esa acusación implícita o declarada, pero siempre presente, en sí mismo y en los demás, se defiende como puede. En ocasiones insiste sobre los problemas de su exótica existencia, el peligro de un clima traidor, la frecuencia de las enfermedades, la lucha contra un sol despiadado, la desconfianza en la población hostil... ¿Todo esto no merece alguna compensación? Otras veces, furioso y agresivo, reacciona violentamente, oponiendo desprecio a desprecio, acusando al metropolitano de cobardía y degeneración. O por el contrario: confiesa a gritos las riquezas del desarraigo y también, ¿por qué no?, los privilegios de la vida que se ha elegido..., vida fácil, criados numerosos, disfrute de una autoridad anacrónica, imposible en Europa, y hasta el bajo precio de la gasolina. En suma, nada puede salvarle proporcionándole esa idea compensadora de sí mismo que busca con tanta avidez.

Ni el extranjero, que puede permanecer indiferente, pero no dejarse engañar, o ser su cómplice; ni su patria de origen, en la que siente siempre el recelo y a menudo es atacado; ni su propia acción cotidiana, que desearía ignorar la muda rebeldía del colonizado. Acusado por los demás, apenas puede creer en su propia causa. En el fondo de sí mismo, *el colonialista se declara culpable.*

EL PATRIOTA

En estas condiciones, queda claro que no puede encontrar en sí mismo la fuente de esa indispensable grandeza que sería el precio de su rehabilitación. Su vanidad es tan exagerada, su autorretrato de colonialista es tan magnífico, que le traicionan más que le sirven. Y ciertamente siempre recurre al exterior de sí mismo: *el último recurso trata de encontrarlo en la Metrópoli.*

La garantía debe reunir dos condiciones previas. La primera es que pertenezca a un universo en que él participe, si quiere que los méritos del mediador recaigan sobre él. La segunda, que ese universo sea totalmente ajeno al colonizado para que éste no pueda nunca apoyarse en él. La Metrópoli reune milagrosamente estas dos condiciones. Recurrirá, pues, a las cualidades de su patria de origen, celebrándolas, amplificándolas, insistiendo sobre sus tradiciones particulares y su originalidad cultural. Así, de un solo golpe, establece su propia vinculación a un universo afortunado; su relación natural,

de nacimiento, a la Metrópoli, y la imposibilidad del colonizado de participar en tales esplendores; su heterogeneidad radical, a la vez desgraciada y despreciable.

El colonialista desea además merecer cada día esta vinculación, esta gracia. Se presenta entonces como uno de los miembros más conscientes de la comunidad nacional y después como uno de los mejores. Y lo recuerda continuamente. Porque él es agradecido y fiel. Al contrario del metropolitano, cuya felicidad no está sometida a amenaza alguna, él sí sabe lo que debe a su origen. Sin embargo, su fidelidad es desinteresada, y su mismo alejamiento es la mejor garantía: no está salpicado como el metropolitano por todas las mezquindades de la vida cotidiana, ya que aquél tiene que conseguirlo todo mediante astucias y combinaciones electorales. Su fervor inmaculado por la patria le convierte en el patriota, el que mejor la representa y lo que en ella hay de más noble.

En cierto sentido puede llegar a creerlo de alguna manera. Le gustan los símbolos más ostentosos, las manifestaciones más convincentes del poder de su país. Asiste a todos los desfiles militares, que desea y consigue numerosos y bien alimentados; hace su aportación desfilando con orgullo y disciplina. Admira el Ejército y la fuerza, respeta los uniformes y ambiciona las condecoraciones. Estamos refiriéndonos a lo que se suele llamar la política de prestigio, que deriva no sólo de un principio de economía («mostrar la fuerza para no tener que

utilizarla»), sino que también corresponde a una necesidad profunda de la vida colonial: se trata tanto de impresionar al colonizado como de tranquilizarse a sí mismo.

Habiendo confiado a la Metrópoli la delegación y el peso de su propia grandeza declinante, espera a cambio que aquélla responda a sus esperanzas. Exige que merezca su confianza, que le devuelva la imagen de sí mismo que él desea: un ideal inaccesible al colonizado y perfecto justificativo de sus propios méritos delegados. A menudo, a fuerza de esperarla, acaba por creer en ella un poco. Los desembarcados recientes, con la memoria todavía fresca, hablan de la Metrópoli con muchísima más exactitud que los viejos colonialistas. En sus comparaciones, inevitables entre los dos países, todavía pueden competir las columnas *debe* y *haber*. El colonialista parece haber olvidado la realidad viva de su país de origen. Ha esculpido durante años, en contraposición a la colonia, tal monumento a la Metrópoli, que la colonia le parece necesariamente irrisoria y vulgar. Es notable que incluso entre los colonizados nacidos en la colonia, es decir, físicamente vinculados y adaptados al sol, al calor y a la tierra seca, el paisaje de referencia siga siendo brumoso, húmedo y verde. Como si la Metrópoli fuera un factor esencial del super yo colectivo de los colonizadores, sus características objetivas se convierten en cualidades casi éticas. Hay un acuerdo general en que la bruma es *superior* en sí misma al pleno sol y el verde lo es al ocre. La Metrópoli sólo contiene cosas positivas: clima exacto, armo-

nía en las ciudades, disciplina social, una exquisita libertad, la belleza, la moral y la lógica.

Sin embargo, sería ingenuo replicar al colonialista que debería correr rápidamente hacia ese universo maravilloso y reparar el error de haberlo abandonado. ¿Desde cuándo se habita cotidianamente en la virtud y la belleza? Lo propio de un super yo es precisamente no ser vivido, sino regir de lejos, sin ser nunca alcanzado, la conducta prosaica y sobresaltada de los hombres de carne y hueso. La Metrópoli no es tan grande sino porque está más allá del horizonte y porque permite valorar la conducta y la existencia del colonialista. Si volviera a ella dejaría de ser sublime y él dejaría de ser un hombre superior: si lo es todo en la colonia, el colonialista sabe muy bien que en la Metrópoli no sería nada. Volvería a ser Don Nadie. Además, la noción de Metrópoli es sólo comparativa. Remitida a sí misma, se desvanecería y arruinaría al mismo tiempo la sobrehumanidad del colonialista. Es únicamente en la colonia donde el colonialista es temido y admirado, sólo porque tiene una Metrópoli de la que sus convecinos carecen. ¿Cómo abandonar el único lugar de la tierra donde es posible rebautizar los pueblos y legar el nombre propio a la geografía sin ser un fundador de la ciudad o un rayo de la guerra? Sin ni siquiera el temor, la ironía o simplemente la irritación de unos habitantes cuya opinión no cuenta. ¿Cómo abandonar el lugar donde cada día uno recibe la prueba eufórica de su poder y de su importancia?

No sólo es preciso que la Metrópoli constituya un ideal remoto y nunca vivido, sino también que ese ideal sea inmutable y esté al abrigo del tiempo: el colonialista exige que la Metrópoli sea *conservadora*.

El, por supuesto, lo es resueltamente. Es incluso sobre este punto sobre el que se muestra más severo, sobre el que menos transige. En último caso, acepta la crítica de las instituciones o de las costumbres del metropolitano; no se hace responsable de lo peor, aunque se apropie de lo mejor. Pero se inquieta hasta enloquecer cuando se toca al estatuto político. Sólo en ese caso se enturbia la pureza de su patriotismo y se debilita su indefectible adhesión a la madre patria. ¡Puede llegar hasta a la amenaza —¡increíble!— de secesión! Algo que parece contradictorio, aberrante en relación a su patriotismo tan exhibido y, en cierto sentido, tan real.

Pero el nacionalismo del colonialista es de una particular naturaleza. Se refiere esencialmente a esos aspectos de la patria que toleran y protegen su existencia como colonialista. Así, por ejemplo, una Metrópoli que llegara a ser tan democrática que propugnara la igualdad de derechos hasta en las colonias sería también capaz de abandonar la empresa colonial. Tal transformación sería para el colonialista *cuestión de vida o muerte* al poner en cuestión el sentido mismo de su vida.

Es fácil comprender que vacile su nacionalismo y que se niegue a reconocer ese peligroso aspecto de la patria.

LA TENTACION FASCISTA

A fin de que pueda subsistir como colonialista es preciso que la Metrópoli siga siendo eternamente una Metrópoli. Y es fácil comprender que lo intente con todas sus fuerzas en la medida en que de él dependa.

Pero se puede dar un paso más: *toda nación colonial lleva de esta manera en su seno los gérmenes de la tentación fascista.*

¿Qué otra cosa es el fascismo sino un régimen de opresión en provecho de unos cuantos? Pues bien: toda la máquina administrativa y política de la colonia no tiene otro fin. Las relaciones humanas derivan de una explotación lo más intensa posible, están fundadas sobre la desigualdad y el desprecio y respaldadas por el autoritarismo policíaco. Para quien lo ha vivido no hay ninguna duda de que el colonialismo es una variante del fascismo. No hay que extrañarse demasiado si sus instituciones, que, después de todo, dependen de un poder central liberal, son tan diferentes de las de la Metrópoli. El aspecto totalitario que toman en las colonias regímenes frecuentemente democráticos sólo es aberrante en apariencia: representados ante el colonizado por el colonialista, no podrían tener otro.

Tampoco es asombroso que el fascismo colonial

se limite a duras penas a la colonia. Un cáncer trata siempre de extenderse. El colonialista tiene que apoyar a los gobiernos y a las tendencias opresivas y reaccionarias o, al menos, conservadoras. Aquellas que mantendrán el estatuto actual de la Metrópoli, condición del suyo propio, o preferiblemente aquellas que afirmarán más sólidamente aún las bases de la opresión.

Y ya que es mejor prevenir que curar, ¿cómo no padecer la tentación de provocar el nacimiento de tales gobiernos y regímenes? Si se tiene en cuenta que sus medios económicos y, en consecuencia, políticos son enormes, se puede imaginar fácilmente que representa para la Metrópoli un peligro permanente, una bolsa de veneno siempre a punto de envenenar todo el organismo metropolitano.

Aunque no se moviera nunca, su simple existencia, como sistema colonial, ofrecería un ejemplo constante a los titubeos de la Metrópoli. La falsilla seductora de un estilo político, donde los problemas quedan resueltos por la completa servidumbre de los gobernados. No es exagerado decir que de la misma manera que la situación colonial corrompe al europeo de las colonias, *el colonialista es un germen de corrupción para la Metrópoli.*

EL RESENTIMIENTO CONTRA LA METROPOLI

El peligro y la ambigüedad de su excesivo ardor patriótico se repite y verifica en la ambigüedad más general de sus relaciones con la Metrópoli. Cierta-

mente, exalta su gloria, y se agarra a ella hasta paralizarla y ahogarla si es necesario. Pero al mismo tiempo abriga un resentimiento profundo contra la Metrópoli y los metropolitanos.

Sólo hemos señalado hasta aquí el privilegio del colonizador en relación al colonizado. De hecho, el europeo de las colonias se sabe doblemente privilegiado: en relación al colonizado y en relación al metropolitano. Las ventajas coloniales significan que, a igual importancia, el funcionario cobra más que sus homólogos metropolitanos, y el comerciante paga menos impuestos, y el industrial consigue más barata la materia prima y la mano de obra. El paralelo no termina aquí. El privilegio colonial, de la misma manera que es consustancial al colonizado, es una función para la Metrópoli y el metropolitano. El colonialista no desconoce que la Metrópoli está obligada a mantener un Ejército y que la colonia, si es un beneficio redondo para él mismo, cuesta a la Metrópoli más de lo que aporta.

Igual que la naturaleza de las relaciones entre colonizador y colonizado deriva de sus vínculos económicos y sociales, las relaciones entre colonizador y metropolitano reflejan sus respectivas situaciones. El colonizador no se siente orgulloso de los problemas cotidianos de sus compatriotas, de los impuestos que pesan sólo sobre ellos ni de sus ingresos mediocres. Vuelve de su viaje anual irritado, descontento de sí mismo y furioso contra el metropolitano. Como siempre ha tenido que responder a insinuaciones, e incluso ataques directos, ha tenido que emplear su arsenal, tan poco convin-

cente, de los peligros del sol africano y las enfermedades del aparato digestivo, recurrir a la mitología del héroe con casco colonial. Tampoco hablan el mismo lenguaje político: *a igualdad de clase, el colonialista está más a la derecha que el metropolitano.* Un compañero recién llegado me comunicaba su asombro ingenuo. No comprendía por qué los jugadores de bolos, socialistas o radicales en la Metrópoli, son reaccionarios o fascistas en colonias.

Finalmente, hay un antagonismo real, fundamentado política y económicamente, entre el colonialista y el metropolitano. Y en esto lleva razón el colonialista cuando habla de su desfase en la Metrópoli: ya no tiene los mismos intereses que sus compatriotas. En cierta medida, ya no forma parte de ellos.

Esta dialéctica exaltación —resentimiento que une el colonialista a su patria— matiza singularmente el género de su amor por ella. Necesita sin duda la imagen más gloriosa, pero ese reconocimiento está viciado por lo que espera obtener de él. Así, aunque nunca cese en sus elogios, aunque multiplique sus coqueteos, esconde mal su ira y su despecho. Tiene que velar sin descanso e intervenir en caso de necesidad para que la Metrópoli continúe manteniendo las tropas que le protegen, conserve las costumbres políticas que le toleran y mantenga esa faz que le interesa para oponérsela al colonizado. Y los presupuestos coloniales serán el precio pagado por las metrópolis, convencidas de la discutible grandeza de ser metrópolis.

Sin embargo, es tan enorme la opresión colonial, que no le basta esta nueva alegación de la Metrópoli para justificar el hecho colonial. La distancia entre el dueño y el servidor nunca es demasiado grande. Casi siempre el colonialista se entrega también a una sistemática desvalorización del colonizado.

¡Ah!, para esto no hay que incitarle mucho. Se encuentra de lleno en el fondo del problema, en aquello que desgarra su conciencia y su vida. Intentará borrarlo con el pensamiento e imaginar la colonia sin el colonizado. Una broma, más seria de lo que parece, dice que «todo sería perfecto en la colonia... si no hubiera indígenas». Pero el colonialista se da cuenta de que sin el colonizado la colonia ya no tendría ningún sentido. Esa insoportable contradicción le llena de una furia y un odio siempre dispuestos a desencadenarse sobre el colonizado, causa inocente pero fatal de su drama. Y no únicamente si es un policía o un especialista de la autoridad, cuyas cualidades profesionales encuentran en la colonia posibilidades insospechadas de expansión. He presenciado lleno de estupor cómo tranquilos funcionarios o profesores corteses y refinados se convierten en monstruos vociferantes con mínimos pretextos. Se lanzan las acusaciones más absurdas contra el colonizado. Un viejo médico me confió con una mezcla de odio y de seriedad que «el colonizado no sabe respirar»; un profesor me

explicó con acento de erudición que «aquí nadie sabe andar, todo el mundo da pequeños pasos que no hacen avanzar»; de ahí esa impresión de pataleo, característica al parecer de las calles de la colonia. La depreciación del colonizado se extiende también a todo lo que toca. A su país, que es feo; demasiado caliente, asombrosamente frío, maloliente, con mal clima, y una geografía tan catastrófica que le condena al desprecio y a la pobreza, a la eterna dependencia.

Este rebajamiento del colonizado, que debe explicar su desnudez, sirve al mismo tiempo como contraste de la positividad del colonialista. Esas acusaciones, esos juicios irremediablemente negativos, son siempre proferidos *en relación a la Metrópoli,* es decir, ya hemos visto cómo, en relación al colonialista mismo. *Aquí, la gente de aquí, las costumbres de este país,* son siempre inferiores, y mucho, en virtud de un orden fatal y preestablecido.

Este rechazo de la colonia y del colonizado tendrá graves consecuencias sobre la vida y el comportamiento del colonizado. Pero también provoca un efecto desastroso en la conducta del colonialista. Después de definir así la colonia, no reconociendo ningún valor a la comunidad colonial, negando sus tradiciones, sus leyes y sus costumbres, no puede admitir que forma parte de ella. Se niega a considerarse ciudadano con derechos y deberes, como no se plantea que su hijo pueda llegar a serlo. Además, aunque presume de estar ligado indisolublemente a la patria de origen, no vive en ella, ni participa en la conciencia colectiva de sus compatrio-

tas, ni actúa cotidianamente dicha nacionalidad. El resultado de esa doble pero negativa referencia sociológica es que el colonialista es *cívicamente aéreo*. Flota entre una sociedad lejana, que desea suya, pero que resulta en cierto modo mítica, y una sociedad actual a la que niega y mantiene así en la abstracción.

Porque, ciertamente, no es la aridez del país ni la escasa gracia de las ciudades coloniales lo que explica el rechazo del colonialista. Por el contrario, el motivo de que el país continúe siendo árido y las construcciones de un desesperante utilitarismo es porque no ha sabido adoptarlo o porque no podía adoptarlo. Así, por ejemplo, ¿por qué no hace nada por el urbanismo? Cuando se queja de la presencia de un lago pestilencial a las afueras de la ciudad, de alcantarillas que rebosan o de servicios que funcionan mal, parece olvidar que detenta el poder administrativo y que debería ocuparse por sí mismo. ¿Por qué no concibe, o no puede concebir, su esfuerzo de una manera desinteresada? Toda municipalidad surgida normalmente de entre sus administrados se preocupa no sólo de su bienestar, sino también del porvenir, de la posteridad; su esfuerzo se integra en una duración, la de la comunidad. El colonialista no identifica su porvenir con el de la colonia, no está en ella sino de paso, no invierte más que lo que le retribuye inmediatamente. La verdadera, la primera razón de la mayoría de sus carencias, es la siguiente: el colonialista no se ha decidido en ningún momento a transformar la colonia a imagen de la Metrópoli

ni el colonizado a su imagen. *No puede admitir tal semejanza, que destruiría el principio mismo de sus privilegios.*

EL RACISMO

No es éste sino un difuso sueño de humanista metropolitano. El colonialista siempre ha afirmado, y con claridad, que esa semejanza era impensable. Pero la explicación muy significativa que se cree obligado a dar será muy distinta. Esa imposibilidad no deriva de él, sino de la otra parte: de la *naturaleza* del colonizado. En otros términos, y he aquí el rasgo que concluye el retrato: el colonialista recurre al racismo. Es notable que el racismo forme parte de todos los colonialismos en todas las latitudes. No es una coincidencia: *el racismo resume y simboliza la relación fundamental que une colonialista y colonizado.*

No se trata ya de un racismo doctrinal. Sería incluso demasiado difícil; al colonialista no le gustan las teorías ni los teóricos. Todo el que se sabe en mala postura ideológica o ética presume en general de ser un hombre de acción que saca lecciones de la experiencia. Es ya demasiado complicado para el colonialista la construcción de su sistema de compensación para que no desconfie de la discusión. Su racismo es vívido, cotidiano, pero no menos fuerte. Al lado del racismo colonial, el de los doctrinarios europeos resulta transparente, congelado en ideas, casi sin pasión a primera vista. Conjunto de conductas, de reflejos aprendidos, ejer-

citados desde la primera infancia, reforzados y avalados por la educación, el racismo colonial se incorpora tan espontáneamente a los gestos, a las palabras, incluso a las más triviales, que parece constituir una de las más sólidas estructuras de la personalidad colonialista. Nos dejaría estupefactos la frecuencia de su intervención y su intensidad en las relaciones coloniales si no supiéramos hasta qué punto ayuda a vivir al colonialista y permite su afirmación social. El colonialista despliega un esfuerzo constante en explicar, justificar y mantener el sistema colonial y, por tanto, su propio puesto. Pues bien: el análisis de la actitud racista revela tres elementos importantes en ella:

1) Descubrir y poner en evidencia las *diferencias* entre colonizador y colonizado.

2) *Valorizar* esas diferencias en provecho del colonizador y detrimento del colonizado.

3) Llevar esas diferencias a un plano *absoluto*, afirmando que son definitivas y obrando para que lo sean.

El primer paso no es muy revelador de la actitud mental del colonialista. Acechar los rasgos diferenciales entre dos poblaciones no es un rasgo racista en sí. Pero tiene su lugar y toma un sentido especial cuando se integra en un contexto racista. Lejos de buscar lo que podría disminuir su desarraigo, acercarle al colonizado y contribuir a la fundación de una sociedad común, el colonialista, por el contrario, acentúa todo lo que le separa. Y en estas diferencias siempre infamantes para el colonizado y gloriosas para él mismo encuentra la justi-

ficación de su negativa. Pero veamos tal vez lo más importante: una vez identificados los rasgos históricos, geográficos y de costumbres que caracterizan al colonizado y le contraponen al colonizador hay que evitar que la fosa de separación pueda ser colmada. El colonialista sacará los hechos de la historia, del tiempo y de cualquier posible evolución. El hecho sociológico será llamado biológico o, mejor, metafísico. Se dirá que pertenece a la *esencia* del colonizado. De repente, la relación colonial entre colonizado y colonizador, al estar fundada en la manera de ser esencial de los dos protagonistas, se convierte en una *categoría definitiva*. Es lo que es porque ellos son lo que son, y ni uno ni otro cambiarán jamás.

Detectamos otra vez la intencionalidad de toda la política colonial. Presentaremos dos ejemplos. Al contrario de lo que se piensa, el colonialista no ha favorecido jamás la conversión religiosa del colonizado. Las relaciones entre la Iglesia (católica o protestante) y el colonialismo son más complejas de lo que se cree entre la gente de izquierda. La Iglesia ha ayudado mucho al colonialista, ciertamente: respaldando sus acciones, dándole buena conciencia, contribuyendo a hacer aceptar la colonización, incluso por el colonizado. Pero ésta no fue sino una alianza accidental y rentable. Hoy día, que el colonialismo se revela mortal y resulta comprometedor, se desentiende en todas partes y ya no lo defiende, cuando no empieza a atacarlo. En suma, la Iglesia se ha servido de él, como él se ha servido de ella, pero siempre conservando su fin propio.

Por el contrario, si el colonialista ha recompensado a la Iglesia por su ayuda, concediéndole importantes privilegios, terrenos, subvenciones y un lugar, desproporcionado con su papel, en la colonia, nunca ha deseado que tuviera éxito; es decir, que consiguiera la conversión de todos los colonizados. Si realmente lo hubiera querido hubiera permitido que la Iglesia realizara su sueño. Al principio de la colonización sobre todo tenía a su disposición una total libertad de acción, una potencia de opresión ilimitada y una amplia complicidad internacional.

Pero el colonizador no podía favorecer un empeño que habría contribuido al debilitamiento de la relación colonial. La conversión del colonizado a la religión del colonizador habría sido una etapa en el camino de la asimilación. Esta es una de las razones por las que las misiones coloniales han fracasado.

Otro ejemplo: para el colonizado no hay salvación social como no la hay mística. De la misma manera que no puede escapar a su condición por la conversión religiosa, tampoco le será permitido abandonar su grupo social para unirse al grupo colonizador.

Toda opresión se realiza globalmente sobre un grupo humano, y, *a priori,* todos los individuos en cuanto miembros de ese grupo se ven afectados anónimamente. Se oye afirmar con frecuencia que los obreros, es decir, *todos* los obreros, en cuanto obreros, padecen tales defectos o tales lacras. La acusación racista, aplicada a los colonizados, tiene

que ser colectiva, y todo colonizado sin excepción tiene que sentirse afectado. Es un hecho admitido que la opresión obrera tiene una escapatoria: al menos teóricamente, un obrero puede abandonar su clase y cambiar de *status;* mientras que en el marco de la colonización nada podrá salvar al colonizado. Nunca podrá pasar al clan de los privilegiados; aunque gane más dinero que ellos, obtenga todos los títulos y aumente infinitamente su poder.

Hemos comparado la opresión y la lucha colonial con la opresión y la lucha de clases. La relación burgués-colonizado, de pueblo a pueblo, en el seno de las naciones, puede efectivamente recordar la relación burguesía-proletariado en el seno de una nación. Pero hay que mencionar además la impermeabilidad casi absoluta de los grupos coloniales. A ello se dirigen todos los esfuerzos del colonialista. Y el racismo es en este sentido el arma más segura: el salto se hace imposible y toda rebeldía resultaría absurda.

Así visto, el racismo aparece no ya como un detalle más o menos accidental, sino como un elemento consustancial al colonialismo. Es la mejor expresión del hecho colonial y uno de los rasgos más significativos del colonialista. No sólo establece una discriminación fundamental entre colonizador y colonizado, condición *sine qua non* de la vida colonial, sino que crea el fundamento de la *inmutabilidad*. Sólo el racismo permite plantear como eterna, sustantivándola, una relación histórica que ha comenzado en una determinada fecha. De ahí la extraordinaria expansión del racismo en la colo-

nia; la coloración racista del menor gesto intelectual o activo del colonialista e incluso de todo colonizador. Y no sólo de los hombres de la calle: un psiquíatra de Rabat se ha atrevido a hacerme esta afirmación, después de treinta años de ejercicio: que las neurosis norteafricanas se explican por *el alma norteafricana.*

Ese alma, esa etnia o ese psiquismo expresan instituciones de otro siglo, falta de desarrollo técnico, servidumbre política obligada; en resumen, la totalidad del drama. Demuestran luminosamente que la situación colonial era irremediable y será definitiva.

LA AUTOABSOLUCION

Veamos el punto final. El colonizador, pareciéndole escandalosa la servidumbre del colonizado, tenía que razonarla, so pena de terminar en el escándalo y en la inseguridad de su propia vida. Gracias a una doble reconstrucción del colonizado y de sí mismo, se justifica y tranquiliza a un tiempo.

Portador de los valores de la civilización y de la historia, realiza una misión: contrae el mérito inmenso de iluminar las tinieblas vergonzosas del colonizado. Es justo que esa función le proporcione ventajas y respeto: la colonización es *legítima* en todos sus sentidos y consecuencias.

Además, siendo la servidumbre una característica de la naturaleza del colonizado y la dominación otro rasgo de la suya, no puede haber desenlace. A la gratificación de la virtud recompensada añade

la necesidad de las leyes naturales. La colonización es *eterna* y puede afrontar su porvenir sin inquietud alguna.

A partir de aquí todo será posible y tomará un sentido nuevo. El colonialista podría permitirse vivir tranquilamente, bienhumorado e incluso benéfico. El colonizado debería estar *agradecido* de recoger lo que le llega. Aquí aparece la asombrosa actitud mental que recibe el nombre de *paternalismo*. Paternalista es quien desea ser generoso más allá del racismo y la desigualdad admitidos. Si se quiere, es un racismo caritativo, no menos hábil ni rentable. Porque el paternalismo más abierto se solivianta en cuanto el colonizado *reclama*, por ejemplo, sus derechos sindicales. Si cobra su salario, si su mujer le atiende, es únicamente por una donación y no por un deber. Si se le reconocieran deberes habría que aceptar que el colonizado tiene derechos. Sin embargo, está muy claro, por lo anteriormente expuesto, que el colonizado no tiene deberes y tampoco derechos.

El colonialista, después de instaurar este nuevo orden moral, donde por definición es dueño e inocente, se absolverá definitivamente. Todavía falta que ese orden no sea puesto en duda por los demás, y particularmente por el colonizado.

RETRATO DEL COLONIZADO

I

RETRATO MITICO DEL COLONIZADO

NACIMIENTO DEL MITO

Así como la burguesía propone una imagen del proletario, la existencia del colonizador exige e impone una imagen del colonizado. Son coartadas sin las que la conducta del colonizador y del burgués, y aun su existencia misma, parecerían escandalosas. Aireamos esta mixtificación precisamente porque es excesivamente eficaz.

Así, por ejemplo, el rasgo de la pereza en este retrato-acusación. Todos los colonizadores, de Liberia a Laos, pasando por el Magreb, parecen estar de acuerdo. No es muy difícil darse cuenta de hasta qué punto es *cómoda* esa caracterización. Ocupa un lugar prominente en la dialéctica ennoblecimiento del colonizador-degradación del colonizado. Además, resulta *económicamente rentable.*

Nada podría legitimar tanto el privilegio del colonizador como su trabajo; nada podría legitimar mejor el desvalimiento del colonizado que su ociosidad. El retrato mítico del colonizado incluirá, pues, una increíble pereza. El del colonizador, el gusto meritorio de la acción. Al mismo tiempo, el colonizador insinúa que emplear al colonizado es

poco rentable, lo que le autoriza a pagar salarios inverosímiles.

Puede parecer que la colonización hubiera salido beneficiada en caso de haber dispuesto de un personal adiestrado. Nada menos cierto. El obrero calificado que existe entre los colonizadores asimilados exige un salario tres o cuatro veces superior al del colonizado, pero no produce tres o cuatro veces más ni en calidad ni en cantidad: es más económico emplear tres colonizados que un europeo. Toda empresa exige especialistas, por supuesto, pero un mínimo, que el colonizador importa o recluta entre los suyos. Sin contar con las consideraciones y la protección legal que exigen justamente los trabajadores europeos. Al colonizado no se le piden más que los brazos, y no es otra cosa; además, esos brazos están tan mal cotizados, que se pueden alquilar tres o cuatro pares por el precio de uno.

Escuchando al colonizador cuando habla no es difícil darse cuenta de que esa pereza, supuesta o real, no es tan molesta como parece. Habla de ella con una complacencia divertida, bromeando; repite todas las expresiones tópicas y las perfecciona, inventa otras. Nada basta para caracterizar los enormes defectos del colonizado. Se pone incluso lírico, con un lirismo negativo: el colonizado no tiene pelos en las manos, sino cañaverales, árboles, bosques...

Pero, insistiremos, ¿es realmente perezoso el colonizado? A decir verdad, la cuestión está mal planteada. Además de que habría que fijar una norma de referencia, distinta de un pueblo a otro, ¿cómo

se puede acusar de pereza a un pueblo entero? Se puede aludir a individuos, incluso numerosos dentro de un grupo; preguntarse si su rendimiento no es mediocre; si la subalimentación, los salarios bajos, el porvenir negro y la significación irrisoria de su función social no quitan todo interés al trabajo del colonizado. Lo que resulta sospechoso es que la acusación no sólo señala al obrero agrícola o al poblador de la ciudad-miseria, sino también al profesor, al ingeniero, al médico, que rinde las mismas horas de trabajo que sus colegas colonizadores; en suma, a *todos* los miembros del grupo colonial. Lo sospechoso es la *unanimidad* de la acusación y la *globalidad* de su objeto, de manera que ningún colonizado se libra, ni podría librarse en ningún caso. Es decir, la desconexión entre la acusación y todas las condiciones sociológicas e históricas.

No se trata de una nota objetiva, diferenciada y sometida a posibles transformaciones, sino de una *institución:* con su acusación, el colonizador instituye al colonizado como un ser perezoso. Decide que la pereza es *constitutiva* en la esencia del colonizado. Planteado así, es evidente que el colonizado, asuma la función que asuma o despliegue no importa qué celo profesional, no dejará nunca de ser un perezoso. Volvemos siempre al racismo, que es la sustantivación de un rasgo, real o imaginario, del acusado en provecho del acusador.

Es posible repetir este análisis a propósito de cualquiera de los demás rasgos que se atribuyen al colonizado.

Cuando el colonizador afirma en su lenguaje que

el colonizado es un débil, está sugiriendo que esa deficiencia requiere protección. De ahí se deriva, y no es una broma, la noción de protectorado. El mismo interés del colonizado exige que se le elimine de las funciones de dirección y que esas pesadas responsabilidades sean reservadas al colonizador. Cuando el colonizador añade, para no caer en la solicitud, que el colonizado tiene un trasfondo perverso, de malos instintos, que es ladrón e incluso un poco sádico, está legitimando su Policía y su justo rigor. Hay que defenderse contra las tonterías peligrosas de un irresponsable y también, atención bondadosa, ¡defenderle de sí mismo! Igual con la ausencia de necesidades del colonizado, su inadaptación al confort, a la técnica, al progreso, su sorprendente familiaridad con la miseria: ¿para qué va a preocuparse el colonizador de aquello que apenas inquieta al interesado? Y añade, con una filosofía tan audaz como siniestra: obligarle a las servidumbres de la civilización sería rendirle un mal servicio. ¡Vamos! Recordemos que la sabiduría es oriental y aceptamos la miseria del colonizado como él lo hace. Otro tanto ocurre con la famosa ingratitud del colonizado, sobre la que insisten autores considerados serios: recuerda de una sola vez todo lo que el colonizado debe al colonizador, que esas buenas obras se han perdido y cómo es inútil pretender corregir al colonizado.

Es notable que este cuadro no tenga una mayor coherencia. Es difícil hacer coincidir entre sí la mayoría de los rasgos y proceder a una *síntesis objetiva.* No hay manera de ver cómo el colonizado

podría ser a la vez menor y malo, perezoso y atrasado. Hubiera podido ser menor y bueno, como el buen salvaje del siglo XVIII, o pueril y torpe en el trabajo, o perezoso y astuto. Más aún: los rasgos atribuidos al colonizado se excluyen unos a otros, sin que ello importe al retratista. Se le describe al mismo tiempo como frugal, sobrio y con escasas necesidades, pero tragando cantidades repugnantes de carne, de grasa, de alcohol, de cualquier cosa; como un cobarde que tiene miedo del dolor, pero como un bruto que no se contiene ante ninguna de las inhibiciones de la civilización, etc. Una prueba más de lo inútil que es buscar la coherencia en otra parte que en el colonizador mismo. En los cimientos de toda esta construcción se advierte finalmente una sola dinámica: la de las exigencias económicas y afectivas del colonizador, que le sirven de lógica y ordenan y explican cada uno de los rasgos que atribuye al colonizado. En definitiva, todos ellos son *favorables* al colonizador, incluso aquellos que a primera vista parecerían perjudicarle.

LA DESHUMANIZACION

Al colonizador le importa muy poco lo que sea realmente el colonizado. Lejos de buscar la realidad del colonizado, lo que le interesa es someterle a esa indispensable transformación. El mecanismo de remodelación del colonizado es muy ilustrativo.

En primer lugar consiste en una serie de negaciones. El colonizado *no es* esto *ni es* lo otro. Nunca

se le considera de una manera positiva, y si se hace, es atribuyéndole cualidades que comportan alguna carencia psicológica o ética. Así ocurre con la hospitalidad árabe, que difícilmente podría interpretarse como un rasgo negativo. Fijándose un poco es fácil darse cuenta de que el elogio proviene siempre de los turistas, es decir, europeos de paso, pero nunca de los colonizadores, europeos instalados en la colonia. En cuanto se asienta, el europeo ya no aprovecha esa hospitalidad: interrumpe los intercambios y contribuye a reforzar las barreras. Cambia rápidamente de paleta para pintar al colonizado, que ahora será celoso, introvertido, exclusivo y fanático. ¿Qué se hizo de la famosa hospitalidad? El colonizador, ya que no la puede negar, subraya entonces los elementos negativos y sus desastrosas consecuencias.

Proviene de la irresponsabilidad y prodigalidad de los colonizados, que no tienen ningún sentido de la previsión ni de la economía. Las fiestas son estupendas y generosas, tanto las del rico como las del desposeído, pero ¡y las consecuencias! El colonizado se arruina, toma dinero prestado y ¡acaba pagando con el dinero ajeno! Por el contrario, ¿se habla de la modestia de la vida del colonizado? ¿De su no menos famosa falta de necesidades? No es tampoco una señal de sabiduría, sino de estupidez. Como si en último término todo rasgo reconocido o inventado tuviera que ser un indicio de negatividad.

Así, se desmoronan una tras otra todas las cualidades que definen la condición humana del colo-

nizado. Y negada por el colonizador, la humanidad del colonizado se vuelve efectivamente opaca. Es inútil, pretende, tratar de prevenir la conducta del colonizado («¡Son imprevisibles!...» «¡Con ellos nunca se sabe...!»). Una extraña e inquietante impulsividad parece regir al colonizado. El colonizado tiene que ser realmente muy extraño para que siga resultando misterioso después de tantos años de cohabitación..., o hay que pensar que el colonizador debe tener razones de mucho peso para mantener esa ininteligibilidad.

Otro sistema de la despersonalización del colonizado es lo que se podría denominar *el rasgo del plural*. Nunca se caracteriza al colonizado de una forma diferencial; únicamente merece vivir sumergido en un anonimato colectivo («*Son* esto... *Son* todos iguales»). Si la criada colonizada no viene una mañana, el colonizador no dirá que está enferma, sino que *ella* le engaña o que *ella* está infringiendo un contrato abusivo. (Siete días de trabajo de cada siete; los criados colonizados no disponen casi nunca del día semanal de vacaciones que se concede a los demás). Aseverará que «no se puede contar con *ellos*». Y esto no es un simple detalle de estilo. Es una negativa a encarar los acontecimientos personales y particulares de la vida de su criada, una vida que no le interesa en su especificidad, porque su criada no existe como *individuo*.

El colonizador niega al colonizado el derecho más precioso, reconocido a la mayoría de los hombres: la libertad. Las condiciones de vida creadas por el colonizador para el colonizado ni la suponen ni la

tienen en cuenta. El colonizado no tiene salida alguna para escapar a su estado de infelicidad: ni una salida jurídica (la nacionalización) ni una salida mística (la conversión religiosa). El colonizado no es libre de elegirse como colonizado o colonizador.

¿Qué puede quedar al final de ese esfuerzo tenaz de desnaturalización? Ni mucho menos un *alter ego* del colonizador. Apenas un ser humano. Casi un objeto. En último término, tendría que, de acuerdo con la suprema ambición del colonizador, *no existir sino en función de las necesidades del colonizador; es decir, debería haberse transformado en un colonizado puro.*

Es notoria la extraordinaria eficacia de esta operación. ¿Qué deber serio puede existir hacia ese animal o esa cosa que cada vez más es el colonizado? Así es comprensible que el colonizador pueda permitirse actitudes y juicios tan escandalosos. Un colonizado al volante de un automóvil es un espectáculo al que el colonizador se niega a acostumbrarse; le niega toda normalidad, como si se tratase de una pantomima simiesca. Un accidente, aunque sea grave, provoca risa si afecta al colonizado. Un tiroteo en una muchedumbre colonizada le hace encogerse de hombros. Una madre indígena llorando por la muerte de su hijo, una esposa indígena llorando a su marido, le recuerdan sólo remotamente el dolor de una madre o de una esposa. Esos gritos caóticos, esos gestos extraños, bastarían para enfriar su compasión si hubiera llegado a nacer. Un escritor nos contaba últimamente, muy divertido, cómo se encerraba en grandes jaulas a los indí-

genas rebeldes, como si fueran piezas de caza. Que se haya imaginado esas jaulas, que se haya osado construirlas y, aún más grave, que se haya permitido a los periodistas fotografiar a las presas deja bien a las claras que en la mente de sus organizadores el espectáculo no tenía ya nada de humano.

LA MIXTIFICACION

No es sorprendente que este delirio de aniquilación del colonizado, nacido de las exigencias del colonizador, responda también a ellas, y parezca confirmar y justificar su conducta. Más notable y dañino es, tal vez, el eco que despierta en el mismo colonizado.

Confrontado constantemente con esta imagen de sí mismo, propuesta e impuesta tanto por las instituciones como por el menor contacto humano, ¿cómo podría no reaccionar a ella? Impuesta desde el exterior, como un insulto que se difunde con el viento, no podría serle indiferente. Acabará por reconocerla como un apodo detestado, que no deja de ser un rasgo familiar. La acusación le turba e inquieta tanto más cuanto admira y teme el poder de su acusador. ¿No tienen un poco de razón?, musita. ¿No somos todos un poco culpables? ¿No somos perezosos, teniendo tantos desocupados? ¿No somos miedosos, puesto que nos dejamos oprimir? Este retrato mítico y degradante, forjado y difundido por el colonizador, acaba en cierta medida por ser aceptado y vivido por el colonizado. Alcanza

así una cierta realidad y *contribuye al retrato real del colonizado.*

Ese mecanismo no es nuevo: es una mixtificación. Es sabido que la ideología de una clase dirigente acaba por ser admitida en una gran medida por las clases dirigidas. Porque toda ideología de lucha comprende como parte integrante de sí misma una concepción del enemigo. Sometiéndose a esta ideología, las clases dominadas confirman de alguna manera la función que les ha sido asignada. Eso explica, entre otros factores, la relativa estabilidad de las sociedades: la opresión es tolerada, de mejor o peor grado, por los mismos oprimidos. La dominación se realiza de pueblo a pueblo en la relación colonial, pero el esquema sigue siendo el mismo. La caracterización y la función del colonizado ocupa un lugar privilegiado en la ideología colonizadora. Una caracterización infiel a la realidad, incoherente en sí misma, pero necesaria y coherente en el interior de esa ideología. Y a la que el colonizado da su asentimiento, incierto, parcial, pero innegable.

Estamos viendo la única parte de verdad que hay en nociones de moda: complejo de dependencia, colonizabilidad, etc. Seguramente existe —en algún momento de su evolución— cierta adhesión del colonizado a la colonización. Pero esta adhesión es el resultado de la colonización y no la causa; se produce *después* y no antes de la colonización. Para que el colonizador sea el señor totalmente no basta con que lo sea objetivamente, sino que tiene que creer en su legitimidad. Y para que esta legitimidad sea completa no basta con que el colonizado sea

objetivamente esclavo, sino que es necesario que se acepte como tal. En suma, el colonizador tiene que conseguir el reconocimiento del colonizado. El lazo entre colonizador y colonizado es así destructor y creador. Destruye y recrea a las dos partes de la colonización como colonizador y colonizado: el primero queda desfigurado como opresor, ser parcial, asocial, únicamente preocupado por sus privilegios y su defensa a cualquier precio; el otro lo es como oprimido, coartado en su desarrollo, pactando con aquello que le aplasta.

Igual que el colonizador siente la tentación de aceptarse como colonizador, el colonizado se ve obligado para vivir a aceptarse como colonizado.

II

SITUACION DEL COLONIZADO

Sería demasiado bonito que ese retrato mítico resultara ser un puro fantasma, una visión del colonizado, sólo útil para aliviar la mala conciencia del colonizador. Sin embargo, no podría dejar de traducirse, respondiendo a las mismas exigencias que lo han provocado, en conductas reales, en comportamientos actuantes y constituyentes.

Si se *presume* que el colonizado es un ladrón, habrá que *precaverse* efectivamente contra él. Sospechoso por definición, ¿cómo podría no ser culpable? Falta ropa blanca (incidente muy común en países soleados, donde la ropa se seca al aire libre, tentando a los que están desnudos), ¿quién puede ser el culpable sino el primer colonizado visto en el paraje? Y ya que *puede haber sido*, se le busca en su casa y se le *lleva* al puesto de Policía.

«¡Vaya injusticia!», replica el colonizador. «Una de cada dos veces se acierta. Y, en todos los casos, el ladrón es un colonizado. Si no está en la primera chabola, estará en la segunda.»

Es cierto: el ladrón (el de pequeña escala) es siempre, en efecto, un pobre, y los pobres son siempre colonizados. Pero ¿cabe sacar en consecuencia

que todo colonizado sea un ladrón posible y merezca ser tratado como tal?

Esas conductas, comunes al conjunto de los colonizadores respecto del conjunto de los colonizados, se formalizarán en instituciones. Dicho de otra manera: definen e imponen situaciones objetivas, que asedian al colonizado y le presionan, hasta llegar a incidir sobre su conducta y dibujar las arrugas de su rostro. Esas situaciones serán *situaciones de carencia*. A la agresión ideológica que tiende a deshumanizarle y a mixtificarle corresponde un conjunto de situaciones concretas que persiguen el mismo resultado. Ser mixtificado es ya, más o menos, tragar el mito y configurar la conducta con arreglo al mismo; es decir, ser actuado. Pero este mito está sólidamente asentado sobre una organización muy real, una administración y una jurisdicción; alimentado y renovado por las exigencias históricas, económicas y culturales del colonizador. Aunque fuera insensible a la calumnia y al desprecio, aunque se encogiera de hombros ante el insulto y el atropello, ¿cómo podría escapar el colonizado a los salarios bajos, a la agonía de su cultura, a la ley que le rige desde que nace hasta que muere?

No puede sustraerse a esas situaciones concretas, generadoras de carencias, como antes no pudo hacerlo a la mixtificación colonial. En cierta medida, el retrato real del colonizador está en función de esta conjunción. Podemos afirmar, invirtiendo una fórmula previa, que la colonización fabrica colonizados como, según habíamos visto, fabrica colonizadores.

La más grave carencia que sufre el colonizado es la de encontrarse situado *fuera de la historia* y *fuera de la sociedad*. La colonización le suprime todo acto libre tanto en la guerra como en la paz, cualquier decisión que contribuya a conformar el destino del mundo y el suyo propio, cualquier responsabilidad histórica y social.

Los ciudadanos de los países libres, desalentados, llegan a decirse que no cuentan para nada en los asuntos de la nación, que su acción es irrisoria, que su voz no es escuchada, que las elecciones son fraudulentas, la prensa y la radio están en manos de unos pocos; ni pueden impedir la guerra ni imponer la paz; ni siquiera pueden exigir de sus elegidos, una vez elegidos, que respeten aquello por lo que fueron enviados al parlamento... Pero reconocen inmediatamente que al menos tiene el *derecho*, el poder potencial, si no el eficaz: están hartos y se saben engañados, pero no son esclavos. Son hombres libres vencidos momentáneamente por la astucia o aturdidos por la demagogia. Y a veces, sobrecargados, se encolerizan súbitamente, rompen sus cadenas de cuerda y trastornan los mezquinos cálculos de los políticos. ¡La memoria popular conserva un recuerdo lleno de orgullo de esas periódicas y justas tormentas! Pensándolo bien, se acusarían sobre todo de no rebelarse más a menudo. Después de todo son responsables de su propia li-

bertad, y si no la ejercitan, por cansancio, debilidad o escepticismo, merecen el castigo.

El colonizado no se siente ni responsable, ni culpable, ni escéptico; simplemente está fuera de juego. Pero en modo alguno deja de verse sometido a la historia; por supuesto, cargando su peso, a menudo más cruelmente que los demás, pero siempre como un objeto. Acaba por perder el hábito de cualquier participación activa en la historia, y ya ni siquiera la reclama. A poco que dure la colonización, llega a perder hasta el recuerdo de su libertad; olvida lo que cuesta o no se atreve a pagar el precio. Si no, ¿cómo se explica que una guarnición de unos pocos hombres pueda sostenerse en un puesto de montaña? ¿Que un puñado de colonizadores, a menudo arrogantes, pueda vivir en medio de una muchedumbre de colonizados? Los mismos colonizadores se sorprenden, y de ahí viene la acusación de cobardía del colonizado. Ciertamente, la acusación es demasiado ligera. Saben muy bien que si se vieran amenazados su aislamiento quedaría roto: todos los recursos de la técnica: el teléfono, el telegrama, el avión, pondrían a su disposición, en algunos minutos, medios terroríficos de defensa y destrucción. Por cada colonizador muerto, cientos, miles de colonizados han sido y serán exterminados. La experiencia se ha repetido, tal vez provocada, en suficientes ocasiones como para convencer al colonizado del terrible e inevitable castigo. Se ha hecho todo lo posible para estirparle el valor de morir y aun de afrontar la presencia de la sangre.

Es clarísimo que se trata de una carencia nacida

de una situación y de la voluntad del colonizador, y de nada más que eso. No de alguna impotencia congénita para asumir la historia. El rigor del condicionamiento negativo, la severidad obstinada de las leyes lo prueban por sí mismos. Mientras existe una total indulgencia para los pequeños arsenales del colonizador, el descubrimiento de un arma herrumbrosa provoca un inmediato castigo. La famosa «fantasía» es sólo un número de animal doméstico al que se pide que ruja como antaño para dar un poco de miedo a los invitados. Pero el animal ruge muy bien, y la nostalgia de las armas está siempre presente en todas las ceremonias, del norte al sur de Africa. La carencia guerrera parece proporcional a la importancia de la presencia colonizadora; las tribus más aisladas son siempre las más dispuestas a tomar las armas. No es una prueba de *salvajismo*, sino de que el condicionamiento no ha sido lo suficientemente fuerte.

Esta es la razón que hizo tan decisiva la experiencia de la última guerra. No sólo enseñó imprudentemente a los colonizados la técnica de la guerrilla, sino que les recordó y les sugirió la posibilidad de una conducta agresiva y libre. Los gobiernos europeos que prohibían después de la guerra la proyección en las salas coloniales de la película *La batalla del Raíl* no se equivocaban desde su punto de vista. Se les ha objetado que ya los *westerns* americanos, las películas de *gansgsters* y las cintas de propaganda militar enseñaban la manera de manejar un revólver o una ametralladora. El argumento no es definitivo. El significado de las

películas de resistencia es muy diferente: oprimidos con escasas armas, o sin ninguna, *se atrevían* a atacar a sus opresores.

Un poco más tarde, cuando se produjeron los primeros disturbios en las colonias, los que no comprendían su sentido se tranquilizaban haciendo el recuento de los combatientes activos e ironizando sobre su escaso número. En efecto, el colonizado duda antes de readueñarse de su destino. ¡Pero el sentido de los acontecimientos iba muchísimo más allá de su dimensión aritmética! ¡Cuántos colonizados estaban perdiendo el miedo a los uniformes del colonizador! Se ha ironizado sobre la insistencia de los rebeldes a vestirse de caqui y de una manera regular. Por supuesto, quieren ser considerados soldados y tratados según las leyes de la guerra. Pero aún hay más en esta obstinación: reclaman y visten el uniforme de la historia; porque, desgraciadamente, la historia de hoy día viste traje de soldado.

... EL COLONIZADO Y LA COMUNIDAD

Igual respecto a la comunidad: «No son capaces de gobernarse por sí mismos», dice el colonizador. «Por eso, ni les dejo, ni les dejaré nunca, participar en el gobierno.»

El hecho es que el colonizado no gobierna. Que estrictamente alejado del poder acaba por perder la costumbre y aun el deseo de detentarlo. ¿Cómo podría interesarse en algo de lo que se ve radicalmente excluido? Los colonizados no tienen muchos

hombres de gobierno. ¿Cómo, después de una tan larga falta de poder autónomo, podría existir destreza política y administrativa? ¿Tiene derecho el colonizador a aprovecharse de ese presente trucado para cerrar al porvenir?

Como las organizaciones colonizadas mantienen reivindicaciones nacionalistas, se llega a menudo a la conclusión de que el colonizado es patriotero. Nada más falso. Por el contrario, se trata de una ambición y de una técnica de unión que recurre a motivaciones pasionales. Los síntomas habituales del patrioterismo —amor agresivo a la bandera, empleo de cantos patrióticos, aguda conciencia de pertenecer a un mismo organismo nacional— son escasos entre el colonizado, si exceptuamos a los militantes del renacimiento nacional. Se afirma a menudo que la colonización ha acelerado la toma de conciencia nacional del colonizado. Se podría decir que más bien ha moderado su ritmo, manteniendo al colonizado al margen de las condiciones objetivas de la nacionalidad contemporánea. ¿Es una casualidad que los pueblos colonizados sean los últimos en abrirse a la conciencia de sí mismos?

El colonizado no disfruta de ninguno de los atributos de la nacionalidad. Ni de la suya, que es dependiente, negada y asfixiada; ni, por descontado, de la del colonizador.

Ni puede mantener una ni reivindicar otra. No puede sentirse un verdadero ciudadano cuando no ocupa un lugar justo en la ciudad, ni disfruta de los derechos del ciudadano moderno, ni está sometido a sus deberes normales, ni vota, ni tiene ningún

peso en los asuntos colectivos. A consecuencia de la colonización, el colonizado no llega casi jamás a la experiencia de la nacionalidad y de la ciudadanía, si no es *privadamente: nacional y cívicamente, sólo es aquello que no es el colonizador*.

EL NIÑO COLONIZADO

Esta mutilación social e histórica es posiblemente la más grave y de más duras consecuencias. Contribuye a crear carencias en los otros aspectos de la vida del colonizado, y por un efecto de retroacción, frecuente en los procesos humanos, se alimenta de las demás debilidades del colonizado.

No considerándose ciudadano, el colonizado pierde pronto la esperanza de que su hijo llegue a serlo. Renunciando él mismo de inmediato, descarta hasta el proyecto, lo excluye de sus ambiciones como padre y no le concede ningún espacio en su pedagogía. Así, pues, nada sugerirá al colonizado la confianza y el orgullo en su ciudadanía. No esperará ninguna ventaja ni se preparará para asumir las cargas. (Tampoco recibirá ninguna indicación de su educación escolar, cuyas alusiones a la comunidad y a la nación irán siempre referidas a la nación colonizadora.) Ese vacío pedagógico, consecuencia de la carencia social, viene a perpetuar esta misma carencia, que afecta a una de las dimensiones esenciales del individuo colonizado.

Sólo más tarde, en la adolescencia, puede llegar a vislumbrar la única salida a una situación familiar

desastrosa: la rebeldía. El círculo está bien cerrado. La rebeldía contra el padre y la familia es un acto sano e indispensable para el propio completamiento; permite comenzar la vida de hombre, nueva batalla, afortunada o desafortunada, pero librada entre los otros hombres. El conflicto generacional puede y debe resolverse en el conflicto social; invertido, se convierte en un factor de movilidad y progreso. Las generaciones jóvenes encuentran la solución de sus problemas en el movimiento colectivo, y sumándose al movimiento, lo aceleran. Hace falta, claro, que ese movimiento sea posible. Pero ¿de qué camino y de qué dinámica social estamos hablando? La vida de la colonia quedó inmovilizada; sus estructuras están a un tiempo encorsetadas y esclerotizadas. No se ofrece ningún papel nuevo a los jóvenes, no es posible ninguna invención. El colonizador lo reconoce con un eufemismo ya clásico: él *respeta*, exclama, los usos y costumbres del colonizado. Y, ciertamente, no puede dejar de respetarlos, hasta por la fuerza. El colonizador se siente inclinado a favorecer a los elementos más retrógrados, ya que *todo cambio tiene que ser contra la colonización*. No es el único responsable de esta modificación de la sociedad colonizada. Es de relativa buena fe su manera de afirmar que aquélla sólo depende de su *única voluntad*. Sin embargo, depende primordialmente de la *situación colonial*. La sociedad colonizada, no siendo dueña de su propio destino, no siendo su propia legisladora ni disponiendo de organización autónoma, no puede tampoco crearse instituciones para responder a sus

necesidades profundas. Y son esas necesidades las que, al menos relativamente, configuran la fachada organizativa de toda sociedad normal. La fachada política y administrativa de Francia se ha transformado progresivamente, a lo largo de los siglos, gracias a su presión constante. Pero si la discordancia se hace demasiado estentórea y la armonía resulta imposible de alcanzar en las formas legales existentes, nos encontramos ante la revolución o la esclerosis.

La sociedad colonizada es una sociedad insana cuya dinámica interna no llega a desembocar en nuevas estructuras. Su rostro, endurecido por los siglos, no es ya sino una máscara bajo la que se ahoga y agoniza lentamente. Tal sociedad no puede reabsorber los conflictos generacionales, puesto que no se deja transformar. La rebeldía del adolescente colonizado, lejos de resolverse en movilidad y progreso social, no puede sino anegarse en los pantanos de la sociedad colonizada. *(A menos que se trate de una rebeldía absoluta;* pero sobre esto volveremos más adelante.)

LOS VALORES-REFUGIO

Antes o después, el colonizado retrocederá a posiciones de repliegue, es decir, a los valores tradicionales.

Así se explica la sorprendente supervivencia de la familia colonizada: ofrece un verdadero valor-refugio. Salva al colonizado de la desesperación

de una derrota total, y a cambio se ve confirmada por una constante aportación de sangre nueva. El joven se casará, se transformará en solícito padre de familia, en hermano solidario, en tío responsable, y hasta que ocupe el lugar del padre, en hijo respetuoso. Todo ha vuelto al orden: la rebeldía y el conflicto han concluido con la victoria de los padres y de la tradición.

Pero es una triste victoria. La sociedad colonizada no se habrá movido un centímetro, y para el hombre joven es una catástrofe interior. Permanecerá definitivamente agregado a esa familia que le ofrece ternura y calor, pero que le incuba, le absorbe y le castra. ¿Que la comunidad no le exige los complementos deberes del ciudadano? ¿Que se los negaría si llegara a pensar en reclamárselos? ¿Que le concede pocos derechos, que le prohíbe toda vida nacional? En realidad, ya no siente nada de ello como una necesidad imperiosa. Le basta su lugar exacto, reservado siempre para él, en las insulsas reuniones del clan. Le daría miedo abandonarlo. Ahora, de buen grado, como los demás, se somete a la autoridad del padre y se dispone a reemplazarlo. ¡El modelo es muy débil! ¡Su universo es el del vencido! Pero ¿acaso tiene otra salida?... Por una curiosa paradoja, el padre, completamente aceptado, es a un tiempo débil y absorbente. *El joven está dispuesto a interpretar su papel de adulto colonizado: a aceptarse como un ser de opresión.*

Lo mismo ocurre con el indiscutible arraigo de una religión a un tiempo vivaz y formal. Los misioneros presentan complacidos este formalismo

como uno de los rasgos esenciales de las religiones no cristianas, sugiriendo así que el único medio de salir sería pasarse a la religión de al lado.

De hecho, todas las religiones tienen momentos de formalismo coercitivo y momentos de flexibilidad indulgente. Queda por saber por qué tal grupo humano, en tal período de la historia, se encuentra en este sentido. ¿Por qué esa rigidez vacía de las religiones colonizadas?

Sería inútil tratar de esbozar una psicología religiosa especial del colonizado, como lo sería recurrir a la famosa naturaleza que-todo-lo-explica. Yo no he observado entre mis alumnos colonizados una religiosidad excesiva, aunque concedan una cierta atención al hecho religioso. Creo que la explicación puede ser parecida a la del mecanismo familiar. Ni es una particular psicología la que puede explicarnos la importancia de la familia, ni la intensidad de la vida familiar puede darnos la clave de las estructuras sociales. Por el contrario, es la imposibilidad de una vida social completa y del libre juego de la dinámica social lo que llena de vigor a la familia y repliega al individuo a esa célula más restringida que le salva y le ahoga. Del mismo modo, es el estado global de las instituciones colonizadas el que nos puede informar del peso abusivo del factor religioso.

La religión, con su red institucional y sus fiestas periódicas y colectivas, constituye otro *valor-refugio*, tanto para el individuo como para el grupo. Se ofrece al individuo como una de las escasas posiciones de repliegue; para el grupo es una de las

escasas manifestaciones que pueda contribuir a proteger su existencia original. Al no poseer estructuras nacionales ni ser capaz de imaginar un futuro histórico, la sociedad colonial tiene que contentarse con la pasiva somnolencia de su presente. Un presente que tiene que rescatar incluso del expansionismo conquistador de la colonización, que lo atenaza por todas partes y lo traspasa con su técnica y su prestigio ante las nuevas generaciones. El formalismo, del que el formalismo religioso sólo es una parte, es el quiste en el que se refugia y consolida, reduciendo su vida, para salvarse. Reacción espontánea de autodefensa y medio de salvaguardar la conciencia colectiva sin el que un pueblo dejaría de existir rápidamente. En las condiciones de dependencia colonial, tanto la emancipación religiosa como la desintegración de la familia hubieran implicado un grave riesgo de propia muerte.

La esclerosis de la sociedad colonizada es, pues, la consecuencia de dos procesos de signo opuesto: *un enquistamiento generado desde el interior y un corsé impuesto desde el exterior*. Los dos fenómenos tienen un factor común: el contacto con la colonización. Convergen en un común resultado: la catalepsia social e histórica del colonizado.

LA AMNESIA CULTURAL

Mientras soporta la colonización, la única alternativa posible para el colonizado es la asimilación o la petrificación. No siéndole permitida la asimi-

lación, como veremos, no tiene otra posibilidad que vivir fuera del tiempo. A ello le obliga la colonización, y, en cierta medida, a ello se habitúa. Estándole prohibidas la proyección y construcción del futuro, tiene que limitarse al presente. Y un presente mutilado, abstracto.

Debemos añadir que cada vez dispone menos de su pasado. El colonizador nunca se lo ha reconocido. Y ya se sabe que el villano cuyos orígenes no se conocen, no los tiene. Hay algo más grave. Preguntemos al mismo colonizado: ¿Quienes son sus héroes populares? ¿Sus grandes caudillos de pueblos? ¿Sus sabios? Apenas será capaz de darnos algunos nombres, en el mayor desorden, y cada vez menos, a medida que baja en generaciones. *El colonizado parece condenado a perder progresivamente la memoria.*

El recuerdo no es un mero fenómeno del espíritu. Del mismo modo que la memoria del individuo es el fruto de su historia y de su fisiología, la de un pueblo descansa en sus instituciones. Y las instituciones del colonizado están muertas o esclerotizadas. Además, él no cree en aquellas que guardan una apariencia de vida porque verifica todos los días su ineficacia; a veces siente hasta vergüenza, como de algún monumento ridículo y anticuado.

Toda la eficacia y el dinamismo social parecen, por el contrario, acaparados por las instituciones del colonizador. ¿Necesita ayuda el colonizado? Tiene que dirigirse a ellas .¿Comete alguna falta? De ellas recibe la sanción. Infaliblemente acaba ante magistrados colonizadores. Si un hombre dotado

de autoridad viste chilaba por casualidad, tendrá la mirada más esquiva y el gesto más introvertido, como si quiesiera evitar toda interpelación, como si se encontrara bajo la vigilancia constante del colonizador. ¿Hay fiestas en la comunidad? Son las del colonizador, incluso las religiosas, celebradas con esplendor: Navidad, Santa Juana de Arco, Carnaval, el 14 de julio; son los ejércitos del colonizador los que desfilan, los mismos que han aplastado al colonizado y le tienen a raya y le aplastarán de nuevo si se hace necesario.

El colonizado conserva, por supuesto, y en virtud de su formalismo, todas sus fiestas religiosas, idénticas a sí mismas desde hace siglos. Precisamente son las únicas fiestas religiosas que, en cierto sentido, están fuera del tiempo. Más exactamente, están en el origen del tiempo histórico y no en la historia. Desde el momento en que fueron instituidas no ha vuelto a pasar nada en la vida de este pueblo. Nada especialmente vinculado a su existencia propia que merezca ser recordado y festejado por la conciencia colectiva. Nada más que un gran vacío.

Por último, los escasos rastros materiales de ese pasado se borran lentamente, y los vestigios futuros ya no llevarán la huella del grupo colonizado. Las pocas estatuas que jalonan la ciudad celebran, con un increíble desprecio para el colonizado que pasa cada día junto a ellas, las hazañas de la colonización. Las construcciones adoptan la forma que el colonizador quiere, y hasta los nombres de las calles recordarán el nombre de las lejanas provincias de donde viene. Puede suceder, claro, que el coloni-

zador se lance a un estilo neooriental, igual que el colonizado imita el estilo europeo. Pero se trata de un rasgo de exotismo (armas antiguas y cofres viejos) y no de un resurgimiento; el colonizado, por su parte, no hace más que eludir su pasado.

LA ESCUELA DEL COLONIZADO

¿Por dónde más se transmite la herencia de un pueblo?

Por la educación que da a sus hijos y por la lengua, maravilloso depósito enriquecido sin cesar por nuevas experiencias. Así son legadas e inscritas en la historia las tradiciones y las adquisiciones, las costumbres y las conquistas, los hechos y los gestos de las generaciones precedentes.

Bien; pues la gran mayoría de los hijos de los colonizados está en la calle. Y aquellos que tienen la inmensa suerte de ser admitidos en una escuela no saldrán nacionalmente mejor librados: la memoria que se les forja no es ciertamente la de su propio pueblo. La historia que se les enseña no es la suya. Llegan a saber quién fue Colbert o Cromwell, pero nunca quién fue Khaznadar; sabe quién fue Juana de Arco, pero no la Kahena. Todo parece haber sucedido fuera de su tierra; su país y él mismo están en el aire o sólo existen por referencia a los galos, a los francos o al Marne; por referencia al cristianismo, en tanto que él no es cristiano; a Occidente, que se termina delante de sus narices, en una frontera tanto más infranqueable

cuanto más imaginaria. Los libros le hablan de un universo que no se parece en nada al suyo; el chiquillo se llama Totó y la niña María, y en las tardes de invierno, cuando vuelvan a su casa por caminos cubiertos de nieve, María y Totó se detienen ante el vendedor de castañas. Sus maestros no son la prolongación del padre, no son el relevo prestigioso y providencial, como lo son todos los maestros del mundo; son diferentes. No hay transferencia, ni del niño al maestro ni (demasiado a menudo, hay que confesarlo) del maestro al niño; el niño lo siente perfectamente. Uno de mis antiguos compañeros de clase me ha confesado que la literatura, las artes y la filosofía habían sido durante largo tiempo para él algo extraño, perteneciente a un mundo extraño, al de la escuela. Había necesitado una larga estancia en París para comenzar a experimentarlas verdaderamente.

Si la transferencia termina por realizarse, no será sin algún peligro: el maestro y la escuela representan un universo demasiado distinto del universo familiar. En los dos casos, la escuela, lejos de preparar al adolescente a asumir totalmente su propia dirección, establece en su interior una dualidad definitiva.

EL BILINGÜISMO COLONIAL

Esa escisión esencial del colonizado se encuentra especialmente expresada y simbolizada en el bilingüismo colonial.

El colonizado no se salva del analfabetismo sino

para caer en el dualismo lingüístico. Caso de que tenga suerte. La mayoría de los colonizados no tendrán nunca la buena suerte de padecer los males del bilingüe colonial. No dispondrán nunca más que de lengua materna, una lengua ni escrita ni leída, que sólo permite una pobre e incierta cultura oral.

Algunos pequeños grupos de hombres cultos se obstinan ciertamente en cultivar la lengua de su pueblo, en perpetuarla en su antiguo y sabio esplendor. Pero estas formas sutiles han perdido desde hace mucho tiempo todo contacto con la vida cotidiana, se han hecho opacas para el hombre de la calle. El colonizado las considera como reliquias, y a esos hombres venerables, como a sonámbulos que viven en un viejo sueño.

Si el habla materna tuviera al menos alguna eficacia actual sobre la vida social, si fuese capaz de atravesar las ventanillas de la administración u ordenara el tráfico postal... Ni siquiera. Toda la burocracia, la magistratura, los técnicos, sólo entienden y emplean la lengua del colonizador, como los mojones kilométricos, los letreros de las estaciones, las placas de las calles y los pagarés. El colonizado, armado con su propia lengua, es un extranjero en su propio país.

El bilingüismo es necesario en el contexto colonial. Es la condición de toda comunicación, de toda cultura y de todo progreso. Pero el bilingüe colonial sólo se salva del aislamiento para padecer una catástrofe cultural nunca completamente superada.

La falta de coincidencia entre la lengua materna

y la lengua cultural no es una característica única del colonizado. Pero el bilingüismo colonial no puede ser asimilado a cualquier otro dualismo lingüístico. La posesión de dos lenguas no es únicamente la de dos instrumentos: es la participación en dos universos psíquicos y culturales. En este caso, *los dos universos simbolizados y supuestos por las dos lenguas están en conflicto:* son los del colonizador y los del colonizado.

Además, la lengua materna del colonizado, aquella que se alimenta de sus sensaciones, sueños y pasiones, en la que se expresa su ternura y se produce su asombro; aquella que canaliza la mayor carga afectiva, es precisamente *la menos valorada.* No goza de ninguna dignidad en el país ni en el concierto de las naciones. Si quiere conseguir un empleo, labrarse un puesto, existir en la comunidad y en el mundo, tiene que empezar por someterse a la lengua de otros, los colonizadores, sus señores. La lengua materna es humillada y aplastada en el conflicto lingüístico en que vive. Y acabará por hacer suyo este desprecio objetivamente fundado. Empezará a suprimir por sí mismo esa lengua débil, a ocultarla ante los extranjeros, a sólo parecer cómodo en la lengua del colonizador. En suma, el bilingüismo colonial no es ni un desfase, donde coexistan un idioma popular y una lengua de purista, pertenecientes a un mismo universo afectivo; ni una simple riqueza políglota, que se beneficiara de un teclado suplementario, pero relativamente neutro. Es un *drama lingüístico.*

Hay quien se asombra de que el colonizado no tenga una literatura viva en su propia lengua. ¿Cómo podría recurrir a algo que desdeña? ¿Cómo se aleja de su música, de sus artes plásticas y de toda su cultura tradicional? La ambigüedad lingüística es el símbolo y una de las primeras causas de su ambigüedad cultural. Y la situación del escritor colonizado la ilustra perfectamente.

Las condiciones materiales de la existencia colonizada bastarían para explicar su rareza. La miseria excesiva de la mayoría reduce extremadamente las posibilidades estadísticas de ver nacer y crecer a un escritor. Pero la historia nos enseña que basta con una clase privilegiada para dotar de artistas a todo un pueblo. De hecho, el papel del escritor colonizado es demasiado difícil de asumir: encarna todas las ambigüedades y todas las imposibilidades del colonizado llevadas a la máxima potencia.

Supongamos que aprenda a manejar su lengua hasta el punto de llegar a poder recrearla en obras escritas después de vencer su profunda repugnancia a utilizarla. ¿Para quién escribe? ¿Para el público? Si se obstina en escribir en su lengua se condena a hablar para un auditorio de sordos. El pueblo es inculto y no lee en ningún idioma, y los burgueses y cultos sólo entienden el del colonizador. Sólo le queda una salida, que parece natural: escribir en la lengua del colonizador. ¡Cómo si fuera otra cosa que cambiar de atolladero!

Necesita superar el problema. Si el bilingüe colonial tiene la ventaja de conocer dos idiomas, no llegará a dominar totalmente ninguno. Eso explica también el lentísimo nacimiento de las literaturas colonizadas. Hay que quemar mucho material humano y lanzar muchas veces el cubilete de dados para que se produzca un golpe de fortuna. Y entonces rebrota la ambigüedad del escritor colonizado bajo una forma nueva, pero aún más grave.

¡Curioso destino el de escribir para un pueblo que no es el suyo! ¡Aún más curioso es escribir para los vencedores de su propio pueblo! Causa asombro la ferocidad de los primeros escritores colonizados. ¿Acaso olvidan que se dirigen al mismo público de quien toman la lengua? No se trata, sin embargo, de inconsciencia, ni de ingratitud, ni de insolencia. ¿Qué otra cosa podrían comunicar a ese público, cuando se atreven a hablar, sino su malestar y su rebeldía? ¿Cómo se pueden esperar palabras de paz de quien es víctima de un largo conflicto? ¿Reconocimiento por un préstamo con un interés tan enorme?

Por un préstamo que, además, no dejará jamás de serlo. Nos salimos aquí de la descripción para entrar en el terreno de la previsión. ¡Pero es tan clara y evidente! La aparición de una literatura de colonizados, la toma de conciencia de los escritores norteafricanos, por ejemplo, no es un fenómeno aislado. Forma parte de la toma de conciencia de sí mismo de todo un grupo humano. El fruto no es un accidente o un milagro de la planta, sino el signo de su madurez. Todo lo más, el nacimiento

del artista colonizado anticipa ligeramente la toma de conciencia colectiva de la que forma parte y que él acelera al compartir. Y la reivindicación más urgente de un grupo que se reconstituye es naturalmente *la liberación y el restablecimiento de su lengua.*

Lo que me asombra es que alguien pueda asombrarse. Unicamente esta lengua permitirá al colonizado reanudar su tiempo interrumpido, recuperar su continuidad perdida y la de su historia. ¿Acaso la lengua francesa es sólo un instrumento preciso y eficaz? ¿O es un cofre maravilloso donde se acumulan los descubrimientos y las conquistas de los escritores y de los moralistas, de los filósofos y de los sabios, de los héroes y de los aventureros, donde se confunden en una leyenda única los tesoros del espíritu y el alma de los franceses?

El escritor colonizado que llega penosamente a manejar lenguas europeas —las de los colonizadores, no lo olvidemos— sólo puede utilizarlas para protestar en favor de la suya. No se trata de incoherencia, pura reivindicación o ciego resentimiento, sino de una necesidad. Aunque él no lo hiciera, todo su pueblo acabaría por dedicarse a ello. Se trata de una dinámica objetiva que él alimenta, pero que a su vez le nutre, y puede continuar sin él. Obrando así, aun cuando contribuye a liquidar su drama de hombre, confirma y acentúa su drama de escritor. Para conciliar el destino consigo mismo podría intentar escribir en su lengua materna. Pero no es posible rehacer un aprendizaje parecido en una sola vida humana. El escritor colonizado está

condenado a vivir sus divorcios hasta la muerte. El problema únicamente puede zanjarse de dos maneras: por el agotamiento natural de la literatura colonizada, ya que las generaciones inmediatas, nacidas en la libertad, escribirán espontáneamente en su lengua recuperada. Sin necesidad de esperar tanto, existe otra posibilidad que puede tentar al escritor: la decisión de integrarse completamente en la literatura metropolitana. Dejemos de lado los problemas éticos derivados de una actitud parecida. Se trata del suicidio de la literatura colonizada. En ambas perspectivas, aun cuando a distinto plazo, *la literatura colonizada de lengua europea parece condenada a morir joven.*

EL SER DE CARENCIA

Todo sucede como si la colonización contemporánea fuera una equivocación de la historia. Por egoísmo y fatalidad propia lo ha condenado todo, manchando todo lo que ha tocado. Ha corrompido al colonizador y destruido al colonizado.

Para triunfar mejor se ha quedado al servicio único de sí misma. Pero al excluir al hombre colonizado, único medio por el que hubiera podido dejar huella en la colonia, se condenó a permanecer extranjera y, en consecuencia, efímera.

De su sucidio no se le pueden pedir cuentas. Más imperdonable es su crimen histórico contra el colonizado: le ha dejado en la estacada, fuera del tiempo contemporáneo.

No es muy significativa la cuestión de saber si el colonizado, por sí solo, hubiera marchado al mismo paso que los otros pueblos. A decir verdad, no lo sabemos. Es posible que no. El factor colonial no es ciertamente el único en explicar el retraso de un pueblo. No todos los países han seguido el ritmo de Inglaterra o Estados Unidos; cada uno tenía sus propias causas de retraso y sus propios frenos. Sin embargo, cada uno de ellos ha marchado a su propio paso y en su camino. Además, ¿es lícito legitimar la desgracia histórica de un pueblo por los problemas de los demás? Los colonizados no son las únicas víctimas de la historia, por supuesto; pero la catástrofe histórica propia de los colonizados fue la colonización.

A este mismo falso problema responde la interrogante, tan desconcertante para muchos: el colonizado, ¿no se ha *beneficiado, a pesar de todo,* de la colonización? *¿A pesar de todo,* el colonizador no ha trazado carreteras, no ha construido escuelas y hospitales? Esta restricción equivale a decir que la colonización fue de todas maneras positiva, porque *sin ella* no habrían existido ni carreteras, ni hospitales, ni escuelas. ¿Y qué sabemos nosotros? ¿Por qué tenemos que suponer que el colonizado se habría inmovilizado en la misma situación en que lo encontró el colonizador? También se podría afirmar lo contrario: sin la colonización habría más escuelas y más hospitales.

Por otra parte, esta objeción sólo desconcierta a los que quieren desconcertarse. Hasta aquí he renunciado a la comodidad de las cifras y las esta-

dísticas. Es el momento oportuno de recurrir a discretamente: después de varios decenios de nización ¡la multitud de niños en la calle es superior al número de los que están en clase! número de camas en los hospitales es muy infe al de los que están enfermos! ¡La intención trazado de las carreteras es tan clara, tan indi rente respecto a los colonizados, tan estrechamente apegada a las necesidades del colonizador! Para tan poca cosa, la colonización no era indispensable. ¿Es muy audaz afirmar que el Túnez de 1952 hubiera sido, de todas maneras, muy diferente del de 1881? Existen otras formas de influencia e intercambio entre los pueblos además de la colonización. Otros pequeños países se han transformado profundamente sin tener necesidad de ser colonizados; por ejemplo, muchos países de Europa Central.

Pero desde hace un rato nuestro interlocutor sonríe con escepticismo.

—No es lo mismo...

—¿Por qué? ¿Quiere usted decir, verdad, que en esos países viven europeos?

—¡Hum! ¡Sí!

—¡Ya está, señor! Usted es sencillamente un racista.

En efecto, volvemos al mismo fundamental prejuicio. Los europeos han conquistado el mundo porque su naturaleza les predisponía a ello y los no europeos fueron colonizados porque su naturaleza les condenaba a ello.

Vamos, seamos serios y dejemos de lado el racismo y la manía de rehacer la historia. Demos

de lado incluso al problema de la responsabilidad *inicial* de la colonización. ¿Fue el resultado de la expansión capitalista o la empresa contingente de unos voraces hombres de negocios? En suma, todo eso no es tan importante. Lo que cuenta es la *realidad actual* de la colonización y del colonizado. No podemos saber lo que hubiera sido el colonizado sin la colonización, pero vemos muy claro en qué ha parado como consecuencia de la civilización. Para dominarle y explotarle mejor, el colonizador le ha sacado del circuito histórico y social, técnico y cultural. Lo que es actual y verificable es que la cultura del colonizado, su sociedad, su destreza han quedado gravemente afectados y que no ha adquirido ni un nuevo saber ni una nueva cultura. El resultado patente de la colonización es que ya no hay artistas y todavía no hay técnicos colonizados. Es cierto que también hay una carencia técnica del colonizado. «Trabajo árabe», dice el colonizador con desprecio. Pero lejos de encontrar ahí una excusa para su conducta y un punto de comparación para su superioridad, debería ver su propia acusación. Es cierto que los colonizados no saben trabajar. Pero ¿dónde podrían haber aprendido? ¿Quién les enseñó la técnica moderna? ¿Dónde están las escuelas profesionales y los centros de enseñanza?

Insiste usted demasiado sobre la técnica industrial, se afirma a veces. ¿Y los artesanos? Mire esa mesa de madera blanca, ¿por qué está hecha con madera de cajón? ¿Mal acabada, mal cepillada, sin pintar ni encerar? Cierto, la descripción es exacta.

En estas mesas de té no hay nada aceptable si no es la forma, regalo secular de la tradición al artesano. Pero, por lo demás, es la demanda la que provoca la creación. ¿Pues para quién se hacen esas mesas? El comprador no tiene con qué pagar esos movimientos de cepillo suplementarios, ni la cera, ni la pintura. Entonces se quedan en tablas de cajón mal unidas, con los clavos a la vista.

El hecho comprobable es que la colonización carencia al colonizado y que todas las carencias se estimulan y alimentan entre sí. La no industrialización, la falta de desarrollo técnico del país, conduce a la lenta asfixia económica del colonizado. La asfixia económica, el nivel de vida de las masas colonizadas, impide la existencia del técnico y la realización y perfeccionamiento del artesano. Las causas últimas son una negativa del colonizador, que se enriquece más con la venta de las materias primas que con la competencia a la industria metropolitana. Pero además el sistema funciona en círculo, llega a alcanzar una autonomía de la infelicidad. Aunque se hubieran abierto más centros de enseñanza, incluso universidades, el colonizado no estaría a salvo, ya que no hubiera encontrado al salir manera de emplear su saber. ¡En un país que carece de todo, los pocos ingenieros colonizados que han conseguido su título son empleados como burócratas o profesores! La sociedad colonizada no tiene necesidad de técnicos ni los promueve. Mas ¡pobre del que no es indispensable! La mano de obra colonizada es intercambiable. ¿Para qué pagar un salario justo? Además, nuestro tiem-

po y nuestra historia son cada vez más técnicos, y así el retraso técnico del colonizado aumenta y parece justificar el desprecio que inspira. Concreta, al parecer, la distancia que le separa del colonizador. Y no es incierto que la distancia técnica causa en parte la incomprensión de los dos protagonistas. Casi siempre, el nivel general de vida del colonizado es tan bajo, que el contacto es prácticamente imposible. Se sale adelante hablando de la medievalidad de la colonia. Y así se puede continuar por mucho tiempo. El uso y disfrute de la técnica crea tradiciones técnicas. El niño francés y el niño italiano tienen oportunidad de manipular un motor, una radio; están rodeados de productos de la técnica. Muchos colonizados tienen que esperar a salir de la casa paterna antes de acercarse a la máquina más pequeña. ¿Cómo podrían aficionarse a la civilización mecánica o intuir el funcionamiento de las máquinas?

En el colonizado todo está carenciado y todo contribuye a careciarlo. Incluso su cuerpo, mal alimentado, raquítico y enfermo. Muchas palabras se ahorrarían si antes de toda discusión se comenzara por decir: en el principio está la miseria, colectiva y permanente, inmensa. La simple y estúpida miseria biológica, el hambre crónica de todo un pueblo, la subalimentación y la enfermedad. Naturalmente, de lejos, todo esto es un poco abstracto y sería precisa una imaginación alucinante. Recuerdo un día en que el autocar de la Tunecina de Transportes, que nos llevaba hacia el Sur, se detuvo en medio de una multitud cuyas bocas sonreían, pero

cuyos ojos, casi todos los ojos, miraban hacia las mejillas, mientras yo buscaba desazonado una mirada sin tracoma donde poder descansar la mía. Y la tuberculosis, y la sífilis, y esos cuerpos esqueléticos y desnudos que se pasean entre las sillas de los cafés, como muertos vivos, pegajosos como moscas, las moscas de nuestros remordimientos...

—¡Ah! —exclama nuestro interlocutor—. ¡Esa miseria existía! ¡Estaba cuando llegamos!

Es cierto. Pero ¿cómo un sistema social así, que perpetúa miserias parecidas —suponiendo que no las cree— podría mantenerse mucho tiempo? ¿Cómo puede alguien atreverse a comparar las ventajas e inconvenientes de la colonización? ¿Qué ventajas, aunque fueran mil veces mayores, podrían hacer admitir tales catástrofes, interiores y exteriores?

III

LAS DOS RESPUESTAS DEL COLONIZADO

¡Ah! ¡Los cuerpos y las caras del colonizado no son hermosos! No se sufre impunemente la carga de tal desgracia histórica. Si el rostro del colonizador es el odioso del opresor, el de su víctima no expresa ciertamente ni la calma ni la armonía. El colonizado no existe, según el mito colonialista; pero de todas maneras se le puede reconocer. Ser de opresión es fatalmente un ser de carencia.

¿Cómo creer, después de todo esto, que pueda llegar a resignarse? ¿Cómo puede aceptar la relación colonial y la imagen de sufrimiento y desprecio que le corresponde? En todo colonizado hay una exigencia fundamental de cambio. Y el desconocimiento del hecho colonial, o la ceguera interesada, tiene que ser inmensa para ignorarlo. Para afirmar, por ejemplo, que la reivindicación colonizada es obra de unos pocos: intelectuales o ambiciosos, movidos por el despecho o el interés personal. Buen ejemplo de proyección, dicho sea de paso: explicación de los demás por el interés, dada por quienes no tienen otra motivación que el interés. El desacuerdo colonizado es asimilado a un fenómeno superficial, mientras que deriva de la misma naturaleza de la situación colonial.

Es cierto que el burgués sufre más por el bilingüismo y que el intelectual vive más intensamente la escisión cultural. El analfabeto está sencillamente encerrado en su lengua, rumiando migajas de cultura oral. Es cierto que aquellos que comprenden su suerte se vuelven impacientes y no soportan ya la colonización. Pero son los mejores quienes sufren y se rebelan y no hacen sino expresar la desgracia común. Si no fuera así, ¿por qué se les escucha tan pronto y se les comprende y obedece tan bien?

Si se ha elegido comprender el hecho colonial, hay que admitir que es inestable, que su equilibrio está amenazado sin cesar. Se puede pactar con cualquier situación y el colonizado puede esperar durante mucho tiempo antes de vivir. Pero antes o después, más o menos violentamente, algún día, se pondrá a rechazar su existencia invivible por un gran movimiento de su personalidad oprimida.

Intentará sucesiva o paralelamente las dos salidas históricamente posibles. Tratará *de convertirse en otro* o *de reconquistar todas sus dimensiones*, mutiladas por la colonización.

EL AMOR POR EL COLONIZADOR Y EL ODIO HACIA SI MISMO

El primer intento del colonizado es cambiar de condición cambiando de piel. Encuentra un modelo tentador e inmediato: precisamente el del colonizador. Este no sufre ninguna de sus carencias, tiene todos los derechos, goza de todos los bienes y se

beneficia de todos los prestigios. Dispone de honores y riquezas, de la autoridad y la técnica. Es el otro término de la comparación, que aplasta al colonizado y le mantiene en la servidumbre. La primera ambición del colonizado será alcanzar ese modelo prestigioso y asemejársele hasta el punto de confundirse con él.

De esta conducta, que presupone efectivamente la admiración hacia el colonizador, se ha deducido una supuesta aprobación de la colonización. Pero, por una dialéctica evidente, en el momento en que el colonizado pacta más con su destino, se niega a sí mismo con mayor tenacidad. Es decir, rechaza de otra manera la situación colonial. El rechazo de sí mismo y la estima por el otro son rasgos comunes a todo candidato a la asimilación. Y los dos componentes de este intento de liberación están fuertemente ligados: el amor por el colonizador está cimentado sobre un complejo de sentimientos que van desde la vergüenza hasta el odio hacia sí mismo.

La exageración de esa sumisión al modelo es ya muy reveladora. La mujer rubia, aunque sea sosa y de facciones desafortunadas, parece siempre superior a la morena. Un producto fabricado por el colonizador, una palabra suya, son recibidos siempre con confianza. Sus costumbres, sus ropas, sus comidas son copiadas literalmente, aunque sean incongruentes. El matrimonio mixto es la última expresión de esa tendencia entre los más osados.

La admiración por los valores colonizadores no sería tan sospechosa si no implicara tal contrapar-

tida. El colonizado no intenta sólo enriquecerse con las virtudes del colonizador. Se encarniza en empobrecerse y en arrancarse de sí mismo en nombre de aquello en que quiere convertirse. Volvemos a encontrarnos, desde otro ángulo, con un rasgo que ya nos es familiar. El aplastamiento del colonizado es parte de los valores colonizadores. Cuando el colonizado adopta esos valores, acepta también su propia condena. Para liberarse, al menos así lo cree, admite su propia destrucción. El fenómeno es comparable a la negrofobia de los negros o al antisemitismo de los judíos. Las negras se desesperan desrizándose el pelo, que se les vuelve a rizar infaliblemente, y se torturan la piel para blanquearla un poco. Muchos judíos se arrancarían el alma si pudieran, un alma irremediablemente mala, como se les ha enseñado. Se ha explicado al colonizado que su música son maullidos de gato y su pintura jarabe de azúcar. El repetirá que su música es vulgar y su pintura desastrosa. Y si esa música le afecta de todas maneras y le conmueve más que los sutiles ejercicios occidentales, a los que encuentra fríos y complicados; si esa unión de colores cantarines y ligeramente ebrios le alegra la vista, es a pesar suyo. Se indigna contra sí mismo y se esconde ante los extranjeros, o afirma una repugnancia tan fuerte que resulta cómica. Las mujeres de la burguesía prefieren la más burda pieza de bisutería procedente de Europa a la joya más pura de su propia tradición. Y son los turistas los que se maravillan ante los productos de la artesanía secular. En suma, negro, judío o colonizado, hay que asemejarse lo

más posible al blanco, al no judío, al colonizador. Igual que mucha gente evita exhibir a sus parientes pobres, el colonizado empeñado en la asimilación oculta su pasado, sus tradiciones y todas sus raíces, ahora infamantes.

IMPOSIBILIDAD DE LA ASIMILACION

Esas convulsiones internas y esas contorsiones hubieran podido tener un fin. Al cabo de un largo proceso, doloroso y conflictual, el colonizado hubiera podido confunidrse con los colonizadores. No hay problema alguno que no pueda ser resuelto por el desgaste de la historia. Es cuestión de tiempo y de generaciones. Siempre a condición de que no contenga en sí elementos contradictorios. Pues bien: *en el marco colonial la asimilación ha resultado imposible.*

El aspirante a la asimilación llega casi siempre a cansarse del precio exorbitante que tiene que pagar, y del que no termina nunca de eximirse. Descubre así, horrorizado, el sentido *completo* de su intento. Es dramático el momento en que se da cuenta que ha hecho suyas las acusaciones y condenas del colonizador, que se ha acostumbrado a mirar a los suyos con los ojos del fiscal. Estos no dejan de merecer reproches ni de tener defectos, ciertamente. Hay fundamentos objetivos en su impaciencia para con ellos y sus valores; casi todo es caduco, ineficaz o irrisorio en ellos. ¡Pero, bueno! ¡Son los suyos y él es, no ha dejado profundamente

jamás de ser uno de ellos! Esos ritmos en equilibrio desde hace siglos, esa comida que le llena tan bien la boca y el estómago, son también las suyas, son él mismo. ¿Debe sentir vergüenza toda su vida de lo más real que hay en él? ¿De lo único que no ha tomado prestado? ¿Tiene que encarnizarse en la negativa de sí mismo? Además, ¿podrá soportarla? ¿Su liberación tiene necesariamente que implicar una agresión sistemática hacia sí mismo?

Sin embargo, la mayor imposibilidad es otra. Pronto la descubre: aunque consienta en todo, no estará salvado. Para asimilarse no basta con despegarse de su grupo, hay que penetrar en otro; pero *se encuentra con el rechazo del colonizador*.

Al esfuerzo obstinado del colonizado por superar el desprecio (que merecen su atraso, su debilidad, su otreidad, tiene que admitirlo), a su sumisión admirativa, a su empeño aplicado de confundirse con el colonizador, de vestirse igual que él, de hablar y comportarse como él, incluso en sus tics y en su manera de cortejar a las mujeres, el colonizador opone un segundo desprecio: *la ridiculización*. Afirma y explica al colonizad que esos esfuerzos son inútiles y que sólo le otorgan un rasgo complementario: el ridículo. Pues nunca llegará a identificarse con él, ni siquiera a reproducir correctamente su papel. En el mejor de los casos, si no quiere herir demasiado al colonizado, el colonizador utilizará toda su metafísica caracteriológica. Los temperamentos de los pueblos son incompatibles; en cada gesto subyace el alma entera de la raza, etc. Más brutalmente, llegará a decir que el colonizado

sólo es un mono. Y cuanto más sutil es el mono, cuanto mejor imita, más se solivianta el colonizador. Con la precisión y el olfato agudizado que desarrolla la malevolencia, rastreará el matiz revelador en las ropas y el lenguaje, la «falta de gusto» que siempre se acaba por descubrir. Un hombre a caballo entre dos culturas difícilmente está bien sentado, y es lógico que el colonizado no encuentre siempre el *tono* exacto.

Se recurre a todo lo imaginable para que el colonizado no pueda dar el salto, para que comprenda y admita que ese camino no tiene salida y que la asimilación es imposible.

Lo que hace bien inútiles los lamentos de los humanistas metropolitanos e injustos sus reproches hacia el colonizado. ¿Cómo se atreve a rehusar, afirman sorprendidos, esa generosa síntesis en la que no puede sino ganar? *Es el colonizado el primero que desea la asimilación y es el colonizador quien se la niega.*

Hoy día, en el ocaso de la colonización, hombres tardíamente bienintencionados se preguntan si la asimilación no habrá sido la gran ocasión desperdiciada por los colonizadores y las metrópolis. ¡Ah! ¡Si hubiéramos querido! ¿Una Francia, sueñan, de cien millones de franceses? No está prohibido, y a menudo puede ser consolador, reimaginar la Historia, a fin de descubrir otro sentido, otra coherencia oculta. ¿Hubiera sido posible la asimilación?

Habría podido serlo, tal vez, en otro momento de la historia del mundo. En las condiciones de la

colonización contemporánea parece que no. Tal vez se trata de una catástrofe histórica que debemos deplorar juntos. Pero no sólo ha fracasado, sino que ha parecido imposible a todos los interesados.

En definitiva, su fracaso no se puede atribuir sólo a los prejuicios del colonizador, ni siquiera al retraso de los colonizados. La asimilación, lograda o fracasada, no es la única cosa de buenos sentimientos o de psicología. Una serie suficientemente amplia de coyunturas afortunadas han conseguido prácticamente desaparecer en el grupo colonizador. Está claro, sin embargo, que un drama colectivo no podrá ser resuelto nunca a base de soluciones individuales. El individuo desaparece con su descendencia, y el drama del grupo continúa. Para que la asimilación colonizada tuviera un alcance y un sentido tendría que afectar a un pueblo entero; es decir, *toda la condición colonial* debería verse modificada. Pero, lo hemos demostrado suficientemente, la condición colonial sólo puede cambiarse por la *supresión de la relación colonial*.

Recuperamos la relación fundamental que une nuestros dos retratos, dinámicamente engranados el uno en el otro. Comprobamos una vez más que es inútil pretender actuar sobre uno u otro sin operar sobre esta relación, es decir, sobre la colonización. Decir que el colonizador debería aceptar de buen talante la asimilación y, por tanto, la emancipación del colonizado *es escamotear la relación colonial*. Como presuponer que pueda proceder por sí mismo a una transformación total de la situación: a la condena de los privilegios coloniales; a los derechos

exorbitantes de los colonos y los industriales; a pagar humanamente la mano de obra colonizada; a la promoción jurídica, administrativa y política de los colonizados; a la industrialización de la colonia... En suma, al fin de la colonia como tal colonia, al fin de la metrópoli como tal metrópoli. Sencillamente, se invita al colonizador a terminar consigo mismo.

En las condiciones contemporáneas de la colonización, *asimilación y colonización son términos contradictorios*.

LA REBELION...

¿Qué le queda por hacer al colonizado? No pudiendo salir de su condición con el asentimiento y la complicidad del colonizador, intentará liberarse de él: se rebelará.

Lejos de sorprendernos de las rebeliones colonizadas, tendríamos que llenarnos de asombro de que no sean más frecuentes y más violentas. En verdad, el colonizador se cuida de evitarlo: permanente esterilización de las minorías, destrucción periódica de las que llegan a surgir a pesar de las precauciones, mediante la corrupción y la opresión policíaca; aborto por provocación de todo movimiento popular, y aplastamiento brutal y rápido de los mismos. Hemos señalado también la duda del mismo colonizado, la insuficiencia y la ambigüedad de una agresividad de vencido que admira a su vencedor. Su esperanza siempre tenaz en que el enorme poder

del colonizador acabaría por alumbrar una gran fuente de bienes.

Pero la rebeldía es la única salida a la situación colonial que no sea un engaño, y esto, el colonizado lo descubre antes o después. Su sujeción es absoluta y exige una solución absoluta; una ruptura y no un compromiso. Ha sido arrancado a su pasado y paralizado en su porvenir, sus tradiciones agonizan mientras él pierde la esperanza de adquirir una nueva cultura; carece de lengua, de bandera, de técnica, de existencia nacional o internacional, de derechos y de deberes: *ya no posee nada, no es nada ni espera nada.* Además, la solución es cada día más urgente, cada día necesariamente más radical. El mecanismo de anonadamiento del colonizado, accionado por el colonizador, no puede sino agravarse cada día. Cuanto más aumenta la opresión, más necesidad tiene el colonizador de una justificación, más tiene que envilecer al colonizado, más culpable se siente, más tiene que justificarse, etc. ¿Cómo escapar si no es por la *ruptura,* por el estallido, cada día más explosivo, de este *círculo* infernal? La situación colonial, por su propia fatalidad interior, provoca la rebelión. Porque la condición colonial no es susceptible de arreglo; como una cadena, sólo puede ser rota.

... Y EL RECHAZO DEL COLONIZADOR

Asistimos entonces a una verdadera inversión de los términos. Abandonada la asimilación, la libera-

ción del colonizado tendrá que efectuarse mediante la reconquista de sí mismo y de una dignidad autónoma. El impulso de atracción hacia el colonizador exigía en última instancia un rechazo de sí mismo. El rechazo del colonizador será el preliminar indispensable a la recuperación de sí mismo. Hay que desembarazarse de esa imagen acusadora y aniquilante, hay que atacar de frente a la opresión, ya que es imposible escapar a ella. Después de haber sido tan largamente rechazado por el colonizador, llega al fin la hora en que es el colonizado quien rechaza al colonizador.

Esta inversión no es, sin embargo, absoluta. No hay ni una voluntad sin reservas de asimilación ni un rechazo total del modelo. En lo más rabioso de su rebelión, el colonizado conserva las lecciones y el aprendizaje de una tan larga cohabitación. Del mismo modo que la sonrisa o las costumbres musculares de una vieja esposa recuerdan curiosamente a las del marido, aun en el momento del divorcio. De ahí una paradoja (citada como prueba decisiva de ingratitud): el colonizado reivindica y lucha en nombre de los mismos valores del colonizador, utiliza sus técnicas de pensamiento y sus métodos de combate. (Hay que añadir que es el único lenguaje que el colonizador comprende.)

Pero en lo sucesivo el colonizador se ha convertido sobre todo en negatividad, mientras que antes era primordialmente positividad. Sobre todo se ha *decidido* como negatividad toda actitud activa del colonizador. En todo momento se le pone en duda, en su cultura y en su vida, y con él todo lo que

representa, incluida, por supuesto, la Metrópoli. Es sospechoso, saboteado, combatido en el menor de sus actos. El colonizado se pone a preferir rabiosa y ostensiblemente los coches alemanes, las radios italianas, los frigoríficos americanos; abandonará el tabaco si lleva un sello colonizador. Medios de presión y castigo económico, pero también ritos de sacrificio de la colonización. Hasta llegar a los días atroces en que la furia del colonizador o la exasperación del colonizado culminan en odio y se descargan en hechos de sanguinaria demencia. Después continúa la existencia cotidiana, un poco más dramatizada, un poco más irremediablemente contradictoria.

Hay que situar en este contexto la xenofobia e incluso un cierto racismo del colonizado.

Considerando en bloque como *ellos, ellos* y *los demás,* diferentes desde todos los puntos de vista, homogeneizado en una radical heterogenidad, el colonizado reacciona rechazando en bloque a todos los colonizadores. Y aún, a veces, a todos los que se le asemejan, a todos los que no son oprimidos como él. La distinción entre el hecho y la intención no tiene una gran relevancia en la situación colonial. *Para el colonizado, todos los europeos de las colonias son colonizadores de hecho.* Y lo quieran o no, lo son de algún modo: por su situación económica de privilegiados, por su adhesión al sistema político de la opresión, por su participación en un complejo afectivo que niega al colonizado. Por otra parte, en última instancia, los europeos de Europa son colonizadores en potencia: sólo les

queda desembarcar. Tal vez incluso se aprovechan de la colonización. Son solidarios o al menos cómplices inconscientes de esa gran agresión colectiva de Europa. Con intención o sin ella, contribuyen con todo su peso a perpetuar la opresión colonial. En suma, si la xenofobia y el racismo consisten en culpar globalmente a todo un grupo humano, en condenar de antemano a cualquier individuo de ese grupo, atribuyéndole un ser y un comportamiento irremediablemente determinado y nocivo, el colonizado es efectivamente xenófobo y racista; ha llegado a serlo.

Todo racismo y toda xenofobia son mixtificaciones de uno mismo y agresiones absurdas e injustas a los demás. Incluidos los del colonizado. Con mayor razón cuando se extienden más allá del colonizador a todos los que no son estrictamente colonizados; por ejemplo, cuando puede llegar a alegrarse de la desgracia de otro grupo humano sólo porque no está esclavizado. Pero al mismo tiempo hay que observar que el racismo del colonizado es el resultado de una mixtificación más amplia: la mixtificación colonialista.

Considerado y tratado marginadamente por el racismo colonialista, el colonizado termina por aceptarse separado, por aceptar esa división maniqueísta de la colonia y, por extensión, del mundo entero. Excluido definitivamente de la mitad del universo, ¿cómo dejaría de pensar que esa mitad ratifica su condena? ¿Cómo no va a juzgarla y condenarla por su parte? El racismo colonizado no es, en resumen, ni biológico ni metafísico, sino social e histórico.

No está fundado en el convencimiento de la inferioridad del grupo detestado, sino sobre la certidumbre y, en una gran medida, sobre la constatación de que es definitivamente agresor y dañino. Aún más: si el moderno racismo europeo detesta y desprecia aquello que no teme, el del colonizado teme y sigue admirando. No es un racismo de agresión, sino de defensa. De manera que debería ser relativamente fácil desmontarlo. Las escasas voces europeas que se han levantado estos últimos años para negar la exclusión, la radical inhumanidad del colonizado, han sido más positivas que todas las obras de caridad o filantrópicas, donde la segregación se mantiene subyacente. Por eso se puede sostener una aparente barbaridad: aunque la xenofobia y el racismo de los colonizados contengan, probablemente, un inmenso resentimiento y una evidente negatividad, puede ser la primera instancia de un movimiento positivo: la recuperación del colonizado para sí mismo.

LA AFIRMACION DE SI MISMO

Pero, en su origen, la reivindicación colonizada adopta ese gesto diferencial y replegado sobre sí mismo: está delimitada y condicionada estrechamente por la situación colonial y las exigencias del colonizador.

El colonizado se acepta y se afirma, se reivindica apasionadamente. Pero ¿quién es? Probablemente no el hombre en general, portador de valores

universales, comunes a todos los hombres. Precisamente, se ha visto excluido de esa universalidad tanto en un plazo verbal como de hecho. Por el contrario, se ha buscado y exagerado, hasta convertirlo en algo sustantivo, aquello que le diferencia de los demás hombres. Se le ha enseñado con orgullo que no podría llegar a asemejarse a los otros hombres; se le ha acorralado con desprecio en aquella parte suya que no sería asimilable por los demás hombres. ¡Muy bien! De acuerdo. Es y será precisamente ese hombre. Con la misma pasión con que admiraba y absorbía Europa, afirmará ahora sus diferencias. Ya que esas diferencias le constituyen, constituyen propiamente su esencia.

Entonces, el joven intelectual que había roto con la religión, al menos interiormente, y que comía durante el Ramadán, se pone a ayunar, ahora ostentosamente. El, que consideraba los ritos como inevitables servidumbres familiares, los reincorpora en su vida social y les otorga un espacio en su concepción del mundo. Para utilizarlos mejor, busca nuevas explicaciones para los mensajes olvidados y los adapta a las exigencias actuales. Asimismo descubre que el elemento religioso no es sólo una tentativa de comunicación con lo invisible, sino también un extraordinario lugar de comunión para todo su grupo. El colonizado, sus jefes e intelectuales, tradicionalistas y liberales, todas las clases sociales, pueden confluir en ella, y así reconstruir, verificar y recrear su unidad. Ciertamente, hay un riesgo muy considerable de que el medio se convierta en fin. Prestando tanta atención a los viejos

mitos, rejuveneciéndolos, los revivifica peligrosamente. Resurgen con una fuerza tan insospechada que escapan a las intenciones limitadas de los jefes colonizados. Se produce una verdadera renovación religiosa. Puede suceder incluso que el aprendiz de brujo, intelectual o burgués liberal a quien el laicisno parecía la precondición de todo progreso intelectual y social, recupere el gusto por esas tradiciones tan desdeñadas...

Todo esto, que puede parecer tan importante para los ojos de un observador exterior, y que tal vez lo sea para la salud general de un pueblo, es en el fondo secundario para el colonizado. En lo sucesivo, habrá descubierto el principio motor de su acción, que ordena y valora a los demás: hay que afirmar a su pueblo y afirmarse junto a él. Y la religión es uno de los elementos constitutivos de ese pueblo. Uno de los principios fundamentales de la conferencia de Bandung, ante el asombro avergonzado de la gente de izquierda del mundo entero, fue la religión.

Igualmente, el colonizado no conoce ya su lengua más que bajo la forma de un habla indigente. Para salir de lo cotidiano y afectivo más elemental tenía que recurrir a la lengua del colonizado. Al retornar a un destino autónomo y separado retorna también a su propia lengua. Se le señala irónicamente que el vocabulario es limitado y la sintaxis pobre, que sería ridículo escuchar en ella un curso superior de matemáticas o de filosofía. El mismo colonizador de izquierda se asombra de esa impa-

ciencia, de ese desafío inútil, finalmente más costoso para el colonizado que para el colonizador. ¿Por qué no seguir empleando las lenguas occidentales para descubrir los motores o enseñar lo abstracto?

Aquí también existen en lo sucesivo para el colonizado otras urgencias que las matemáticas y la filosofía, e incluso que la técnica. Hay que devolver a ese movimiento de redescubrimiento de todo un pueblo el instrumento más apropiado, el que recorre el camino más corto hasta su alma, porque viene directamente de ella. Y ese camino es el de las palabras de amor y de ternura, de cólera y de indignación, el de las palabras que emplea el alfarero hablando a sus vasijas, el que emplea el zapatero cuando habla a sus zapatos. Y después, la enseñanza y la literatura y las ciencias. Este pueblo ha aprendido bastante a esperar... ¿Es seguro, además, que ese lenguaje, hoy balbuciente, no pueda ampliarse y enriquecerse? Gracias a él ya puede descubrir tesoros olvidados y vislumbrar una posible continuidad con un pasado no despreciable... ¡Entonces, basta de dudas y de términos medios! Al contrario, hay que saber romper, hay que saber echarse para adelante. Elegirá incluso la mayor dificultad. Llegará hasta prohibirse las comodidades suplementarias de la lengua colonizadora, la reemplazará tan a menudo y tan pronto como pueda. Entre el habla popular y la lengua culta elegirá la culta, aun a riesgo de hacer incómoda la comunión buscada. Lo importante ahora es reconstruir a su pueblo, sea cual sea su verdadera naturaleza; rehacer

su unidad, comunicarse con él y sentirse miembro suyo.

Sea cual sea el precio que tenga que pagar el colonizado, y contra quien sea, si hace falta. Así, será nacionalista y no internacionalista. Por supuesto que haciendo esto corre el riesgo de incurrir en exclusivismo y patrioterismo, de oponer la solidaridad nacional a la solidaridad humana, e incluso la solidaridad étnica a la solidaridad nacional. Pero esperar del colonizado (que ha sufrido tanto de no existir por sí mismo) que esté abierto al mundo, que sea internacionalista y humanista, parece un disparate cómico. Mientras se concentra todavía en serenarse, en mirarse con asombro, en reivindicar apasionadamente su lengua... en la del colonizador.

Es también notable que cuanto más se haya aproximado al colonizador tanto mayor será la vehemencia de su afirmación. ¿Es una casualidad que tantos jefes colonizados hayan contraído matrimonis mixtos? ¿Es un azar si el jefe tunecino Burguiba, si los líderes argelinos Messali Hadj y Ferhat Abbas y tantos otros nacionalistas, que han consagrado su vida a guiar a los suyos, se han casado con mujeres colonizadoras? Habiendo participado de la experiencia del colonizador hasta los límites de lo posible, hasta encontrarla invivible, se han replegado a sus bases de partida. El que nunca ha salido de su país y abandonado a los suyos, nunca llegará a saber hasta qué punto les está apegado. Ahora saben que su salvación coincide con la de su pueblo y que tienen que mantenerse lo más cerca posible de él y de sus tradiciones. Y cabe añadir,

conocen la necesidad de justificarse ante él, de recuperarse por una sumisión completa.

LAS AMBIGÜEDADES DE LA AFIRMACION DE SI MISMO

Es fácil ver las ambigüedades de esta recuperación de sí mismo al mismo tiempo que su necesidad. Si la rebelión del colonizado es en sí una actitud clara, su contenido puede ser turbio, porque es el resultado inmediato de una situación poco limpia: la situación colonial.

1) Recogiendo el desafío de la exclusión, el colonizado se acepta como separado y diferente; pero *su originalidad es la delimitada y definida por el colonizador*.

Por tanto, se trata de religión y tradición, incapacidad ante la técnica, una particular esencia a la que se denomina oriental, etc. Sí; eso es, concede. Un autor negro se ha esforzado en explicarnos que la *naturaleza* de los negros, los suyos, no es compatible con la civilización mecánica. Y lo decía con un curioso orgullo. Sin duda provisionalmente, el colonizado admite como suya esa imagen de sí mismo que el colonizador le propone e impone. Vuelve a sí mismo, pero *continúa suscribiendo la mixtificación colonizadora*.

Ciertamente no le lleva a ello un puro proceso ideológico, porque no es únicamente *definido* por el colonizador: su situación es *creada* por la colonización. Es patente que se identifica con un pueblo lleno de carencias, en cuerpo y espíritu y en el

mismo ánimo. Vuelve a una historia poco gloriosa y socavada por espantosos vacíos, a una cultura moribunda que había pensado abandonar, a tradiciones congeladas y a una lengua herrumbrosa. La herencia que ha acabado por aceptar tiene un pasivo como para desanimar a cualquiera. Tiene que avalar los billetes y las deudas, y las deudas son numerosas e importantes. Por otra parte, las instituciones de la colonia no fucionan directamente para él. El sistema educativo sólo le favorece de rebote. Los caminos se abren a sus pies sólo como puros regalos.

Pero le parecerá necesario aceptar esas prohibiciones y mutilaciones para llegar hasta el fin de su rebelión. Se prohibirá el uso de la lengua colonizadora, aunque sepa que todas las cerraduras del país funcionan con esa llave; cambiará los letreros y los mojones kilométricos, aun cuando él sea el primer desorientado. Preferirá un largo período de vacilaciones pedagógicas antes que mantener en sus puestos a los cuadros escolares del colonizador. Se trata de una reacción impulsiva, de una profunda protesta. Así ya no deberá nada al colonizador, habrá roto definitivamente con él. Pero existe también la convicción confusa y mixtificadora de que todo *aquello pertenece al colonizador y no es apropiado para el colonizado:* justamente, lo que el colonizador ha dicho siempre. En suma, el colonizado en rebeldía comienza por *aceptarse y quererse como negatividad*.

2) Esta negatividad, convirtiéndose en un elemento esencial de la recuperación de sí mismo y

de su combate, será afirmada y glorificada hasta lo absoluto. No sólo aceptará sus arrugas y sus llagas, sino que además las proclamará hermosas. Asegurándose a sí mismo, proponiéndose ante el mundo en lo sucesivo tal y como es, difícilmente puede plantear al mismo tiempo su propia crítica. Aunque sepa rechazar con violencia al colonizador y a la colonización, no puede despedirse de aquello que realmente es y de lo que ha adquirido desastrosamente a lo largo de la colonización. Se propone por entero y se confirma globalmente; es decir, como ese colonizado en que se ha convertido pese a todo. De golpe, exactamente a la inversa de la acusación colonialista, el colonizado, su cultura, su país, todo lo que le pertenece y todo lo que representa, se convierten en *perfecta positividad*.

Vamos a encontrarnos, en definitiva, frente a una *contramitología*. Al mito negativo impuesto por el colonizador sucede un *mito positivo* de sí mismo, propuesto por el colonizado. Igual que existe, al parecer, un mito positivo del proletariado opuesto al negativo. Escuchando al colonizado, y a menudo a sus amigos, todo es bueno; hay que conservarlo todo: las costumbres y las tradiciones, los actos y los proyectos, incluso la anacrónico o lo caótico, lo inmoral y lo erróneo. Todo está justificado porque todo tiene una explicación.

La afirmación de sí mismo del colonizado, nacida de una protesta, sigue definiéndose en relación a aquélla. *En plena rebeldía, el colonizado sigue pensando, sintiendo y viviendo contra y, por tanto, en relación al colonizador y a la colonización.*

3) El colonizado intuye todo esto, lo revela en su conducta, lo confiesa a veces. Dándose cuenta de que sus actitudes son esencialmente reactivas, se ve afectado por la mayoría de los azotes de la mala fe.

Inseguro de sí mismo, se entrega a la embriaguez y a la furia de la violencia. Inseguro de la necesidad del regreso al pasado, lo reafirma agresivamente. Inseguro de poder convencer a los demás, los provoca. A la vez provocador y susceptible, en lo sucesivo exhibe sus diferencias, se niega a que nadie deje de tenerlas presentes y se indigna cuando alguien se refiere a ellas. Sistemáticamente desconfiado, presupone intenciones hostiles en su interlocutor, ocultas si no son expresas, y reacciona en función de ellas. Exige de sus mejores amigos una aprobación sin límites, aun de aquello de que duda y que él mismo condena. Frustrado durante tanto tiempo por la historia, reclama tan imperiosamente que está siempre inquieto. Deja de conocer lo que se debe a sí mismo y lo que puede pedir, lo que los otros le deben verdaderamente y lo que tiene que pagar a su vez; la medida exacta, en suma, de todo el comercio humano. Complicando y estropeando de antemano sus relaciones humanas, ya tan difíciles a causa de la historia. «¡Ah! ¡Están enfermos!», escribía otro autor negro. «¡Todos están enfermos!»

Así es el drama del hombre-producto y víctima de la colonización: no llega casi nunca a coincidir consigo mismo.

La pintura colonizada, por ejemplo, oscila entre dos polos: una sumisión a Europa, llevada hasta la impersonalidad, y una vuelta a sí misma, tan violenta que resulta dañina y estéticamente ilusoria. De hecho, no se recupera el equilibrio, y continúa, por tanto, la duda sobre sí mismo. Durante la rebelión, el colonizado no deja de referirse al colonizador como modelo o antítesis, igual que antes. Sigue debatiéndose contra él. Estaba escindido entre lo que era y lo que quería ser, y ahora está escindido entre lo que quería ser y en lo que ahora se está convirtiendo. Pero se mantiene el doloroso desfase de sí mismo.

Para que sea posible la curación completa del colonizado hace falta que cese completamente su alienación: hay que esperar la desaparición *completa* de la colonización, incluido el tiempo de la rebelión.

CONCLUSION

Sé muy bien que el lector espera ahora soluciones; después del diagnóstico reclama la medicación. En realidad, ése no era mi primer propósito, y el libro tenía que terminar aquí. Ni siquiera lo había imaginado como una obra de combate; tampoco como una investigación de soluciones: ha nacido como una reflexión sobre un fracaso aceptado.

Para muchos de nosotros, que rechazamos la imagen de Europa en la colonia, no se trataba en absoluto de rechazar Europa por entero. Sólo queríamos que reconociera nuestros derechos, estando dispuestos a cumplir con nuestros deberes, ya bien satisfechos en casi todos los casos. Deseábamos, en suma, un sencillo *arreglo* de nuestra situación y de nuestras relaciones con Europa. Con un asombro doloroso hemos descubierto lentamente, y comprobado, que era una esperanza ilusoria. He querido comprender y explicar el porqué. Mi primera intención era únicamente reproducir de una manera *completa y verdadera* los retratos de los dos protagonistas del drama colonial y la relación que los vincula.

Me parecía que nunca se había mostrado *la coherencia y la génesis* de cada papel: la génesis del

uno por el otro y la coherencia de la *relación colonial;* la génesis de la relación colonial a partir de la *situación colonial.*

Después, ya en el camino, he descubierto de repente la *necesidad* de esa relación, la necesidad de sus consecuencias, y los necesarios rasgos con que marcaba al colonizador y al colonizado. En suma, la lectura completa y atenta de estos dos retratos y de esta situación me ha forzado a la siguiente conclusión: *ese arreglo no podía realizarse porque era imposible.* La colonización contemporánea llevaba en el interior su propia contradicción, que, antes o después, tenía que hacerla morir.

Entiéndase bien: no se trata de un *deseo,* sino de una *certidumbre.* La confusión de estos dos conceptos me parece demasiado frecuente en la actualidad y demasiado perniciosa. Y, sin embargo, es una separación radical, para todo pensamiento serio y objetivo, de las proyecciones sentimentales y de los trucos demagógicos a los que se entregan demasiado habitualmente los políticos, sin darse, digamos, demasiada cuenta de sus descargas. Naturalmente, no hay fatalismo en política: a menudo resulta posible rectificar una situación. Pero justamente sólo en la medida en que el deseo no sobrepase las exigencias de la certidumbre objetiva. Y lo que aparece al término de este itinerario —si es que los dos retratos son semejantes a la realidad de sus modelos— es que resulta imposible el mantenimiento de la situación colonial porque no es susceptible de arreglo o reforma.

Ocurre simplemente que toda clarificación es, en

último término, eficaz, y toda verdad es, en definitiva, útil y positiva, aunque no fuera más que para aventar las ilusiones. Y ello es aquí evidente si se piensa en los desesperados esfuerzos de Europa por salvar la colonización, tan costosa para ella como para los colonizados.

¿Añadiré que, una vez realizada esta clarificación y admitida la dura realidad, las relaciones de Europa con sus antiguas colonias deben ser reconsideradas? ¿Que es importante para todos nosotros descubrir una manera nueva de vivir esas relaciones, al margen de los abandonados patrones coloniales? Me cuento entre aquellos para quienes la restauración de un orden nuevo con Europa supone la recuperación del orden en sí mismos.

* * *

Dicho esto, sigo deseando que el lector diferencie este *balance* humano de la colonización de las lecciones que pienso pueden ser sacadas. Sé muy bien que voy a tener a menudo que pedir que se me lea antes de refutarme. Deseo todavía pedir otro esfuerzo: que aun quien se oponga de antemano a las enseñanzas de esta investigación no se niegue a esa precaución metodológica, pero saludable. Entonces podrá verse si es oportuno admitir la corrección de las siguientes conclusiones:

1.ª Resulta, en definitiva, que el colonizador es una enfermedad del europeo de la que éste debe quedar *completamente* curado y preservado. Hay, ciertamente, un drama real del colonizador, que

sería injusto y absurdo subestimar. Porque su curación implica una terapéutica difícil y dolorosa, una renuncia y una reordenación de sus actuales condiciones de existencia. Pero ya se ha visto que hay un drama todavía más grave si la colonización continúa.

La colonización no podía sino desfigurar al colonizador. Le colocaba ante una alternativa cuyas salidas eran exactamente igual de desastrosas: entre la injusticia cotidiana aceptada en beneficio propio o su sacrificio necesario y nunca consumado. Tal es la situación del colonizador: si se acepta, se pudre, y si se rechaza, se niega.

El papel de colonizador de izquierda no se puede sostener por mucho tiempo; es invivible. No puede ser sino mala conciencia y desgarramiento, y mala fe si se perpetúa. Siempre al borde de la tentación, de la vergüenza y, en definitiva, culpable. El análisis de la situación colonial por el colonialista, la conducta que se desprende, son más coherentes y probablemente más lúcidos: *porque ha obrado siempre, precisamente, como si el arreglo fuera imposible*. Comprendiendo que toda concesión le amenazaba, confirma y defiende absolutamente el hecho colonial. Pero ¿qué privilegios, qué ventajas materiales merecen que se condene al alma por ellas? En suma, si la aventura colonial es gravemente dañina para el colonizado, sólo puede ser altamente deficitaria para el colonizador.

No nos hemos tomado muchas molestias en imaginar transformaciones, dentro del sistema colonial,

que pudieran mantener las ventajas adquiridas por el colonizador, preservándole de sus desastrosas consecuencias. Sólo que olvidaríamos que la naturaleza de la relación colonial deriva directamente de sus ventajas. Dicho de otra manera: o la situación colonial se mantiene y sus efectos continúan, o desaparece junto con la relación colonial y el colonizador. Así se llega a dos formulaciones: radical en el mal la primera y en el bien la segunda, o al menos hay quien así lo cree: la exterminación del colonizado o su asimilación.

No hace tanto tiempo que Europa ha descartado la idea de la posibilidad de exterminar totalmente a un grupo colonizado. Una broma, medio seria, medio chistosa, como todas las bromas, afirmaba, refiriéndose a Argelia: «Sólo hay nueve argelinos por cada francés...; bastaría con dar a cada francés un fusil y nueve balas.» Se evoca el ejemplo americano. Aunque es cierto que la famosa epopeya nacional del *Far-West* se parece mucho a una matanza sistemática, por otro lado ya no hay problema piel roja en Estados Unidos. Pero la exterminación no salvaría la colonización, más bien al contrario. La colonización es antes que nada una explotación económico-política. Si se suprime al colonizado, la colonia se convertiría en un país cualquiera; pero ¿quién lo explotaría? *Con el colonizado desaparecería la colonización, incluyendo al colonizador.*

En cuanto al fracaso de la asimilación, no me procura una especial alegría. Tanto menos cuanto esa solución tiene un perfume universalista y socia-

lista que la hace respetable de antemano. Ni siquiera digo que sea imposible en sí misma y por definición; a veces ha sido posible históricamente y a veces ha fracasado. Pero es muy claro que nadie, ni siquiera los comunistas, la ha deseado expresamente en la colonización contemporánea. Ya me he alargado bastante sobre este punto. De todos modos, esto es lo esencial: *la asimilación es también lo contrario de la colonización,* ya que tiende a confundir colonizadores y colonizados y, por tanto, a suprimir los privilegios y la misma relación colonial.

No entro a analizar las seudosoluciones menores. Así, por ejemplo, quedarse en la colonia, ya independiente, como extranjeros, pero con derechos especiales. ¿Quién puede dejar de ver, más allá de la incoherencia jurídica de parecidas construcciones, que están destinadas a ser barridas por la Historia? Es difícil entender por qué el recuerdo de privilegios injustos bastaría para garantizar su mantenimiento.

En suma, parece que en el marco de la colonización no hay salvación para el colonizador.

Razón de más para que se agarre y rechaze todo cambio: puede, en efecto, aceptarse como un monstruo, aceptar su alienación en aras de sus propios intereses. No, ni siquiera. Si se niega a salir de su provechosa enfermedad será, antes o después, obligado por la Historia. Porque, no lo olvidemos, existe la otra cara de la moneda: algún día será forzado por el colonizado.

2.ª Inevitablemente llega un momento en que

el colonizado levanta la cabeza y altera el siempre inestable equilibrio de la colonización.

Pero, también para el colonizado, no hay otra salida que el fin rematado de la colonización. Y el rechazo del colonizado no puede ser sino *absoluto* (es decir, no sólo *una rebelión,* sino la superación de la rebelión, es decir, *la revolución).*

REBELIÓN: La simple existencia del colonizador crea la opresión, y únicamente la liquidación completa de la colonización permite la liberación del colonizado. Ultimamente se han depositado muchas esperanzas en las reformas del burguibismo, por ejemplo. Me parece que hay un equívoco. El burguibismo, aunque signifique proceder por etapas, no ha significado nunca contentarse con una etapa, sea cual sea. Los líderes negros hablan actualmente de Unión Francesa. Es solamente una etapa en el camino de la independencia completa e inevitable. Si Burguiba creyera en el burguibismo que se le atribuye, o los líderes negros creyeran realmente en una definitiva Unión Francesa, el proceso de liquidación de la colonización les dejaría en la estacada. Ya los menores de treinta años no comprenden la relativa moderación de sus primogénitos.

REVOLUCIÓN: Hemos señalado que la colonización liquidaba materialmente al colonizado. Tenemos que añadir ahora que le mata espiritualmente. La colonización falsea las relaciones humanas, destruye o esclerotiza las instituciones y corrompe a los hombres, colonizadores y colonizados. El colonizado necesita suprimir la colonización para vivir.

Pero para llegar a ser un hombre tiene que suprimir al colonizado en que se ha convertido. Si el europeo tiene que aniquilar en sí mismo al colonizador, el colonizado tiene que superar en sí mismo al colonizado.

La liquidación de la colonización es sólo un preludio a su completa liberación: a la recuperación de sí mismo. Para liberarse de la colonización ha tenido que tomar como punto de partida su misma opresión, las carencias de su grupo. Para que su liberación sea completa tiene que liberarse de esas condiciones, algunas necesarias a su lucha. Nacionalista, porque tenía que luchar por el resurgimiento y la dignidad de su nación, tendrá que conquistar su libertad frente a esa misma nación. Naturalmente, podrá ratificarse como nacionalista. Pero es indispensable que sea libre de elegir, en lugar de existir sólo a través de su nación. Tendrá que conquistar su libertad frente a la religión de su grupo, que podrá conservar o rechazar; pero tiene que dejar de existir sólo por ella. Igual respecto al pasado, la tradición, la etnia, etc. Tiene que dejar de definirse por las categorías colonizadoras. También respecto a lo que le caracteriza negativamente. Como la famosa oposición Oriente-Occidente, por ejemplo; esa antítesis exagerada por el colonizador para abrir así una barrera definitiva entre él y el colonizado. ¿Qué significa entonces la vuelta a Oriente? Si la opresión tenía la cara de Francia o Inglaterra, las conquistas técnicas y culturales pertenecen a todos los pueblos. La ciencia no es ni occidental ni oriental, como no es burguesa ni proletaria. No

hay más que dos maneras de mezclar el hormigón: la buena y la mala.

Entonces, ¿en qué se convertirá? ¿Qué es en realidad el colonizado?

Yo no creo ni en la esencia metafísica ni en la caracteriológica. Actualmente podemos describir al colonizado; yo he tratado de demostrar que sufre, juzga y se conduce de alguna manera. Si deja de ser este ser de opresión y de carencias, exteriores e interiores, dejará de ser un colonizado y se convertirá en algo distinto. Evidentemente, siempre hay constantes geográficas y tradicionales. Pero entonces, tal vez, habrá menos diferencias entre un argelino y un marsellés que entre un argelino y un libanés.

Recuperadas todas sus dimensiones, el ex colonizado se habrá convertido en un hombre como los demás. Naturalmente, con toda la felicidad e infelicidad de los hombres; pero, finalmente, un hombre libre.

Túnez-París, 1955-1956.

INDICE

Páginas

RETRATO DEL COLONIZADO

Se terminó la impresión de este libro
RETRATO DEL COLONIZADOR
en los talleres de Artes Gráficas Benzal,
calle Virtudes, 7 - Madrid, el día 29 de diciembre de 1971

EDICIONES DE BOLSILLO

Ocho de los editores más atentos a los aspectos vivos de la cultura ofrecen en esta colección común, una selección de los títulos que mejor representan las inquietudes contemporáneas.

1. HISTORIAS DE CRONOPIOS Y DE FAMAS, Julio Cortázar (E.D.H.A.S.A.)
2. TEORIA DE LAS IDEOLOGIAS, Eugenio Trías (EDICIONES PENÍNSULA)
3. LOS CACHORROS, Mario Vargas Llosa (EDICIONES LUMEN)
4. ARTE Y SOCIEDAD, Herbert Read (EDICIONES PENÍNSULA)
5. JUSTINE, Lawrence Durrell (E.D.H.A.S.A.)
6. EXILIADOS, James Joyce (BARRAL EDITORES)
7. HISTORIA SOCIAL DEL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO, Wolfgang Abendroth (EDITORIAL ESTELA)
8. REALISMO Y UTOPIA EN LA REVOLUCION FRANCESA, Babeuf (EDICIONES PENÍNSULA)
9. GUERRA DEL TIEMPO, Alejo Carpentier (BARRAL EDITORES)
10. VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD I, Ernest Jones (EDITORIAL ANAGRAMA)
11. PARABOLAS PARA UNA PEDAGOGIA POPULAR, C. Freinet (EDITORIAL ESTELA)
12. LAS PALMERAS SALVAJES, William Faulkner (E.D.H.A.S.A.)
13. DE LOS ESPARTAQUISTAS AL NAZISMO, Claude Klein (EDICIONES PENÍNSULA)
14. AUTOPISTA, Jaime Perich (EDITORIAL ESTELA)
15. UNA TEORIA CIENTIFICA DE LA CULTURA, Bronislaw Malinowski (E.D.H.A.S.A.)
16. LA FRANCIA BURGUESA, Charles Moraze (EDICIONES LUMEN)
17. LA CANCION DE RACHEL, Miguel Barnet (EDITORIAL ESTELA)
18. OTRAS VOCES, OTROS AMBITOS, Truman Capote (E.D.H.A.S.A.)
19. DICCIONARIO PARA OCIOSOS, Joan Fuster (EDICIONES PENÍNSULA)
20. VERSION CELESTE, Juan Larrea (BARRAL EDITORES)
21. TENER Y NO TENER, Ernest Hemingway (E.D.H.A.S.A.)
22. LOS ORIGENES DE LA EUROPA MODERNA, Pierre Deyon (EDICIONES PENÍNSULA)
23. POETAS INGLESES METAFISICOS DEL SIGLO XVIII, Murice y Blanca Molho (BARRAL EDITORES)
24. CONTRA LA MEDICINA LIBERAL, Comités d'Action et Santé (EDITORIAL ESTELA)

25. SOBRE LITERATURA RUSA,
Angelo María Ripellino
(BARRAL EDITORES)

26. LOS VAGABUNDOS EFICACES,
P. Deligny
(EDITORIAL ESTELA)

27. FERDINAND,
Louis Zukofsky
(BARRAL EDITORES)

28. HISTORIA DEL PRIMERO DE MAYO,
Maurice Dommanget
(EDITORIAL ESTELA)

29. LAS CABEZAS TROCADAS,
Thomas Mann
(E.D.H.A.S.A.)

30. VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD II,
Ernest Jones
(EDITORIAL ANAGRAMA)

31. LOS PIRATAS,
Guilles Lapouge
(EDITORIAL ESTELA)

32. BESOS DE MADRE
Bruce Jay Friedman
(EDICIONES LUMEN)

33. LOS IDOLOS,
Manuel Mújica Laínez
(E.D.H.A.S.A.)

34. LOS QUE NUNCA OPINAN,
Francisco Candel
(EDITORIAL ESTELA)

35. LA LUNA SE HA PUESTO,
John Steinbeck
(E.D.H.A.S.A.)

36. DIALECTICA DE LA PERSONA, DIALECTICA DE LA SITUACION,
Carlos Castilla del Pino
(EDICIONES PENÍNSULA)

37. ME GUSTA ESTAR AQUI,
Kingsley Amis
(EDICIONES LUMEN)

38. BALTHAZAR,
Lawrence Durell
(E.D.H.A.S.A.)

39. PSICOANALISIS Y POLITICA,
Herbet Marcuse
(EDICIONES PENÍNSULA)

40. ARQUITECTURA MODERNISTA,
Oriol Bohigas
(EDICIONES LUMEN)

41. LA CELOSIA
Alain Robbe-Grillet
(BARRAL EDITORES)

42. ENTRE EL AUTORITARISMO Y LA EXPLOTACION,
A. I. Solzhenitzyn
(EDICIONES PENÍNSULA)

43. LA NUEVA LEY SINDICAL,
Juan N. García Nieto, Santiago Marimó, Albert Busquets
(EDITORIAL ESTELA)

44. LA CONTRARREVOLUCION EN AFRICA,
J. Ziégler
(EDICIONES LUMEN)

45. LOS CHUETAS MALLORQUINES,
Baltasar Porcel
(BARRAL EDITORES)

46. LA COMUNA DE PARIS I,
H. Lissagaray
(EDITORIAL ESTELA)

47. LA COMUNA DE PARIS II
H. Lissagaray
(EDITORIAL ESTELA)

48. COMO SE VENDE UN PRESIDENTE,
Joe McGuinnis
(EDICIONES PENÍNSULA)

49. EL SEÑOR DE BEMBIBRE,
Enrique Gil y Carrasco
(BARRAL EDITORES)

50. VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD III,
Ernest Jones
(EDITORIAL ANAGRAMA)

51. LA INCOMUNICACION,
Carlos Castilla del Pino
(EDICIONES PENÍNSULA)

52. EL SIGLO DE LAS LUCES,
Alejo Carpentier
(BARRAL EDITORES)

53. INICIACION AL ARTE ESPAÑOL DE LA POSGUERRA,
Vicente Aguilera Cerni
(EDICIONES PENÍNSULA)

54. MOUNTOLIVE,
Lawrence Durrell
(E.D.H.A.S.A.)

55. LUBIMOV,
Siniavski
(EDICIONES LUMEN)

56. ENSAYOS LITERARIOS I, Marcel Proust (E.D.H.A.S.A.)

57. ENSAYOS LITERARIOS II Marcel Proust (E.D.H.A.S.A.)

58. LA CASA DE MATRIONA, A. I. Solzhenitzyn (EDICIONES PENÍNSULA)

59. LECTURA DE MARX POR ALTHUSSER, Alberto Roies (EDITORIAL ESTELA)

60. EL PADRE BLANCO Julián Milchell (EDICIONES LUMEN)

61. LA CASA DE CITAS, Alain Robbe-Grillet (BARRAL EDITORES)

62. CRITICA DEL MARXISMO LIBERAL, Cesare Casas (EDITORIAL PENÍNSULA)

63. LA ESTETICA MUSICAL DEL SIGLO XVIII, Enrico Fubini (BARRAL EDITORES)

64. LAS CLASES SOCIALES EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA AVANZADA, N. Birbaum, M. Fotia, M. Kolinsky, H. Wolpe, R. Stavenhagen (EDITORIAL PENÍNSULA)

65. SEIS ESTUDIOS DE PSICOLOGIA, Jean Piaget (BARRAL EDITORES)

66. CHINA: REVOLUCION EN LA LITERATURA, Joachim Schickel (BARRAL EDITORES)

67. TEORIA DE LA NOVELA, Georg von Luckacs (E.D.H.A.S.A.)

68. LOS JEFES, Mario Vargas Llosa (BARRAL EDITORES)

69. CONTRAPUNTO, Aldous Huxley (E.D.H.A.S.A.)

70. IDEOLOGOS E IDEOLOGIAS DE LA NUEVA IZQUIERDA, Bernard Oelgart (EDITORIAL ANAGRAMA)

71. IMAGENES - IMAGENES, Roger Caillois (E.D.H.A.S.A.)

72. LAS CONFESIONES NO CATOLICAS DE ESPAÑA Robert Saladrigas (EDITORIAL PENÍNSULA)

73. SOBRE LA TEORIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES, Max Weber (EDITORIAL PENÍNSULA)

74. EL SURREALISMO. PUNTOS DE VISTA Y MANIFESTACIONES, André Bretón

75. EL MODO DE PRODUCCION ASIATICO, Gianni Sofri (EDITORIAL PENÍNSULA)

76. POESIA Y REVOLUCION, Vladimir Maiakovsky (EDITORIAL PENÍNSULA)

77. ENSEÑANZAS DE LA EDAD. POESIA 1945-1970, José María Valverde (BARRAL EDITORES)

78. EL ANTISEMITISMO ALEMAN, Pierre Sorlin (EDITORIAL PENÍNSULA)

79. OPINIONES DE UN PAYASO, Heinrich Böhl (BARRAL EDITORES)

80. EL MARXISMO DESPUES DE MARX, Pierre Souyri (EDITORIAL PENÍNSULA)

81. HISTORIA DEL CINE I, Román Gubern (EDICIONES LUMEN)

82. HISTORIA DEL CINE II, Román Gubern (EDICIONES LUMEN)

83. CUATRO CUARTETOS, T. S. Eliot (BARRAL EDITORES)

84. LA ORGANIZACION CIENTIFICA DEL TRABAJO, José María Vegara (EDITORIAL FONTANELA)

85. CIEN POEMAS DE AMOR, Amaru (BARRAL EDITORES)

86. EL LIBRO DEL CIELO Y DEL INFIERNO, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (E.D.H.A.S.A.)

87. LOS PASOS PERDIDOS, Alejo Carpentier (BARRAL EDITORES)

88. UNA MUERTE EN LA FAMILIA, James Agee (E.D.H.A.S.A.)

89. Y MAÑANA, PARRICIDAS, André Coutin (EDITORIAL ESTELA)

90. W. BENJAMIN, B. BRECHT, H. BROCH Y R. LUXEMBURGO, Hannah Arendt (EDITORIAL ANAGRAMA)

91. CLEA, Lawrence Durrell (E.D.H.A.S.A.)

92. CONSEJOS OBREROS, Adolf Sturmthal (EDITORIAL FONTANELA)

93. LOS TELEADICTOS, José María Rodríguez Méndez (EDITORIAL ESTELA)

94. EL CRISTIANISMO NO ES UN HUMANISMO, José M. González Ruiz (EDITORIAL PENÍNSULA)

95. LITERATURA Y ARTE NUEVO EN CUBA, Barnet, Benedette, Carpentier, Cortázar y otros (EDITORIAL ESTELA)

96. UN ESTUDIO SOBRE LA DEPRESION, Carlos Castilla del Pino (EDITORIAL PENÍNSULA)

97. EL ARTE IMPUGNADO, Vicente Aguilera Cerni (EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO)

98. LOS CONDENADOS A MUERTE, Varios (EDITORIAL ESTELA)

99. EICHMANN EN JERUSALEN, Hannah Arendt (EDITORIAL LUMEN)

100. FUNDAMENTOS DE PEDAGOGIA SOCIALISTA, Bogdan Suchodolski (EDITORIAL ESTELA)

101. TREINTA AÑOS DE TEATRO DE LA DERECHA, José Monleón (EDITORIAL TUSQUETS)

102. CONTRA NATURA, Rodolfo Hinostroza (BARRAL EDITORES)

103. IZAS, RABIZAS Y COLIPOTERRAS, Camilo José Cela (EDITORIAL LUMEN)

104. LA MALA HORA, Gabriel García Márquez (E.D.H.A.S.A.)

105. LOS CRISTIANOS FRENTE A LA REVOLUCION, Varios (EDITORIAL ESTELA)

106. FUNCIONES DE LA PINTURA, Fernando Leger (EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO)

107. EL MUCHACHO DE LA TORRE VIGIA, Ana María Matute (EDITORIAL LUMEN)

108. LA CONDICION ESTUDIANTIL, Catherine Valabrègue (EDITORIAL ESTELA)

109. CANCIONERO ESPAÑOL Manuel Vázquez Montalbán (EDITORIAL LUMEN)

110. EL ESTUDIO, John Gregory Dume (EDITORIAL ANAGRAMA)

111. ALTERNATIVA A LA VIOLENCIA, Furio Colombo (EDITORIAL LUMEN)

112. LOS ESPAÑOLES, Luis Carandell (EDITORIAL LUMEN)

113. SPIRITA, Theophile Gautier (E.D.H.A.S.A.)

114. EL PENSAMIENTO POLITICO DE LA DERECHA, Simone de Beauvoir (E.D.H.A.S.A.)

115. «LA ECONOMIA SOCIALISTA», EL DEBATE CUBANO,
(Editorial Estela)

116. ESCRITOS POLITICOS DE JUVENTUD,
Carlos Marx
(Editorial Estela)

117. ROCABRUNO BATE A DITIRAMBO,
Gonzalo Suárez
(E.D.H.A.S.A.)

118. LA CONTRARREVOLUCION MUNDIAL DE LOS U.S.A.
Richard J. Barnet
(Editorial Estela)

119. LA CONDICION HUMANA,
André Malraux
(E.D.H.A.S.A.)

120. LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES,
Guilles Lapouge y Jean Becarud
(Editorial Estela)

121. CARTAS A THEO,
Vincent van Gogh
(Barral Editores)

122. ESCRITOS,
Louis Althusser
(Editorial Estela)

123. LA IMAGINACION LIBERAL,
Lionel Trilling
(E.D.H.A.S.A.)

125. DIGNO DE TODA SOSPECHA,
P. Boyer, B. Clavel, F. Pottecher, D. Sarne
(Editorial Estela)

127. EL CASO DE CHARLES DEXTER WARD,
H. P. Lovecraft
(Barral Editores)

130. CONVERSACIONES CON JOSEPH LOSEY,
Tom Milha
(Editorial Anagrama)

131. EL ESTRUCTURALISMO COMO METODO,
L. Millet y M. Varin d'ainville
(Editorial Estela)

133. CRITICA DE LA CRITICA,
Peter Harmm
(Barral Editores)

134. TEORIA DE LAS CLASES SOCIALES,
Georges Gurvitch
(Editorial Cuadernos para el Diálogo)

135. TEORIA MARXISTA DE LAS SOCIEDADES PRECAPITALISTAS,
Maurice Godelier
(Editorial Estela)

141. JOEL BRANDT. RECUERDOS DE DEMIDOWO,
Heiner Kipphart
(Editorial Cuadernos para el Diálogo)

142. VIAJES CON MI BURRA,
R. L. Stevenson
(E.D.H.A.S.A.)

143. POESIA SUPERREALISTA, ANTOLOGIA,
Vicente Aleixandre
(Editorial Barral)

144. OCIO Y SOCIEDAD DE CLASES,
Varios
(Editorial Fontanella)

145. VALS Y SU INVENCION,
Vladimir Nabokov
(Editorial Barral)

146. LAS REVOLUCIONES DEL TERCER MUNDO,
Roberto Mesa
(Editorial Cuadernos para el Diálogo)

147. CABALLERIA ROJA,
Isaak Babel
(Editorial Barral)

148. SOCIOLOGIA Y LENGUA EN LA LITERATURA CATALANA,
Francesc Vallverdú
(Editorial Cuadernos para el Diálogo)

149. I CHING,
(Ed. Mirko Lauer)
(Editorial Barral)

150. HOLLIWOOD. LA CASA ENCANTADA,
Paul Mayersberg
(Editorial Anagrama)

151. LIDA MANTOVANI Y OTRAS HISTORIAS DE FERRARA,
Giorgio Bassani
(Editorial Barral)

152. LOS ORIGENES DEL FASCISMO,
Robert Paris
(Editorial Península)

153. PUNTO Y LINEA SOBRE EL PLANO,
Kandinsky
(EDITORIAL BARRAL)

154. GALILEO GALILEI,
Lodovico Geymonat
(EDITORIAL PENÍNSULA)

155. LOCAS DE HARRY,
Henry Miller
(EDITORIAL BARRAL)

156. INTRODUCCION A LA ESTETICA,
Hegel
(EDITORIAL PENÍNSULA)

157. RETRATO DE UN COLONIZADO,
Albert Memmi
(EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO)

158. ALGUNOS TRATADOS EN LA HABANA,
Lezama Lima
(EDITORIAL ANAGRAMA)

159. MANIFIESTO ROMANTICO,
Víctor Hugo
(EDITORIAL PENÍNSULA)

160. LOS CATOLICOS Y LA CONTESTACION,
Varios
(EDITORIAL FONTANELLA)

161. FREUD Y LA PSICOLOGIA DEL ARTE,
Gombrich
(EDITORIAL BARRAL)

162. POLITICA Y ESTADO MODERNO,
Gramsci
(EDITORIAL PENÍNSULA)

163. LA ESTRUCTURA DEL MEDIOAMBIENTE,
Chistopher Alexander
(EDITORIAL TUSQUETS)

164. TICS DEL PAIS
Cesc
(EDITORIAL PENÍNSULA)

165. EL SINDICALISMO CONTEMPORANEO A TRAVES DE SUS TEXTOS,
Varios
(EDITORIAL FONTANELLA)

166. RIMBAUD Y LA COMUNA,
Pierre Gascar
(EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO)

167. POEMAS PROFETICOS Y PROSAS,
William Blake
(EDITORIAL BARRAL)

CIENCIAS SOCIA

ENSAYO

El colonialismo niega los derechos del hombre a hombres a los que ha sometido por la violencia y a los que mantiene por la fuerza en la miseria y en la ignorancia, y por tanto, como diría Marx, en estado de «subhumanidad». Se puede descubrir el racismo en los hechos mismos, en las instituciones, en la naturaleza de los cambios y de la producción; los estatutos político y social se refuerzan mutuamente, ya que el indígena es un infrahombre; por el contrario, como no tiene derechos, se le abandona sin protección a las fuerzas inhumanas de la Naturaleza, a las «leyes de bronce» de la economía.

El libro de Memmi no relata; aunque esté nutrido de recuerdos, todos llegan asimilados: es la formalización de una experiencia; entre la usurpación racista de los colonos y la futura nación que construirán los colonizadores, donde «sospecha que no habrá lugar para él», intenta vivir su particularidad ampliándola hacia lo universal. Esta obra sobria y clara se alinea entre las «geometrías apasionadas»: su tranquila objetividad no es sino sufrimiento y cólera superados.—CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO.